



Y las cucharillas
eran de Woolworths
Barbara Comyns



Primera novela que se publica en España de Barbara Comyns, todo un descubrimiento alabado por Graham Greene y Alan Hollinghurst, una autora que vivió 16 años en España, entre Barcelona, Ibiza y Andalucía. «Cásate deprisa... arrepíentete despacio». En el Londres bohemio de los años 30, una pareja de jóvenes artistas contra una boda secreta... a la que va todo el mundo. Facturas sin pagar, mudanzas forzadas, hijos y amantes inesperados pondrán a prueba el espíritu de una heroína cándida y cómicamente inocente. Y *las cucharillas eran de Woolworths* es, en efecto, una novela de economía de subsistencia, llena de facturas sin pagar, gente sin trabajo, cortes de luz y gas, mudanzas forzadas, comidas magras, hijos colocados en casas de parientes y caminatas de una punta a otra de Londres por falta de una moneda para pagar el autobús. Por no hablar de los más extraños —eso sí, «baratos»— animales domésticos, desde un sapo hasta un zorro. Pero —y eso es lo interesante— no es en absoluto una novela que juegue al miserabilismo. La peculiar voz de su narradora parece aquejada de una especie de síndrome de felicidad que impregna hasta sus momentos más tristes. Una novela excelente, realmente divertida y muy original. Su prosa es sencilla, concisa y certera, sin aparato retórico y, por debajo de su aparente informalidad, hay una férrea y difícilísima coherencia.

Lectulandia

Barbara Comyns

Y las cucharillas eran de Woolworths

ePub r1.0
turolero 06.09.15

Título original: *Our Spoons Came from Woolworths*
Barbara Comyns, 1950
Traducción: Pilar Vázquez

Editor digital: turolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota al texto



Y las cucharillas eran de Woolworths se publicó por primera vez en Londres en 1950 (Eyre & Spottiswoode).

En este libro, las únicas cosas que han ocurrido de verdad son la boda, los capítulos x, XI y XII, y la pobreza.

I



Le conté mi historia a Helen y se fue a casa llorando. Ya anochecido, vino su marido a verme y me trajo unas fresas; además me arregló la bicicleta. Estuvo muy amable, pero no hacía falta, porque ya hace ocho años de todo aquello, y ahora soy feliz. Casi no me atrevo a decirlo, ni siquiera tocando madera, pero soy tan feliz que cuando me despierto por la mañana no me puedo creer que sea cierto. Apenas pienso en cuando me llamaba Sophia Fairclough; intento olvidar esa época. Aunque no puedo olvidarla del todo, por Sandro, y muchas veces me pesa el recuerdo de Fanny, mi preciosa pequeña. Ojalá no se lo hubiera contado todo a Helen, pues ahora me vuelven, de pronto, unos recuerdos muy vívidos. Veo la cara pálida y alargada de Charles y oigo su voz nerviosa y ronca. Y entonces sigo recordando cosas, todo el tiempo.

Nos conocimos en un tren. Los dos llevábamos un gran cartapacio; por eso empezamos a hablar. Al día siguiente Charles me telefonéo al estudio donde trabajaba, y después nos vimos todos los días. Aquel verano parecía que el sol no iba a dejar de lucir nunca, los días eran muy bellos, resplandecientes. No llovió apenas en todo el verano, pero todo seguía estando muy verde y fresco, incluso en Londres. Así eran los veranos de mi niñez, y en los inviernos caían grandes nevadas y helaba. Hoy el clima no tiene el mismo entusiasmo; dentro de poco no seremos capaces de distinguir el cambio de las estaciones, a no ser por la caída de las hojas, como se dice en la santa Biblia, y entonces será el fin del mundo; al menos, eso creo yo que dice.

Charles y yo teníamos los dos veinte años cuando nos conocimos, y en cuanto cumplimos veintiuno decidimos casarnos en secreto. Al lado de la casa donde yo tenía una habitación alquilada había una iglesia, así que fuimos a pedirle al párroco que publicara las amonestaciones. No nos atrevíamos a llamar al timbre, porque nos daba vergüenza. Charles decía que nos invitarían a entrar y nos darían una copita de jerez y galletas de esas que se ponían en los funerales, que tienen una cruz o una calavera o algo así. Estábamos en la puerta, ensayando lo que íbamos a decir, y el párroco debió de oírnos, porque abrió de pronto, aunque no habíamos tocado al timbre. Nos clavó sus ojos hundidos y alzando la voz dijo: «Amonestaciones». Nos hizo algunas preguntas y escribió las respuestas en un cuaderno de tapas negras, y dijo que si queríamos órgano nos costaría más, y también nos costaría más si había confeti, porque lo dejaba todo perdido, así que le dijimos que podíamos prescindir de las dos cosas, y entonces él volvió a cerrar la puerta. Regresamos a mi cuarto y planificamos cómo íbamos a gastar las diez libras que acababan de pagarle a Charles por pintar un biombo con unas mujeres victorianas que parecía que se arrastraban por la tela. Se lo había pintado a una amiga de su tía Emma, y luego se ofendió mucho porque lo pusieron en el cuarto de la criada, pero entonces estábamos muy contentos

de las diez libras; era lo único que teníamos para montar nuestro futuro hogar.

Unos días después de haber ido a pedir que publicaran las amonestaciones, cenamos con una amiga nuestra que era espiritista, y tras unos vasos de vino le confiamos nuestros planes de boda. A ella le encantó lo de verse envuelta en un matrimonio secreto y, cuando le dijimos que sólo teníamos diez libras para poner la casa, nos dio un cheque por otras diez; también nos dijo que conocía a alguien que alquilaba un pisito en Haverstock Hill. Y, no satisfecha con toda esta ayuda, se ofreció a hacer una pequeña recepción en su casa después de la boda.

A la siguiente tarde libre que tuvimos, fuimos a la dirección que nos había dado en Haverstock Hill. Nos abrió una mujer de pelo negro muy crespo. Llevaba un inmenso cinturón plateado en la cintura y su ropa era descuidada, bohemia. Cada dos o tres palabras decía algo parecido a «BR BR», como el ronroneo de un gato gigantesco. Nos enseñó el pisito, que era un bajo y sólo constaba de una habitación grande, en la que había un inmenso aparador antiguo, y una cocina; el baño era compartido. Cuando lo hubimos visto, nos dijo que teníamos que conocer a su hermana, BR BR, de modo que subimos y nos la presentó. Esta otra tenía el pelo todavía más crespo, pero rubio, y los ojos redondos y azules; su cara parecía un helado de fresa medio derretido, un helado de los baratos, y supongo que su cuerpo también, aunque estaba mayormente cubierto de terciopelo malva. Nos habló un poco y nos dijo que éramos dos tortolitos buscando nido. Nos hizo sentir fatal. Entonces entró en trance. Creímos que se estaba muriendo, pero su hermana nos explicó que era médium y que el espíritu de un chino llamado señor Hi Wu la gobernaba. Entonces el señor Hi Wu nos habló en un inglés chapurreado y nos dijo que teníamos suerte de que nos ofrecieran un piso tan bonito por sólo veinticinco chelines a la semana; por lo menos valía treinta y cinco. Así que, cuando volvió en sí, le dijimos que nos quedábamos con el piso, y dejamos de fianza una semana de alquiler.

Después de esto pasamos unos días de compras frenéticas; la mayoría de las cosas las compramos en las almonedas de Chalk Farm. Compramos una mesa ovalada enorme por siete chelines y seis peniques, y sillas por un chelín y seis peniques. Un carpintero nos hizo unos taburetitos, porque es donde más me gusta sentarme, en los taburetes. Pintamos todos los muebles de un verde oliva muy pálido con un toque de verde mar; nos hicieron la mezcla especialmente para nosotros. Las alfombras nos parecieron muy caras: necesitábamos dos y costaban una libra cada una. Las sábanas y las mantas también nos pusieron las cosas difíciles. Tuvimos que comprar la cama turca a plazos, y luego durante meses nos las vimos y nos las deseamos para pagarla; estuvimos varias veces a punto de que se la llevaran, pero a los dos años pasó a ser nuestra para siempre, y nos enviaron un documento legal donde lo decía.

Nosotros mismos pintamos el piso. Como era bastante oscuro, lo pintamos de gotelé amarillo; las brochas soltaron muchos pelos, que se mezclaron con la pintura, pero casi parecía hecho adrede.

En la cocina dejamos las paredes blancas, y Charles pintó un cocinero al lado de

la hornilla de gas. De lo que más contentos estábamos era del aparador; tenía cajones para guardar la ropa y estantes para la loza. Teníamos un juego de té como es debido, de Waring and Gillow, y un montón de platos azules de Woolworths; los cacharros de cocina también eran de allí. Yo esperaba que nos regalaran un juego de cucharillas de té de plata de ley cuando compráramos los anillos de boda, pero el joyero al que fuimos no nos dio nada, así que las cucharillas también eran de Woolworths.

II



Charles me esperaba todas las tardes a la puerta del estudio donde trabajaba. Lo veía desde la ventana, apostado con la espalda contra las rejas, mirando los árboles de la plaza. La tarde anterior a la boda estaba allí como siempre y, en cuanto salí, se sacó unos telegramas del bolsillo y me los dio. Pensé que alguien se habría enterado de nuestra boda y nos felicitaba, pero, cuando los leí, me di un susto tan grande como grande era la cara de susto de Charles. Uno era de mi hermano y decía: «No hagas nada hasta recibir noticias mías». Éste no me preocupó mucho. En realidad, pasó más de un mes hasta que volví a saber de él, pero los otros dos telegramas eran para Charles, uno de su padre y el otro de su madre. Y parecían los dos muy enfadados.

Charles tenía una tía que vivía bastante cerca de allí, así que decidimos que lo mejor que podíamos hacer era ir a su casa y pedirle consejo. Era la misma tía Emma que mencioné en el capítulo anterior, y de todos los parientes de Charles era la única que me apreciaba un poco. Los dos la admirábamos profundamente. Era una mujer muy alta, pelirroja, y solía llevar una capa y un sombrero de tres picos. Escribía y era una intelectual de marca mayor; le interesaban mucho los derechos de la mujer, pero le desagradaban los niños, los recién nacidos en particular, aunque puede que fuera porque ella no los había tenido ni podía tenerlos ya, puesto que Simeon, su marido, la había dejado. La gente siempre cuchicheaba sobre su trágico matrimonio en cuanto salía de la habitación; no estaba permitido pronunciar el nombre de Simeon en su presencia. A mí me parecía maravilloso que ella me hubiera dado su aprobación e intentaba no hablar mucho no fuera a ser que descubriera lo tonta e ignorante que era. Hasta le gustaban mis tritones y a veces, cuando íbamos a cenar a su casa, me llevaba al Gran Verrugoso en el bolsillo, pues no le importaba que lo paseara, y mientras cenaba lo echaba en la jarra del agua para que nadara un rato. En esta visita no llevaba ningún tritón en el bolsillo, y me daba la sensación de que no me iban a mirar bien, pero, cuando llegamos y Charles le contó todo lo de nuestros planes de casarnos en secreto y cómo nos los iban a echar por tierra, se mostró muy amable y comprensiva. Estuvimos charlando un rato y entonces se le ocurrió la idea de poner una conferencia al padre de Charles. Charles lo llamó, y nos dijo que su padre no sonaba tan terrible por teléfono, sino que había quedado en que cogería un tren a primera hora para venir a Londres y que iríamos a recogerlo a la estación, pero que no hiciéramos nada hasta que él llegara; esto no me pareció tan espantoso, pero Charles seguía preocupado. Me daba la sensación de que el padre de Charles terminaría aceptando la boda, en parte porque la madre de Charles no me podía ver. No vivían juntos, los padres de Charles, y sencillamente se odiaban; parecía que en esa familia había muchos matrimonios desgraciados, a ver si iba a ser algo

contagioso.

Después de haber comentado hasta los últimos detalles de la conversación telefónica, Emma dijo que iría también a la estación al día siguiente y que intercedería por nosotros ante el padre de Charles. Ya no puedo seguir llamándolo todo el rato «el padre de Charles», mejor será que lo llame por su nombre: Paul, se llamaba. Se parecía mucho a Guy Fawkes^[1] y era muy guapo; las mujeres siempre se enamoraban de él, lo que enojaba todavía más a la madre de Charles. Ésta se llamaba Eva y parecía un escarabajo duro y brillante, bonito y horrendo al mismo tiempo, un tipo de escarabajo molesto y caprichoso.

Cuando salimos de la casa de Emma estábamos muy cansados, y en el autobús de vuelta a casa apenas dijimos una palabra. Charles vino conmigo hasta la casa donde yo vivía, pero le pedí que se fuera, porque tenía que hacer las maletas y recogerlo todo. Todavía no se había ido cuando mi casera subió corriendo las escaleras exteriores del sótano; parecía muy agitada y nos dijo que había venido la madre de Charles con toda una multitud de tíos y tías, pero que ahora se habían ido a la casa donde vivía Charles. Era espantoso, pensé que ojalá no sucediera nada hasta la mañana, pero Eva era de esas mujeres que nunca esperan hasta la mañana. Mi casera era una buena mujer. Trabajaba haciendo cosas para mejorar los pies de la gente, y tenía una habitación con las paredes llenas de pies de escayola. Estaba consternada por la invasión de los parientes de Charles. En realidad, había sido ella la que nos había delatado sin querer. Esa mañana la madre de Charles había ido a hacerle una visita, pero, como no estaba, su casera la había enviado a mi casa, que estaba bastante cerca. Cuando salió a abrirle la puerta, y Eva le explicó quién era, mi casera la hizo entrar y le preguntó si había venido a la boda, tras lo cual Eva se pasó todo el día telefoneando y enviando telegramas a todo aquel que se le pasó por la cabeza, en realidad, diría yo, disfrutando de lo lindo; adoraba la confusión.

Mientras estábamos hablando de todo esto en el recibidor, aporrearon la puerta, y cuando abrimos entraron, tropezándose unos con otros, todos los parientes de Charles por el lado de su madre. Yo intenté echar a correr escaleras arriba, pero cayeron sobre mí como un enjambre de avispones furiosos. Una mujer que llevaba un sombrero negro tieso me agarró por el brazo y me metió a empellones en la habitación llena de pies de escayola. Me dijo que yo era un animalillo incontrolable y que para cuándo esperaba el bebé. Eva dijo que yo no era capaz de querer, que sólo me guiaba por la lujuria y que todo era una trampa para cazar a Charles. Les dije que no estaba embarazada, pero tardé un buen rato en convencerlas, y entonces casi parecieron decepcionadas. De tanto que dijeron para demostrar que yo era una infame y una desvergonzada por querer casarme con Charles, terminé por creer que era verdad lo que decían y entonces me empezaron a castañetear los dientes. Charles estaba muy pálido y parecía asustado; sencillamente no era de mucha ayuda. Su madre siguió hablando tanto que casi se quedó sin voz, y entonces parecía que croaba más que hablaba.

Hacia la una de la madrugada, mi casera subió y les dijo que tenían que irse porque los inquilinos se estaban quejando del ruido que hacían. Eva intentó que le prometiera que no volvería a ver a Charles en un año, pero lo único que le dije fue que haría lo que Paul nos dijera que hiciéramos cuando llegara por la mañana. Esto la enfadó aún más. Dijo que, si Paul permitía que nos casáramos, ella iría a la iglesia y pararía la ceremonia. Entonces se fueron todos, llevándose a Charles con ellos. No esperaba volver a verlo. Y no podía por menos que pensar en qué pasaría con nuestros bonitos muebles.

III



Entonces se hizo de día y ya estábamos por la mañana. Alrededor de mi cama había varias maletas a medio hacer. Los carteles que habían disimulado el horrible papel pintado estaban en el suelo en largos rollos blancos. El Gran Verrugoso me miró desde su casa de cristal; lo cogí y le dejé que me subiera por el brazo, hasta que cayó en la cama, y entonces le hice túneles con las sábanas para que pasara despacito por ellos, y así parecía aún más prehistórico. Y todo el rato intentaba apartar de mi pensamiento que aquella mañana tendría que haber sido la de mi boda; además tenía que dejar la habitación a las doce porque ya estaba alquilada a otra chica. En realidad, podía irme al pisito que habíamos cogido, pero sentía que sin Charles me sería imposible. No quería volver a ver aquel lugar, y además el alquiler era demasiado alto para mí sola. Ganaba dos libras a la semana y hasta entonces pagaba quince chelines por el cuarto.

Por fin me bañé y me vestí y luego no supe qué hacer, si llamar o no a la señora Amber, la amiga espiritista, y decirle que no se preocupara por la pequeña recepción que había planeado darnos después de la boda. Así que empecé a pensar en Charles. ¿Se lo habría llevado su madre a Wiltshire y estaría tan abatido como estaba yo? Oí cerrarse la puerta principal de un portazo, unas apresuradas zancadas que subían las escaleras, y Charles abrió la puerta de mi habitación. Al principio pensé que era demasiado bonito para ser verdad y que estaba viendo visiones, pero ahí estaba Charles en carne y hueso. Me besó y me dijo que era hora de ir a la estación a buscar a su padre y que creía que debíamos ir los dos. Me puse muy contenta de volver a verlo después de todas las cosas tan tristes que había pensado. Ahí lo tenía y por cómo iba parecía que tenía intención de irse a casar ese día. Llevaba su traje nuevo de cuadros, que había sido uno de los regalos que le habían hecho por su veintiún cumpleaños. Conque me quité el vestido de lino amarillo, que estaba ya muy viejo, y me puse otro de un verde muy atrevido, que tenía una falda cruzada y no paraba de abrirse en los momentos más inoportunos, pero que era el mejor que tenía. Y nos fuimos corriendo a la estación de Paddington.

Cuando llegamos vimos la alta figura de Emma yendo y viniendo por el andén; nos acercamos y le contamos el espantoso recibimiento que habíamos tenido la noche anterior después de dejarla a ella. Entonces el tren entró en la estación y llegó Paul. Iba tocado con un anticuado bombín, en mi vida había visto nada igual, así que le dije a Charles: «Si tu padre lleva ese sombrero es que habrá boda». Pero, cuando se volvió para hablar con Emma, vi que el traje estaba muy gastado; le habían soltado la costura de atrás y le habían cosido una pieza de una tela distinta, por lo que tenía una raya de arriba abajo de la espalda. Se me encogió el corazón, pero Charles parecía

muy contento y me dijo: «No te preocupes. Diga lo que diga, nadie va a impedir que nos casemos hoy».

Paul tenía muchas cosas en el furgón de equipajes: una mesa redonda y varios cestos y cosas que traía para un amigo. Lo dejó todo en la consigna y nos fuimos a Hyde Park o puede que fuera otro de los parques de Londres. Nos sentamos en un banco y hablamos largo y tendido sobre la imposibilidad de que Charles y yo nos casáramos. Paul nos soltó una perorata bastante larga, con la que sobre todo pareció deleitarse él mismo. Nosotros no le escuchamos, pero nos las apañamos para decir «sí» en los momentos oportunos. Charles decía: «Claro, claro. Desde luego». Y la perorata quedó muy bien. Nos preguntó que qué pensaba Eva de todo aquello, y se rio cuando le contamos lo que había pasado y dijo que era típico de Eva. Tanto a él como a Emma les indignó que la mujer del sombrero negro tieso pensara que yo ya estaba embarazada. Después de tanta charla, Paul dijo que había llegado la hora de comer, de modo que nos fuimos a un café italiano cerca de la estatua de Cobden. Yo siempre había pensado que no era Cobden el de la estatua, sino Crippen, lo que demostraba qué lugar tan ímprobo y canalla era Camden Town,^[2] pero estaba completamente equivocada; Cobden fue un victoriano ilustre.

Me pareció un buen signo que estuviéramos comiendo tan cerca de la iglesia en la que habíamos dispuesto casarnos, y después de una o dos copas de vino, Paul dijo: «A ver, Charles, hijo, si os permito casaros, dejaré de pasarte la mensualidad que te doy ahora. Ya bastantes gastos tengo manteniendo dos casas para mantener otra más. Si no puedes mantenerte ahora que has alcanzado la mayoría de edad y pretendes contraer matrimonio, no podrás nunca».

A lo que Charles dijo «sí, sí» varias veces; siempre lo hacía cuando algo le daba vergüenza. Paul parecía muy contento con la perspectiva de dejar de mantener a Charles, pero es verdad que todos estábamos de muy buen humor: habíamos bebido mucho de aquel vino con sabor a tinta, y la comida había sido muy buena; era un restaurante italiano, nada parecido a los sitios a los que Paul solía ir a comer. Cuando íbamos por el café, dijo que teníamos que darnos prisa o llegaríamos tarde a la boda. Para entonces yo ya había decidido que iba a dar su consentimiento a nuestro matrimonio, y después del comentario sobre la mensualidad de Charles ya estuve completamente segura.

Salimos a toda prisa del restaurante, porque ya eran las dos y media y en Inglaterra no te puedes casar después de las tres; digo yo que tiene que ver con las leyes que regulan la venta de alcohol. La iglesia estaba al lado de mi casa, así que entré corriendo y me calé un sombrero, porque también hay otra ley al respecto; me metí al Gran Verrugoso en el bolsillo, para que fuera mi paje, y volví a salir a todo correr. Paul y Charles me esperaban fuera de la iglesia. Paul dijo que sería él el padrino. Habíamos acordado que lo fuera un actor muy guapo que conocíamos pero, como parecía que Paul estaba disfrutando tanto con todo aquello, le dejamos serlo a él, y un amigo de Charles, un artista que se llamaba James, fue el testigo.

Cuando entramos en la iglesia, el cura se llevó a Charles aparte. Al principio pensé que sería alguna artimaña de su madre, pero nadie pareció sorprenderse. Entonces lo vi, muy tieso, al lado de James. A mí me hicieron sentar en un banco al lado de Paul, y me asusté, a ver si me iban a casar con él por error. Había muchísima gente en la iglesia, la mayoría no habían sido invitados. Estaba el dueño del estudio donde trabajaba yo y algunas mujeres para las que hacía a veces trabajos de mecanografía. El recinto también estaba abarrotado de antiguas caseras; algunas llevaban grandes sombreros cubiertos de plumas. Charles les debía alquileres a bastantes de ellas. Estaban Emma y algunas amigas tuyas, y mi hermana Ann. Le había pedido que viniera de testigo. Parecía muy sorprendida de ver a Paul y a toda aquella gente en una boda secreta. Le sonreí para que entendiera que no pasaba nada. Vi a la señora Amber sentada sola con cara de preocupación; imaginé que le preocupaba que hubiera tanta gente en la iglesia por si luego se sumaban todos a la recepción que daba en su casa: no esperaba a más de siete.

Entonces me olvidé de toda la gente que llenaba la iglesia porque oí unos ruiditos, como unos trinos o unos gorjeos. Y vi que arriba del todo, en el tejado, había cantidades ingentes de pajaritos, todos cantando y trinando de una forma deliciosa; me puse muy contenta de no haber pagado dinero extra por el mastodóntico órgano y, oyendo a aquellos pajaritos tan simpáticos, esperé que nuestro matrimonio durara y fuera feliz.

Un hombrecito, al parecer el sacristán, se acercó y nos dijo que ya teníamos que proceder y avanzar hacia el altar. Yo eché un vistazo alrededor para asegurarme de que no estaba Eva. Había dicho que diría que conocía un impedimento por el cual no podíamos unirnos en matrimonio, y yo temía una escena como la de *Jane Eyre*, pero parecía que no había venido, a no ser que estuviera escondida. Y enseguida me vi avanzando hacia el altar del brazo de Paul. Esperaba que mi jefe no viera la pieza que llevaba la americana de Paul cosida en toda la espalda. La gente me sonreía, pero yo no sabía si tenía que responder a sus sonrisas o no; la casera de mi penúltima casa me gritó al pasar: «¿Quieres un gatito que ha nacido el día de tu boda?». Y yo le contesté, ya llegando al altar: «¡Sí!». Charles seguía allí, con el cura y con James, quien se sacó del bolsillo las alianzas. Charles y yo tuvimos que decir muchísimas cosas, pero no fue muy difícil, pues sólo había que repetir lo que decía el cura, y en un santiamén estábamos casados, a salvo, porque Eva no había venido para decir que conocía un impedimento.

Cuando fuimos a la sacristía, Paul me dio un beso, y yo me puse triste porque me lo tendría que haber dado Charles, pero Charles estaba muy pálido y parecía completamente aturdido; además no le llegaba el dinero que llevaba para pagar la boda. Querían un montón de dinero, como diecisiete chelines y seis peniques, creo, pero nos los prestó James. Claro que podríamos no haber pagado, porque no iban a descasarnos por no pagar. Espero que alguien lo haga alguna vez, pero no es plato de gusto.

En cuanto terminamos en la iglesia nos fuimos todos a casa de la señora Amber, en Buckingham Gate. Fuimos en taxi, en autobús y algunos en el coche de Emma. Aunque el piso era bastante pequeño, la recepción salió muy bien, y a la señora Amber no pareció importarle que el grupo se hubiera ampliado; parecía que había congeniado muy bien con Paul. Yo estaba tan emocionada con mi alianza que apenas reparaba en los invitados. Busqué un rincón donde poder contemplarme la mano izquierda desde todos los ángulos posibles. El efecto quedaba un tanto deslucido por toda la pintura de color verde mar que aún me quedaba bajo las uñas.

Pasado cierto tiempo, Paul dijo que le gustaría ver el piso, así que nos despedimos de los invitados y tomamos un taxi a la estación, donde debíamos recoger las cosas que le había traído a su amigo, pero cuando llegamos a Haverstock Hill resultó que estaban destinadas a nosotros, de modo que debía de haber tomado una decisión sobre nuestra boda antes de salir de su casa. Había una encantadora mesita abatible de madera de roble, que nos gustó mucho. Y en un cesto había ropa blanca y un poco de cristalería y loza, y también un inmenso manojó de espárragos.

Nuestro piso le pareció muy gracioso, y antes de que se marchara, quedó acordado que pasaríamos el siguiente fin de semana en su casa, en las Cotswolds; nos agradaba pensar que no habíamos caído en desgracia con él. Cuando se fue, fuimos a hacer nuestra primera compra. Había una calle con tiendas bastante cerca, una o dos de cada tipo, incluso había una mercería y un zapatero. Yo todavía tenía en el bolso las dos libras de la última paga, de modo que compramos bastante. No sabía mucho de carne y, cuando llegamos a la carnicería, le dije al carnicero: «¿Me puede dar un trozo de esos de huesos pegados?». Y el carnicero me dijo que esa pieza de carne se llama costillar.

Por la tarde vino Ann y nos ayudó a desembalar y a colocar las cosas, y también hablamos de la boda. Comimos muchísimos espárragos y bebimos Chianti, que salía de una botella forrada de paja que luego conservaríamos mucho tiempo. Estábamos agotados y en cuanto Ann se marchó nos acostamos, pero la cama turca que habíamos comprado a plazos no era nada cómoda, porque, como no teníamos un colchón encima, las sábanas no paraban de resbalarse; además estaban tiesas porque eran nuevas y tenían un olor muy raro. Estábamos demasiado cansados para hacer el amor, y no fue en absoluto como las noches de bodas sobre las que había leído; pero terminamos comprando un colchón y así pudimos remeter las sábanas, que una vez lavadas dejaron de oler raro, y entonces nos convertimos en un matrimonio.

IV



Mi nuevo nombre era Sophia Fairclough y enseguida me acostumbré a que me llamaran señora Fairclough y a llevar la alianza. A las pocas semanas de vida matrimonial, las cazuelas ya estaban requemadas. Había esperado tenerlas siempre relucientes, porque tenía la tonta idea de que, mientras las conservara como nuevas, mi matrimonio se mantendría igual, pero a pesar de las cazuelas éramos muy felices. A veces me preocupaba un poco el dinero, porque las dos libras semanales que ganaba yo no daban para mucho, pero teníamos algunos cheques en uno de los cajones del aparador y, cuando nos quedábamos sin dinero, le pedíamos a mi hermana Ann que nos cobrara uno. Ella ganaba lo suficiente para tener cuenta corriente en un banco y era una chica soltera de verdad, con piso y todo. Me llevaba dos años y era muy eficiente en el semanario femenino en el que trabajaba. Su trabajo consistía en recopilar el material para una sección titulada «Maneras de no gastar más de cinco chelines», y todos los artículos seleccionados tenían pies de foto del tipo de: «Esta delicada mantequillera de cuero sólo cuesta dos chelines y once peniques». O de este otro: «¿No les pirraría a los peques este gracioso ratoncito chillón?». Muchas veces le regalaban los artículos sobre los que escribía, por lo que su piso estaba lleno de objetos, y tenía debajo de la cama una caja a rebosar de cosas que guardaba para regalar por Navidad.

Antes de casarnos, Charles solía pintarme y dibujarme un montón, pero ahora que vivíamos juntos tenía que posar en todas las posturas imaginables. A mitad de fregar los cacharros de la cena, Charles me decía de pronto: «No te muevas». Y yo tenía que quedarme quieta con las manos en el agua, hasta que terminaba de dibujarme, o a lo mejor estaba preparando la cena, y entonces terminábamos cenando tardísimo. Una vez me pintó en la bañera y nunca he estado más limpia ni volveré a estarlo. A veces, cuando me despertaba por la mañana, ahí estaba él pintándome dormida. Ésa era la forma más cómoda de que me pintara, pero me hacía llegar tarde al trabajo. Mientras yo estaba fuera trabajando, a Charles le gustaba pintar bodegones. Hacía una composición sobre un cojín: un melón, un plátano y algunas zanahorias, y, tal vez, un arenque ahumado o un huevo. Pero el gatito, Matthew, se comía el pescado por la noche y jugaba al fútbol con la fruta, y entonces Charles se disgustaba mucho, aunque por lo general le chiflaba el gato; le pusimos Matthew por la iglesia en la que nos casamos, y era gris y muy delicado. La mayoría de las mañanas Charles me acompañaba hasta la estación de metro de Chalk Farm, y Matthew nos seguía hasta la mitad del camino más o menos, esperaba hasta que volviera Charles, y luego se hacían compañía el uno al otro hasta que yo volvía. Charles se quedaba en casa pintando casi todo el día; y también hacía la compra. A veces iba a agencias de

publicidad a pedir trabajo, pero nunca le dieron nada; tampoco es que él esperara nada, era la época de la Gran Depresión, de la recesión, pero todavía nos quedaban cheques en el cajón.

Los sábados por la tarde yo libraba y hacíamos la limpieza y las compras; los domingos dábamos largos paseos por el gran parque de Hampstead o leíamos y dormitábamos al lado de la estufa. Por la tarde venían Ann u otros amigos y se quedaban a cenar.

Al principio todo lo que cocinaba sabía mucho a jabón, no sé por qué, pero enseguida me convertí en una buena cocinera. Durante la semana, tenía tanta hambre cuando llegaba a casa que ni siquiera intentaba hacer algo que requiriera tiempo, pero los fines de semana experimentaba. James venía a cenar con frecuencia y muchas veces hablábamos de cocina. Era muy buen cocinero y hasta sabía hacer pan. Una tarde cuando volví me encontré que salían chorros de vapor por las ventanas y olía a fritura quemada. Incluso el gato había salido huyendo. Avancé entre la humareda hasta la cocina y vi que Charles estaba intentando hacer huevos al curry, siguiendo la receta del libro de la señora Beeton. Llevaba intentándolo desde las cuatro, y en ese momento estaba quemando la cuarta tanda de huevos, pero nos los comimos igual.

Tardó mucho en irse el olor a curry.

Un sábado, cuando llevábamos como dos meses casados, pensamos que podíamos saltarnos la limpieza, y Charles me fue a buscar al estudio, comimos en Charlotte Street y luego fuimos a la Tate Gallery. Volvimos a casa a la hora del té con montones de postales. Al pasar por delante de nuestras ventanas, camino de la puerta lateral, por donde entrábamos nosotros, eché un vistazo dentro. Para mi sorpresa, vi que la casa estaba llena de gente. Charles dijo: «Debe de ser mi madre. Creo que ésa es su voz».

Y así era. Ahí estaba Eva rodeada de los mismos parientes que la habían acompañado la noche antes de la boda. Lo primero que pensé fue: «Bueno, ya no pueden impedir que nos casemos». Luego recordé que no habíamos limpiado y que estaba todo manga por hombro. Se me escapó el alma por los agujeros de los zapatos. Si hubiera sabido que iban a venir, habría dado cera al suelo y lo habría tenido todo resplandeciente y ordenado. Ya empezaba a extrañarme que Eva nos hubiera dejado tranquilos todo aquel tiempo, aunque creo que a veces le escribía a Charles cartas lastimeras.

Charles entró primero, y yo le seguí, muy asustada. Eva besó a Charles y luego me besó a mí; así que la visita iba a ser amistosa. No pude evitar alegrarme de correrle el carmín cuando me dio el beso, sabía que se iba a enojar mucho cuando llegara a casa y se viera la cara. Empecé a mascullar algo sobre el desorden de la casa y que habría hecho un bizcocho de haber sabido que venían, pero dijo que no me preocupara, pues se lo imaginaba mucho peor, aunque había tenido que buscar en todas partes para encontrar las cucharillas. Me la imaginé revisando todos los cajones del aparador, mirando mi ropa raída y sacándola para enseñársela a sus parientes.

Dijo que el piso la había impresionado, pero pensaba que las sillas eran muy

duras e incómodas y no entendía cómo podíamos dormir en una cama turca tan pequeña y por qué no teníamos una asistenta. Entonces Edmund, el marido de la del sombrero negro tieso, dijo que estaba seguro de que Eva me podía dar muchos consejos útiles de economía doméstica. Como Eva era famosa por la forma en que derrochaba el dinero en ropa y en la casa, me interesaba mucho oír lo que tenía que decir al respecto. Carraspeó una o dos veces y dijo algo como que los pobres tenían que comer muchos arenques, pues eran muy alimenticios, también que había oído que los pobres comían muchas cabezas de cordero, y continuó preguntándome si yo las hacía alguna vez. Yo le dije que antes muerta que cocinar o comer cabeza de cordero; las había visto en la carnicería, con esos ojos horribles y trocitos de lana pegados al cráneo. Después de esto, los útiles consejos para los pobres cayeron en el olvido, porque Charles le contó lo de nuestro fin de semana en casa de Paul. Le interesó grandemente, pues quería saber cómo andaba de dinero, ya que necesitaba un aumento de la pensión que le pasaba. Charles y yo le aseguramos que vivía en la más absoluta pobreza, que apenas tenía criados y el coche se le caía a pedazos, así que Eva empezó a preocuparse por si se quedaba sin pensión.

Entonces Edmund se puso a preguntarle a Charles cuáles eran sus posibilidades laborales. ¿Tenía algún trabajo en perspectiva? ¿Había vendido algún cuadro? ¿No tenía nada en perspectiva? Conque Charles tuvo que fingir que las cosas le iban mejor de lo que le iban en realidad y habló de su brillante futuro, aunque no muy convincentemente. En realidad, el propio Edmund pasaba graves apuros en su negocio, y yo tenía ganas de que Charles le hiciera unas cuantas preguntas sobre su situación económica.

Por fin, la del sombrero negro tieso, que no había dicho palabra hasta entonces, anunció que era hora de irse a preparar para la cena. Eva se alojaba en su casa. No se había movido del diván todavía a medio pagar en el que estaba sentada cuando llegamos, y miraba a un lado y al otro con sus gélidos ojos azules, fruncidos los labios finos, pálidos. Yo no tenía más familia que un hermano y una hermana. Todos los demás habían muerto por una u otra razón, pero me parecía que con la de Charles ya teníamos bastante.

Tuvimos que revolver la habitación de arriba abajo en busca de las pertenencias de Eva. Entonces encontramos al gatito dormido sobre su abrigo, y hubo que darle un buen cepillado para quitarle los pelos, pero por fin se fueron, y pareció que hubiera parado de pronto un gran vendaval.

Después de esta primera visita, Eva y yo firmamos una especie de tregua; siguió criticándome y soltándome sus sermones pero, como hacía lo mismo con todas las personas que conocía, incluso con Charles, yo no podía protestar mucho. Aunque la mayoría de los parientes de Charles eran de Wiltshire, venían a Londres con mucha frecuencia. Todos hablaban y nos preguntaban sobre nuestra situación económica, y su actitud conmigo estaba en la línea de «espero que cuides muy bien de Charles» o «qué suerte tienes de haberte casado con alguien de nuestra familia». Por entonces

me daba vergüenza decir algo, pero por eso mismo me resentía todavía más, y, cuando se iban, estaba molesta y rencorosa con Charles. Además no paraban de sugerirnos maneras, todas ellas absurdas, de ganar más dinero. Nos enviaban recortes del *Daily Mail* con ofertas de trabajo a destajo, para hacer en casa dulces o guantes, diciéndonos que yo podía hacer una fortuna con eso, o para que Charles se metiera en un tinglado de venta de billeteros a comisión; se los podía vender a nuestros amigos, decían. Como ninguno de nuestros amigos tenía muchos billetes, no le habría ido muy bien que digamos.

Salvando aquellos momentos en que su familia venía a criticar todo lo que hacíamos, Charles estaba muy feliz pintando todo el día y, mientras yo ganara dos libras a la semana y hubiera unos cuantos cheques en el cajón, nada le preocupaba. Era muy cariñoso y atento conmigo. Un día fuimos a la playa con James, y una ola gigantesca me golpeó y me tiró cuando me estaba bañando. Charles se atribuló en gran medida y no paraba de preguntarme si me había hecho daño. Me gustaba que se preocupara por mí, porque hacía mucho tiempo que nadie lo hacía. Llevaba viviendo sola, de pensión en pensión, desde los diecisiete años, y había tenido una vida muy dura y, a veces, muy solitaria.

V



Como a las diez semanas de casarnos empecé a sentirme bastante mal, no con Charles o con la vida matrimonial, sino mal físicamente. Al principio no era más que un rumor de mareo, y empecé a pensar que eran imaginaciones mías, luego pensé que a lo mejor era cosa de las fresas: ese año iban muy baratas, debió de haber lo que llaman en los periódicos un excedente; comíamos fresas hasta en el desayuno. Un domingo por la mañana el lechero dejó por equivocación una pinta de nata en lugar de la leche; fue maravilloso. Las tomamos todas cubiertas de nata, y el gatito también recibió su parte, pero al día siguiente me encontraba todavía peor. Entonces el rumor subió de tono y empecé a vomitar de verdad. Lo pasaba fatal en el trabajo, porque tenía que estar todo el tiempo corriendo al lavabo. Por la noche me sentía un poco mejor, pero estaba tan cansada que lo único que quería era irme a la cama. Me salieron unas ojeras muy oscuras y profundas.

Las compañeras de trabajo me decían que tenía que ir al médico; seguramente tendría una agradable sorpresa para mí. Una mañana me desmayé al levantarme. Charles se asustó mucho y dijo que tenía que quedarme en la cama. Yo no quería faltar al trabajo no fuera a ser que descubrieran lo bien que se apañaban sin mí y me despidieran. Últimamente no había trabajado muy bien, pero quedarme en la cama me pareció celestial, así que me quedé.

Charles dijo que iba a buscar a un médico. Habíamos reparado en una placa en nuestra misma calle, un poco más arriba. Enseguida volvió con un médico como es debido, con su maletín negro, su levita y sus pantalones de raya diplomática, pero de cara triste. Estuvo un momento charlando con nosotros para que nos sintiéramos a gusto, y luego le dijo a Charles que saliera mientras me exploraba y me hacía unas preguntas. Cuando volvió, Charles traía en la mano un solemne ramo de culantrillo y claveles. El médico se había reservado su veredicto hasta que regresara él. Entonces nos dijo que íbamos a tener un niño; yo estaba embarazada de dos meses. La cara blanca y alargada de Charles palideció y se alargó aún más, y yo me asusté y me sentí atrapada y entusiasmada al mismo tiempo.

El médico nos dio algún consejo, nos hizo algunas sugerencias y nos dijo que tenía que ir a verlo pasado un mes. Entonces se fue y nos quedamos solos, pero ya no estábamos solos. Y Charles dijo: «¡Dios mío! ¿Qué va a decir ahora la familia? No soporto la idea de convertirme en uno de esos papás que van empujando el cochecito del bebé». A lo que yo respondí: «Yo tampoco quiero ser una de esas mamás horrendas; voy a huir».

Pero entonces recordé que si huía el bebé vendría conmigo dondequiera que fuera. Era una sensación angustiosa, y me eché a llorar.

Charles me besó entonces y me dijo que no valía la pena llorar por algo que no iba a suceder hasta dentro de siete meses; a lo mejor tenía un aborto. Casi me asustaba más abortar que tener el bebé, así que seguí llorando.

Al día siguiente volví al trabajo y les conté a las chicas lo que me había dicho el médico. Se rieron y me dijeron que ya lo sabían. Me tomaron el pelo con lo del niño, pero fueron muy amables. Ojalá no me hubieran contado todas aquellas horribles historias de partos. Al parecer, a sus madres y amigas les habían sucedido cosas espantosas. Parecía casi imposible tener un bebé que no naciera muerto o sufriera algún tipo de malformación. Yo empecé a pensar que el mío tendría al menos labio leporino. No paraba de ver gente en la calle que lo tenía, y mirara donde mirara veía jorobados y tullidos. Aquel año hubo muchas tías, y siempre había alguna revoloteando por la casa, supongo que venían de Primrose Hill. Se me metió en la cabeza la idea de que, si una me tocaba, el bebé saldría marcado donde me tocara y, si era en la boca, tendría labio leporino. Gritaba cada vez que veía una, y por la noche saltaba en la cama y encendía la luz para asegurarme de que no había ninguna en la habitación. Tenía que dormir con la cabeza debajo de las sábanas, por si venía una y me tocaba en los labios mientras dormía. Charles se enfadaba conmigo y me decía que era una tonta y una histérica, y sin duda lo era. Por fortuna, a Matthew, el gatito, empezaron a interesarle mucho esas grandes moscas zancudas, y las agarraba con la boca y corría de aquí para allá: las largas patas del insecto le salían a ambos lados de la boca, cual nuevos bigotes. Conforme masticaba, iban desapareciendo las patas. Saltaba al ataque en cuanto entraba una en el piso. Le estaba tan agradecida por este servicio que, en recompensa, le dejaba dormir en la cama con nosotros.

¡Pobre Matthew! Una mañana vino parte del camino calle abajo conmigo, como siempre, pero nunca volvió. Charles se pasó todo el día buscándolo, y a la mañana siguiente alguien vino a decirnos que lo había atropellado un coche. Charles se puso todavía más triste que yo con esta desgracia. Compramos un pez gato al que llamamos Min Glotón y lo pusimos en la repisa de la chimenea al lado del Gran Verrugoso, pero no era de mucha compañía para Charles durante el día.

Una noche, pocas semanas después, nos despertamos y encontramos un gran gato de color rojo dormido en la cama turca, le dejamos que se quedara y a la mañana siguiente allí seguía. Le pusimos de nombre Embajador. Al principio parecía muy viejo y muy débil. Tenía calvas y estaba lleno de costras; se pasaba el día sentado al lado de la estufa de gas, con la cabeza gacha. Se le fueron cayendo los dientes uno a uno. Cuando barría y los echaba al recogedor sonaban como balines. Enseguida empezó a cambiar: le salieron nuevos dientes, le creció un pelo muy denso y se le tupió la cola. Luego la carita delgada se le redondeó, y se convirtió en un gato del que cualquiera podría sentirse orgulloso. Tenía una desventaja, sin embargo, y es que en cuanto volvíamos la espalda traía a sus viejos amigos, que estaban muy sucios y apestaban. Con todo y con eso estábamos muy contentos de volver a tener gato, aunque tuviera amigos malolientes.

VI



Pasados tres meses, me olvidé de las náuseas, pero el niño pesaba un montón en mis pensamientos. Antes de casarme con Charles esperaba tener muchos hijos. Pensaba que sería muy lindo tener siempre al menos un recién nacido y varios niños alrededor, creciendo cada cual a su manera; pero, antes de casarnos, Charles me había dicho que no quería tener hijos, y yo vi que no encajarían en el tipo de vida que íbamos a llevar, por lo que esperaba que a unos padres tan poco indicados no les vinieran niños, al menos durante bastantes años. Tenía la idea de que, si ejercías un control mental y te decías muy seria: «No tendré hijos», seguramente no vendrían. Pensaba que era eso lo que querían decir cuando hablaban de control de natalidad, pero a estas alturas ya sabía lo equivocada que estaba.

A veces me daba cuenta de las ganas que tenía de que naciera el niño, deseaba verlo y cogerlo en brazos, pero cuando se lo contaba a Charles, se molestaba y me hacía sentir que de alguna manera lo había traicionado y que me había vuelto una sentimental.

Por el momento ni siquiera la madre de Charles me había notado nada, y sabía que, si sus penetrantes ojos negros no habían reparado en ello, durante algún tiempo todavía no tenía que preocuparme por el resto de la familia. Ya había pasado un mes desde que me había visto el médico, así que una tarde, de vuelta del trabajo, me paré en su casa. No tenía sala de espera, de modo que me senté en el cuarto de estar, junto a la chimenea, y charlé con su mujer, que era muy acogedora. Cuando entró en el cuarto, el médico fue muy amable y me dijo que para el parto me metería en uno de los grandes hospitales y que no tendría que hacer prácticamente ningún desembolso. Hablamos bastante y le conté que antes todo lo que cocinaba sabía a jabón, pero que estaba haciendo bastantes progresos en la cocina. Me dijo que la próxima vez que fuera a verlo me enseñaría a hacer un curry indio de verdad; él había aprendido a hacerlo cuando vivía allí, y yo pensé: «Por eso está tan amarillento y parece tan triste». Había notado que la gente que había vivido en países cálidos con mucha frecuencia tiene ese aspecto: puede que le afecte al hígado.

Pero nunca aprendí a hacer curry porque tanto el médico como su mujer se suicidaron antes. El hombre se suicidó primero, metiéndose algo en el brazo con una aguja, y, cuando su pobre mujer lo encontró muerto de aquel modo, abrió la llave del gas. Nos quedamos horrorizados al enterarnos y nos dio mucha pena, y yo me preocupé todavía más por el niño.

Entonces llegó el otoño y se acabaron los cheques que teníamos en el cajón del aparador. Sólo había una cajita con algunas guineas de cuando Jorge III; eso era lo único que nos quedaba. Eran un regalo de boda, y esperábamos no tener que

gastarlas. Charles era muy listo y decía que ya saldría algo. De hecho, encontró trabajo en una agencia de publicidad, pero sólo le duró una semana. Tenía que dibujar cepillos, cepillos de fregar, todo el día, y no era la persona más idónea para dibujar cepillos, así que no sirvió de nada. Luego le encargaron dos letreros para sendos salones de té y ganó diez libras con ellos, así que volvimos a tener esperanzas y cenamos en Bertorelli's y nos bebimos una botella de Barbera para celebrarlo. Yo compré unos botoncitos de madreperla y unos adornos de encaje para el bebé. Más o menos por entonces empezó a moverse dentro de mí, y era raro y delicioso al mismo tiempo. Me empecé a preguntar si sería niño o niña. Sabía que a Charles no le gustaba que hablara de eso, pero, moviéndose de aquella manera, me resultaba bastante difícil olvidarme, así que le pregunté que qué prefería. Dijo que no le molestaría tanto si fuera una niña y tuviera el pelo largo. Yo decidí llamarla Willow, que me parecía un nombre romántico y elegante.

Hasta ese momento, sólo le habíamos confiado el secreto del niño a mi hermana Ann y a James, pero tenía la sensación de haber llegado casi al punto en que la familia de Charles empezaría a darse cuenta de que estaba preñada y no les importaría tanto si veían que teníamos todo lo del hospital arreglado y una cuna y cosas así. Conque pensé que no era una mala idea pedir consejo a algunos de nuestros amigos. La mayoría eran artistas solteros, a excepción de la señora Amber, y sabía que ella me sugeriría ir a dar a luz a lo alto de una montaña en algún remoto pueblo italiano o, si no, en un torrente mágico con el cabello salpicado de hojas plateadas. Charles dijo que la persona más sensata a la que preguntarle era Francis. Francis era un joven retratista que había vivido más que nosotros y le agradaba aconsejarnos en toda suerte de asuntos, y sus consejos casi siempre resultaron ser buenos.

Francis se quedó pasmado cuando Charles le dijo que esperábamos un niño, pero se veía que le halagaba que le pidiéramos consejo. Nos dijo que nos informaría en unos días de cuál era la mejor manera y la más barata de dar a luz y también que creía conocer a alguien que nos podría regalar una cuna que ya no le servía a su hijo. Dos días después vino a vernos con su hermana. Era una treintañera grandota y guapetona, con pinta de ser muy eficaz. Habían estado preguntando a toda la gente que conocían qué teníamos que hacer cuando fuera a dar a luz y todo eso, y habían acabado dando con una anciana de ochenta años, muy rica, muy fea, muy amable y muy brusca, todo al mismo tiempo. Se pasaba el día buscando sitio en los hospitales para jóvenes madres judías que no tenían adónde ir a dar a luz y haciendo otras buenas acciones, pero la parte de la maternidad era la que más le interesaba. La hermana de Francis le había hablado de mí, y ella había aceptado ayudarme, aunque no fuera judía. Enseguida fui a verla y descubrí que era una viejecita jorobada, con una nariz muy grande y unos dedos deformados. Su casa era inmensa, oscura y asfixiante; y los muebles inmensos y tristes. Polvorientas cortinas de cuentas, pájaros disecados, helechos y adornos de cobre indios se te echaban encima, pero la anciana estaba llena de vitalidad. Parecía una joya oscura y brillante dentro de un viejo estuche de

terciopelo polvoriento. Pocos minutos después de llegar ya me había dado una carta para un tal doctor Wombat, del Hospital King Edward, y me había prometido darme una cuna y alguna ropa de recién nacido; entonces dijo que era una pena que no fuera judía y se apresuró a despedirme.

Pedí una mañana libre en el estudio. También le comuniqué a mi jefe que estaba embarazada, y él me dijo que entonces tenía que dejar el trabajo por Navidad. No quería decirle cuánto dependíamos del dinero que yo ganaba, no fuera a ser que pensara que Charles no era un buen artista, pero fue un buen palo saber que en Navidad me quedaba sin trabajo. Esperaba que me permitieran quedarme hasta que naciera el niño y que, tal vez, me dejarían volver y dejar al crío en el cochecito, junto a la barandilla, mientras yo trabajaba.

Cuando llegó la mañana en que debía ir al hospital, estaba muy asustada y pasé varias veces por delante de la puerta sin atreverme a entrar. Era un edificio de ladrillo muy grande, y tenía la sensación de que cuando entrara por la inmensa puerta principal ya no me dejarían volver a salir, pero en realidad enseguida volví a estar fuera porque el portero me dijo: «No puedes entrar por aquí; tienes que ir a la entrada lateral, bajando las escaleras». Así que bajé por una escalera un poco deprimente y entré por una puerta que decía CONSULTAS EXTERNAS. Le enseñé la carta a una mujer de aspecto oficial, y me dijo que me sentara en un banco al lado de un montón de mujeres que eran nuevas pacientes.

Tuvimos que esperar mucho tiempo, y empezaron a hablar unas con otras. A mí no me apetecía hablar, porque tenía la impresión de ser una impostora. Ellas tenían unas tripas grandísimas y a mí casi no se me notaba. Bastantes ya habían tenido hijos, y parecía que todas se habían pasado la vida entrando y saliendo del hospital. Hablaban con mucho conocimiento de cómo les habían ganado la batalla a comadronas y enfermeras y de cómo les habían dicho a los médicos lo que pensaban de ellos. No paraban de quejarse del tratamiento y de las comidas que daban en el hospital, pero pese a toda esa charla me parecía que en el fondo les gustaban los hospitales y estaban contentas de volver a estar en uno.

Era muy deprimente y muy aburrido estar esperando en el pasillo. Una de las mujeres se desmayó. Noté que muchas de ellas llevaban frascos con algo que me pareció limonada, así que pregunté que dónde la daban, pero ellas se rieron de mí a carcajada limpia, y no me atreví a decir nada más.

Pasado un largo rato, la mujer de aspecto oficial se acercó y nos dijo que nos metiéramos en unos cubículos y nos desnudáramos. Podíamos quedarnos en camiseta. Yo me metí en uno de los cubículos, que parecía una caseta de baño. Había otras tres mujeres. Todas llevaban grandes fajas de color gris, por lo que tardaron mucho tiempo en desnudarse. Algunas se frotaron las piernas para quitarse las marcas rojas que les habían dejado las ligas. Decían que los médicos se enfadaban si veían que llevabas ligas. No entiendo por qué las llevaban, pues tenían auténticos bosques de ligeros colgando de la faja. Yo no llevaba medias y apenas ropa interior, así que

me desnudé enseguida y me cubrí con una de las batas rosas de algodón que estaban colgadas en el perchero para que nos las pusiéramos: eran muy cortas, pero estaban limpias.

Cuando volví al pasillo me dieron un tarro de cristal y me dijeron que depositara en él una muestra de orina. Me di cuenta entonces de que había hecho el ridículo preguntando por la limonada, y de haber estado vestida habría salido huyendo del hospital. Pasada una hora o así, me examinó el doctor Wombat. Era joven y encantador y me animó mucho. Tuve suerte y pude librarme de que me examinaran los estudiantes, pero en visitas posteriores me tocó aguantar bastantes palpaciones. Reparé en que las jóvenes estudiantes no eran tan amables como los chicos y muchas veces te hacían daño, pero a lo mejor no es una regla general. Puede que no tuviera suerte con las estudiantes que me tocaron a mí.

Al salir del hospital me dieron una tarjeta rosa con mi nombre. Tenía que enseñarla cuando volviera a dar a luz. Decía que si no la llevaba no me admitirían. Estaba segura de que con las prisas y los dolores se me perdería y no me dejarían entrar. También me dieron un folleto. Decía que me tenía que lavar los dientes, con sal si no tenía dinero para comprar un dentífrico, y no debía tomar drogas peligrosas para intentar abortar. Había algún consejo más sobre lo que tenías que hacer si empezabas a sangrar, creo.

VII



Unas semanas antes de Navidad se produjo una gran agitación en la familia de Charles. Falleció la del sombrero negro tieso. Cogió la gripe, y en tres días había muerto, aunque sólo tenía cuarenta y cuatro años y no estaba previsto que se muriera todavía. En cuanto Eva se enteró de la noticia, vino a Londres a acompañar a su hermano Edmund. Nos llamó y nos pidió que fuéramos nosotros también a consolarlo. No me gustaba mucho la idea de ir a una casa donde había un muerto, pero Charles dijo que teníamos que ir, quisiéramos o no.

Cuando llegamos a la siniestra casa de Kensington, estaban tomando el té, Edmund, Eva y la madre de la difunta, que vivía con ellos. Edmund parecía muy cansado, pero Eva parecía llena de vitalidad, y estaba diciéndole lo que había que hacer para el funeral y aconsejándole que vendiera la casa y pusiera en la calle a los criados, que se deshiciera de los muebles, buscara un ama de llaves y regalara el perro. Él parecía completamente aturdido y apenas prestaba atención a lo que le decían, más allá de balbucir un «sí» de vez en cuando. Me entró curiosidad por saber qué pensaba hacer Eva con la madre de su cuñada. No era algo que se pudiera vender o regalar. Ella, por su lado, no parecía en absoluto afligida por la muerte de su hija y no paraba de atiborrarse de pastelillos rosas. Cuando hubo terminado de comer, se rio entre dientes y dijo: «¿Quién lo habría pensado? ¿Quién habría dicho que iba a sobrevivir a la menor de mis hijas? Me iré a vivir al Hotel Regent Palace y me lo pasaré en grande».

Me pareció que estando Eva tan interesada en disponer el funeral y arreglarle la vida a Edmund, era un buen momento para comunicarle que esperaba un niño. Aguardé hasta que se quedó callada un instante. Tuve que esperar bastante tiempo, pero por fin se calló, y yo me vi casi gritando: «Voy a tener un niño dentro de catorce semanas». La noticia causó una gran conmoción, y por un momento Eva se olvidó de muertes y funerales, y dejó en paz a Edmund, quien se quedó dormido con la cabeza sobre las tazas de té.

A Eva le pasmó que lo tuviéramos todo preparado. No le dije que iba a perder el trabajo en breve, porque ella ya había dicho que cuando no se tiene dinero tampoco se tiene derecho a procrear. Parecía no tener en cuenta que el niño era también de Charles, no sólo mío, porque un poco más tarde, cuando estaba arriba poniéndome el abrigo, estuvo muy amable conmigo y hasta me dio un beso, pero lo echó todo a perder diciendo: «Nunca te perdonaré, Sophia, que hayas hecho padre a mi hijo con sólo veintiún años». Y yo casi añadí: «Y a ti, abuela a los cuarenta y seis».

Charles fue al funeral. Tuvo que alquilar el atuendo de luto, pero no se lo vi puesto, porque yo estaba en el trabajo. Me lo contó cuando volví a casa por la tarde.

Me dijo que Eva les había comunicado a todos los parientes que esperábamos un hijo, y que todos le habían hecho montones de preguntas sobre cómo iba a mantener a una mujer y una familia. Le habían dado algún dinero, sin embargo, cuatro libras en total. Esto me alegró, pues sólo nos quedaba una guinea dorada en el cajón, pero mi alegría no duró mucho, pues resultó que ya se había gastado el dinero en pinturas, pinceles, libros y un enorme pastel de nueces de Fullers.

Cenamos el pastel y café con leche y mientras tanto me contó que la del sombrero negro tieso había dejado la casa y los muebles a una amiga suya. Al parecer, Edmund ya le había legado la casa, y ahora se había quedado sin nada. Charles dijo que no parecía preocuparle mucho. Era una casa muy lúgubre y deprimente, con unos muebles oscuros y aparatosos, que le daban un ambiente muy severo. Sobre los trincheros y aparadores había caballos de bronce encabritados y galleteros plateados; las repisas de las chimeneas eran de mármol negro y verde, y las cortinas, de terciopelo negro o granate, así que haber perdido la casa era algo de lo que alegrarse.

También me contó que la anciana suegra se había teñido el pelo de negro y se había ido de verdad a «pasárselo en grande» en el Hotel Regent Palace.

Nos quedamos tomando café y charlando, y Charles dijo que, ya que su madre lo sabía, había llegado el momento de comunicárselo al resto de su familia, así que fui a buscar papel y tinta y empezamos a escribir cartas en la misma mesa, sin apartar el café ni el pastel. No quería que pareciera que yo no tenía parientes a quienes escribir, así que escribí a mi hermano. No esperaba que me contestara, y me sorprendió recibir una carta de su mujer unos días después. Me sugería en la carta que fuera a visitarlos cuando llegara el bebé. Me agradó la invitación. Tenían una casa muy bonita en el campo. Nunca había ido, pero Ann, que iba con frecuencia, me lo había contado. Creo que la razón de que no me invitaran antes era que me creían un poco «bohemia» y rara, y supongo que esperaban que ahora que iba a ser madre cambiaría para mejor.

La persona a la que más nos asustaba decírselo era la tía Emma; le desagradaban los niños, y sabíamos que bajaríamos enormemente en su estima cuando se enterara de que esperábamos uno. Habíamos estado en su casa bastantes veces desde que nos casamos y algún domingo por la tarde nos había invitado al Arts Theatre. Últimamente tenía la sensación de estar disfrutando de su hospitalidad de manera fraudulenta. Charles se comprometió a ir a verla una tarde, a la hora del té, y contarle la horrible verdad. Pensé que era muy valiente. Emma recibió la noticia con frialdad y dejó muy claro que la habíamos decepcionado. Después de esto apenas volvimos a verla.

VIII



Paul se irritó un poco cuando se enteró de que íbamos a tener familia, pero al mismo tiempo, leyendo su carta, notabas que también le divertía la idea de ser abuelo, siempre que eso no le costara a él nada, claro. Ann ya sabía desde hacía tiempo que iba a ser tía, y no paraba de traerme revistas sobre madres y niños, todas ellas publicadas por las editoriales del grupo en el que trabajaba. Eran muy sentimentales —las revistas, no las editoriales—, y llamaban a los bebés «tesoritos», y a los que empezaban a andar «culoncitos». Había páginas sobre las maravillas de la maternidad. También cartas de madres que pedían consejo: «¿Es verdad que si comes manzanas cuando estás embarazada tienes un enano?». O: «¿Por qué llora mi pequeño después de comer sardinas?». También había artículos en los que explicaban cuánto más amaban los hombres a sus mujeres cuando éstas se dedicaban a sus labores y tenían hijos. En algunos casos, las mujeres casadas preferían ir a trabajar a ocuparse de la casa y tener niños. Los maridos siempre abandonaban a estas mujeres tan egoístas, pero justo en el último momento, antes de que sucediera nada demasiado drástico, la mujer se volvía completamente hogareña o descubría que iba a tener un «tesorito», y entonces el marido volvía a ella. Todas las historias que contaban tenían un final feliz, lo que estaba bien.

Ya casi habíamos llegado a Navidad, y el contrato de nuestro piso terminaba entonces. Pensamos que no valía la pena renovarlo, porque era demasiado pequeño para tres. A Charles le horrorizaba la idea de trasladarnos y me sugirió que instaláramos al bebé en el armario, pero, después de leer todas esas revistas, sabía que no era una buena idea y le hice salir a buscar piso, aunque fuera a regañadientes. Yo no podía ir porque todavía estaba trabajando. Enseguida vino diciendo que había encontrado un superestudio con vivienda que había pertenecido a un famoso pintor de carteles. Sonaba a que iba a ser bastante caro, pero Charles dijo que sólo costaba veinticinco chelines a la semana, así que el sábado fuimos los dos a verlo. Estaba en el último piso de una gran casa de ladrillo rojo, en una bocacalle de Finchley Road. Tenía un estudio inmenso, un dormitorio y cocina y baño, y, como señaló la casera, un armario para quitar de la vista las antiestéticas escobas. Me impresionó el piso, y le dijimos a la casera que nos lo quedábamos pero, cuando nos pusimos a hablar del precio, descubrimos que costaba noventa y seis libras al año. Charles dijo que creía que eso salía a veinticinco chelines a la semana, y la casera dijo: «Pues no, no es eso lo que yo creo, ciertamente», y nos empujó escaleras abajo hacia la puerta.

El pobre Charles se llevó una gran decepción, pero por fin encontró una buhardilla en Fortune Green. Tenía tres habitaciones, y una cocina en el descansillo. El día que nos trasladamos tuve que hacer horas extra. Fue una sensación muy

extraña dejar una casa por la mañana y volver a otra por la noche. Cuando llegué, James estaba friendo salchichas en el descansillo a la luz de una vela, y Charles había arreglado una de las habitaciones y encendido el fuego. Descubrimos que había que dejar una fianza en la compañía eléctrica, así que tendríamos que estar sin luz hasta después de Navidad, para cuando esperábamos el dinero extra de los regalos.

Busqué a mi gato de pelo rojizo, Embajador, pero no lo vi por ningún lado. Entonces Charles me dio una mala noticia. Cuando llegó con el Gran Verrugoso bajo un brazo y el gato bajo el otro, la casera le había dicho: «No permito tener mascotas. Saque de aquí ese bicho inmediatamente». Charles consiguió que le dejara guardar al Gran Verrugoso, fingiendo que lo que había en el recipiente era un pez, pero ella insistió en que se llevara inmediatamente a Embajador, de modo que dejó a James desembalando y llevó el gato a mi antigua casera, pidiéndole que le encontrara una buena casa; pasado el tiempo supimos que estaba en una casa muy buena al lado del Museo Británico. Lo echamos mucho de menos, y yo esperaba que la casera no me obligara a regalar el niño cuando naciera.

No era fácil llegar desde Fortune Green hasta el trabajo, y el piso no estaba tan bien como el de Harverstock Hill. Teníamos que compartir el baño con un montón de gente, pero la vista desde la ventana del pequeño dormitorio era maravillosa. Se veía todo Londres. En los días despejados incluso veíamos el campo a lo lejos. Nos pasábamos horas identificando los edificios. El Crystal Palace era el más conspicuo.

Vivir en un lugar tan apartado hizo que perdiéramos bastantes amigos, pero Ann y el fiel James venían con frecuencia. James me estaba enseñando a tejer prendas de bebé, pero a mí no me salía muy bien el punto cuando él no estaba presente; no obstante, conseguí hacer dos jerseicos que parecían un plato de *porridge* lleno de grumos.

Francis y su hermana también venían de vez en cuando. Una noche poco después de trasladarnos vinieron acompañados de una mujer austriaca. Era una retratista que siempre andaba buscando nuevos modelos, así que me preguntó si quería posar para ella cuando dejara el trabajo. A mí me encantó la idea. Estaba muy preocupada por cómo nos las íbamos a arreglar cuando dejara de entrar mi sueldo en casa. La tarifa de los modelos era de media corona a la hora, y ella dijo que me necesitaría bastante y que me presentaría a otros retratistas cuando acabara de pintarme. Me puse muy contenta, como si me hubiera quitado un peso de encima; ahora podría decirle a la familia de Charles que seguía siendo capaz de ganar dinero y que no sería una rémora para él.

Dos días antes de Navidad dejé el estudio donde llevaba tres años trabajando. Les dije que Charles tenía muchos encargos y que yo tenía ganas de descansar un poco. A las otras chicas solteras les dio envidia y dijeron que qué divertido debía de ser casarse y tener un niño. Yo les dije que era maravilloso y que tenían que venir a verme cuando naciera. Me despedí del jefe, y él añadió dos libras extra a mi último sueldo y me dio la mano. Luego tiré mi bata manchada de pintura a un cubo de

basura y no volví a verlos a ninguno de ellos.

Tanto el padre como la madre de Charles querían que pasáramos la Navidad con ellos, así que fuimos a pasar una semana a Wiltshire y nos las vimos y nos las deseamos repartiéndonos entre uno y otro; incluso tuvimos que comernos dos comidas de Navidad. Aunque tanto el padre como la madre de Charles intentaron ser amables, no disfrutamos nada de las vacaciones. Una de las razones, entre otras, que me impidieron disfrutar fue que la mujer de Paul, que era la típica ama de casa perfecta, no dejaba de preguntarme cómo hacía yo las diferentes tareas domésticas y, cuando yo se lo contaba, me decía que lo hacía mal y se empeñaba en enseñarme la mejor manera de hacerlo. Algunas de las cosas que me enseñaba no conseguía recordarlas luego. Por lo menos me enseñó una docena de veces a doblar las camisas, pero ni siquiera hoy consigo doblar bien una de esas condenadas camisas de hombre; sin embargo, sé arreglar una estufa o una tubería (de plomo) y hacer moldes de escayola y afinar pianos y muchas más cosas que ella no sabe hacer. A la gente siempre le choca que no hagas bien las cosas que ellos saben hacer. Era una mujer muy generosa, por otro lado, y todo el rato quería regalarme cosas para el bebé, cosas lindas, pero Charles decía que no debía aceptarlas, porque a Eva no le parecería bien. Lo había educado en el odio a la segunda mujer de su padre y, cuando íbamos a verla, Eva nos preguntaba: «¿Cómo está ese monstruo?». Y se reía de ella. Nos interrogaba sobre cómo estaba amueblada la casa, y se enfurecía y decía: «¿Quieres decir que esa horrible criatura está utilizando mi tocador?», o mis cubiertos o el mueble u objeto sobre el que le diera por preguntar, aunque no tenía nada de qué preocuparse, pues se había llevado mucho más de la mitad de los muebles de la casa en la que vivían cuando estaba casada con Paul. Otra cosa que le disgustaba mucho era que, desde que se había casado por segunda vez, Paul había comprado un coche y había puesto teléfono en su casa: dos cosas que se había negado a tener mientras vivieron juntos. Supongo que él le habría permitido tener ambas cosas, si Eva no le hubiera hostigado tanto pidiéndoselas.

Y cuando volvíamos a casa de Paul, su mujer nos preguntaba: «¿Y cómo estaba su alteza real? ¿Es verdad que tiene un abrigo de piel nuevo?». Y luego seguía dándole amargamente durante horas a la matraca de cuánta pensión le pasaba Paul a Eva y de lo infeliz que lo había hecho mientras estuvieron casados. Yo no soportaba todo aquello y dije que tenía que volver a Londres porque me tocaba volver al hospital, y Charles dijo que era muy importante no perder aquella cita, así que volvimos a casa a recuperar la paz.

IX



Aunque ya he llegado al capítulo nueve, este libro no parece crecer mucho. Creo que en parte se debe a que no hay diálogos. Podría llenar páginas así:

—Estoy segura de que es verdad —dijo Phyllida.

—No estoy de acuerdo —respondió Norman.

—Bueno, yo sé que tengo razón —replicó ella.

—Siento disentir —dijo Norman en tono severo.

Éste es el tipo de material que aparece en los libros de la gente de verdad. Sé que éste nunca será un libro de verdad, de los que leen los hombres de negocios en los trenes, el tipo de hombre de negocios que lleva sombrero rígido de ala ondulada con unos agujeritos en los laterales. Me gustaría saber más de las palabras. También desearía haber estado atenta en la escuela. No lo estuve y ahora sé que es una desventaja; lo ha sido desde siempre. Igual da, voy a seguir escribiendo este libro, aunque los hombres de negocios lo desprecien.

Después de volver de las vacaciones navideñas, la artista austriaca cumplió su promesa y me escribió pidiéndome que posara para un retrato. Pintó varios, y a mí me gustaba mucho pasar el día en su estudio. Había una gran estufa de gas permanentemente encendida en el hueco de la chimenea, no como la nuestra, que se apagaba continuamente porque había que echarle más chelines. Disfrutaba de la buena temperatura, y también de la comida. Íbamos a un pequeño restaurante al lado del estudio, donde ella se veía con sus amigas. A mí me daba vergüenza que vieran que me pagaban la comida, pero parecía que ellas no se daban ni cuenta.

Cuando terminó el tercer retrato, me dio una carta de presentación para un conocido suyo, un tal R.A. Estaba nerviosa cuando fui a su estudio. No tenía por qué estarlo, pues era muy amable, al igual que su mujer. Me dijo que me pintaría sin más dilación y que le gustaría pintarme con el niño cuando naciera. Esta gente también me daba de comer, y estas comidas gratis eran una ayuda inmensa, porque en los últimos tiempos tenía siempre un hambre espantosa y en casa andábamos cortos de alimentos. Todas las guineas doradas se habían acabado, y sólo teníamos lo que yo ganaba posando. Con esto teníamos que pagar la comida, la luz y la calefacción, la lavandería y, claro está, el alquiler. A veces debíamos varias semanas, y la casera nos reclamaba el dinero cada vez que entrábamos o salíamos de la casa. La oía hablar de nosotros a los inquilinos del piso de abajo y me moría de vergüenza. A Charles le daba lo mismo. Decía que la casera era una vieja bruja. En cuanto se ponía a pintar, se olvidaba del frío y de las penurias que pasábamos. Así se suponía que eran o debían ser los artistas, pero yo sencillamente trabajaba dibujando o pintando en estudios de publicidad, y por eso seguía preocupándome. En cualquier caso, no tenía mucho

tiempo para pintar, pues cuando volvía de trabajar por la tarde tenía que hacer todas las tareas de la casa, ir a la compra y cocinar.

Cuando las cosas habían llegado ya a un punto verdaderamente penoso, apareció Francis con un trabajito de rotulación para Charles; no era más que un trabajo ganapán, pero al menos pudimos pagar el alquiler atrasado. Luego otro amigo quería pintar su piso y le pidió a Charles que lo hiciera. Le pagaron diez libras por este trabajo, y nos pareció una fortuna. Pude guardarme un poco de lo que yo ganaba para comprar unas cuantas cosas para el niño. Ya tenía la cuna que me había dado la octogenaria de los dedos deformados, y yo compré una muselina preciosa con motitas azules para forrarla y una suave almohada de plumas como colchón. Le hice una almohadita con tres espigas de bayunco que había guardado al efecto, y quedó muy bien. Varias personas me habían regalado ropa de niño. La mayoría era bastante tosca y ordinaria, no como la que había visto en los escaparates de las tiendas de ropa infantil. Aunque le puse cintas nuevas, seguía siendo bastante fea. Yo había tejido varias chaquetitas y camisetas, pero no me habían salido muy allá. Los pañales eran nuevos. Algunos eran simplemente de felpa, como toallas, pero los que me había dado la mujer de Paul se los veía de muy buena calidad y eran de marca Harrington. Charles me dijo que no se me ocurriera escribirle para darle las gracias, pero yo le escribí igual.

Preparé una maleta para llevar al hospital en caso de que el parto se adelantara. En el hospital me habían dicho que no tenía que llevar ropa para el recién nacido, sólo unos camisones para mí y útiles de aseo, una tetera y una mañanita. Me moría de ganas de tener una mañanita bonita, una de esas que van ribeteadas con plumas y son muy suaves. Una de las tías de Charles me envió algo bastante horroroso, una especie de chal con mangas, como un rulo de lana gorda, que se quedaba completamente tieso y además picaba, pero lo eché a la maleta a falta de algo mejor. También metí dos medias coronas para asegurarme de que tendríamos para pagar el taxi que me llevara al hospital.

Para entonces ya estaba bastante abultada, no sólo de tripa, sino también por detrás. Esto me ponía muy triste cuando me veía en las lunas de los escaparates; afortunadamente, en casa no teníamos ningún espejo de cuerpo entero. Charles me llamaba «gordita», y su madre decía muchas veces que yo era una personita rechoncha y que, si la criatura era niña y se parecía a mí, desde luego no le podía poner de nombre Willow,^[3] que además era un nombre ridículo. Parecía que se habían olvidado de lo flaca que había sido. Antes de quedarme embarazada medía sólo 48 centímetros de cintura. Y Eva me dijo: «¿Por qué no te pones un vestido de premamá? ¡Caramba! ¡No puedes ir por ahí con esa pinta!». Era inútil que lo dijera, pues no podía permitirme comprar nada de eso. Cargar con esa figura tenía su lado bueno: los desconocidos me trataban con mucha amabilidad. Los conductores y los cobradores de autobús me ayudaban a subir y bajar, y los policías paraban la circulación para que cruzara; todo esto era antes de que hubiera semáforos. Los

dependientes de las tiendas también eran muy amables conmigo.

Eva quería venir a quedarse con nosotros una semana antes de que yo saliera de cuentas: para ayudarnos, decía. Esto me llenó de preocupación. Sabía que intentaba ser amable, pero ya se había quedado con nosotros en una ocasión y su estancia fue muy complicada. Sobre todo porque tardaba mucho en el cuarto de baño y, cuando por fin salía, lo dejaba todo hecho un desastre: el suelo cubierto de polvos de talco y la bañera con un rodete de espuma sucia. Antes de que me diera tiempo a bajar a limpiarlo, algunas de las personas con las que lo compartíamos iban a quejarse a la casera del estado en que lo habían encontrado, y entonces se armaba. Otra razón era que sólo teníamos seis toallas, y todas eran pequeñas, y ella las utilizaba todas para su baño. Luego teníamos que ponerlas a secar por todos lados. También le disgustaba que no tuviéramos un espejo de cuerpo entero, pero no era sólo la falta del espejo; en nuestra casa faltaban un montón de cosas, sábanas, por ejemplo, sólo teníamos dos juegos, y uno estaba siempre para lavar, por lo que cuando ella venía le dábamos las nuestras y nosotros dormíamos entre las mantas y, como esperaba tener al menos dos almohadas, también le dábamos la nuestra.

No nos importaban esas incomodidades pasajeras, pero a mí sí que me importaba mucho que se diera cuenta. A Eva nunca le había faltado de nada y no entendía lo difícil que es ser pobre y que las cosas más necesarias pasen a ser un lujo. Ella creía que si carecíamos de las cosas más esenciales era porque yo no era buena ama de casa y no sabía cómo vivía la gente civilizada.

No me resultaba fácil decirle que no me apetecía su visita tan cerca del nacimiento del niño: sólo podía confiar en que se me adelantara el parto y naciera antes de que ella viniera, y hacía todo lo posible para que así sucediera. Incluso fui a la verbena de Hampstead Heath el domingo de Pascua. Aquel año la Pascua cayó muy pronto. Charles vino conmigo, y tuve que colgarme de su brazo para subir Hampstead Street; esto le puso impaciente conmigo. Además, cuando llegamos, me eché a llorar con la música. La música de las verbenas siempre me emocionaba y entonces se me ponía un nudo en la garganta, pero Charles no lo entendía, y me dijo que estaba todavía más tonta de lo normal y que, si era así como me sentía, mejor me volvía a casa. Antes de irnos, hizo un dibujito de la verbena vista desde una de las colinas que rodean el valle del Health. Le gustó cómo quedó, y dijo que el lunes vendría con las pinturas, pero el lunes pasó algo que le impidió hacerlo.

X



El sábado de Pascua cenamos pastel de patata, y luego no me sentí bien y me acosté temprano. Ahora dormía yo sola en el dormitorio, y Charles en la cama turca en el cuarto de estar. No podía cerrar la puerta del todo porque sólo tenía picaporte por fuera. El de dentro ya no estaba cuando nosotros llegamos al piso, pero nunca se lo dijimos a la casera porque siempre andábamos retrasados con el pago del alquiler.

Estaba muy cansada y enseguida me quedé dormida, pero al cabo de un rato se levantó viento y me desperté con el ruido. Las ventanas repiquetearon y la puerta dio un golpe. Como me dolía mucho la tripa, pensé que sería una buena idea ir al baño, pero al llegar a la puerta, ésta se había cerrado, y sin picaporte no podía abrirla. Entonces, claro, me entraron todavía más ganas de ir al baño. Tuve que llamar a Charles y pedirle que me abriera desde fuera. Le molestó mucho que lo despertara en plena noche, así que bajé las escaleras muy apenada, y cuando estaba saliendo del cuarto de baño me di cuenta de que había sangre en el suelo. Estaba segura de que me había salido a mí y, recordando lo que decía el folleto del hospital, fui y desperté a Charles otra vez. Esta vez se enfadó de verdad y me dijo que siempre me estaba imaginando cosas y que, aunque se tratara del bebé, tendría que esperar hasta la mañana. Me volví a la cama con la sensación de estar castigada. Antes de quedarme dormida, recordé la maldita puerta: me levanté y puse una silla para que no volviera a cerrarse de golpe. La puerta daba golpes contra la silla y las ventanas repiqueteaban con más fuerza todavía, y todo era muy deprimente, pero finalmente conseguí adormecerme.

Entonces me desperté sobresaltada y me entró un miedo atroz. Pensé que debía de haber un fantasma en el cuarto y que me había dado un susto, así que escuché atentamente y oí un ruidito extraño, como de algo que hubiera reventado dentro de mí, y de repente estaba inundada de agua. Fui al cuarto de estar y volví a despertar a Charles. Le dije que sentía molestarlo todo el rato, pero que esta vez iba en serio. Había engordado tanto que había estallado. Vio que esta vez no me estaba imaginando nada y se levantó de la cama con cara de preocupación. Dijo que iba a salir a buscar un taxi para llevarme al hospital. Entonces se echó la mano al bolsillo y sólo encontró nueve peniques, y yo le dije lo de los cinco chelines que tenía en la maleta. Cuando abrió la maleta, vimos la tarjeta rosa que me habían dado en el hospital, en la que decía que sólo me admitirían si estaba de parto. No sabíamos si toda aquella agua tendría que ver con el parto o no, pero Charles dijo que tendrían que admitirme en el hospital porque se me había roto algo por dentro, así que se fue a intentar encontrar un taxi a aquellas horas.

Cuando me quedé sola, volví a tener un miedo horrible, y me empezaron a

castañetear los dientes, pero ya no me salía tanta agua. Entonces fui a la cocina a poner agua a hervir para lavarme un poco, pero de pronto me vino un dolor tan espantoso que me dobló en dos. Justo en ese momento el agua se puso a hervir, y el hervidor, que tenía un silbato en el pitorro, empezó a silbar como un loco. Intenté llegar hasta él para detener aquel agudo pitido, pero el dolor era tan intenso que apenas me podía mover. Por fin se me pasó, y pude coger el tapón del hervidor con el pito incluido y tirarlo a la basura; no quería volver a oírlo nunca más.

Me lavé rápidamente y me vestí antes de que me volviera el dolor, pero se me volvió a manchar la ropa y tuve que cambiarme, porque no quería hacer mal papel en el hospital. Pese a que el dolor me volvió repetidamente, conseguí vestirme, peinarme e incluso maquillarme, aunque me quedaron algunos churretes, pues me temblaban mucho las manos.

Cuando volvió, Charles sintió un alivio inmenso al verme con un aspecto casi normal, pero le costó bastante trabajo ayudarme a bajar los tres pisos, porque yo estaba doblada de dolor. Mientras íbamos en el taxi, los dolores se hicieron más seguidos, pero descubrí que si repetía aquel verso de Walter Scott, «Lord Marmion por el puente cabalgaba...», muy deprisa una y otra vez, soportaba mejor el dolor, así que lo repetí sin parar todo el camino y me ayudó mucho.

Cuando llegamos al hospital, bajamos las escaleras del sótano, que a estas alturas yo ya conocía muy bien, y encontramos la puerta cerrada. Entonces subimos y nos dirigimos a la entrada principal. El portero se tocó la gorra y yo me sentí muy orgullosa, como si me hubiera sacado el título de bachillerato. Hablamos con una enfermera mayor que apareció de la nada, y me llevaron a una sala espantosa pintada sobre todo de marrón. Me dieron un hato de ropa de hospital y me dijeron que me quitara la mía y la doblara para que mi marido se la llevara a casa. No me gustaba quedarme sin mi ropa. Parecía que estaba entrando en prisión. Sin ropa no podría escaparme, si quisiera.

La ropa del hospital no tenía comparación con la mía. Sencillamente era horrorosa: un blusón de franela gris, una bata de algodón rosa y unos espantosos calcetines de algodón blanco. Intenté dejarlos, pero la enfermera mayor apareció de nuevo y me obligó a ponérmelos. Entonces tuve que echarme en una especie de camilla, y ella fue a buscar a Charles para que nos despidiéramos. Me daba vergüenza que me viera vestida con aquella espantosa ropa, y en cuanto me vio se echó a reír y me dijo: «Cariño, ¡si supieras qué pinta tienes!». Sí que lo sabía y esperaba no morirme, no fuera a ser que Charles me recordara así para siempre. Cuando paró de reírse, me besó, y la enfermera le dijo que volviera por la mañana. Entonces se fue, y yo me sentí horriblemente sola.

Después de irse Charles, empezaron a suceder un montón de cosas. Debí de pasar al menos por siete salas y camas distintas antes de dar a luz. Me estuvieron moviendo todo el tiempo, cuando lo único que quería era que me dejaran sola, en la intimidad. Debí de entregar la famosa tarjeta rosa y algún médico debió de examinarme, pero no

recuerdo en qué momento ocurrió esto exactamente. Lo primero que sucedió nada más marcharse Charles fue que me llevaron a un cuarto de baño muy bonito, todo alicatado, y me dijeron que me bañara. Llevaba en la mano la maleta con la tetera y los camisones limpios. Cuando se fue la enfermera hice varios intentos de meterme en la bañera, pero estaba doblada de dolor y no lo conseguí; lo que hice fue quitarme aquella odiosa ropa y salpicar la alfombra de corcho, para que pareciera que me había bañado. La enfermera volvió y se percató del engaño. Me dijo que si me asustaba el agua es que era una sucia y se quedó en el cuarto mientras yo me metía a rastras en la bañera. Para entonces ya estaba completamente desmoralizada.

Lo siguiente que recuerdo es ir caminando detrás de una enfermera con la maleta en la mano. Llegamos a una sala en la que había dos enfermeras y unas camas muy altas sin sábanas. Estaban vacías. Tuve que retreparme en una, y ellas me hicieron unas preguntas y rellenaron unos impresos. Cada vez que iba a una nueva sala se repetía la misma operación. Cuando terminaron de hacerme preguntas, una de las enfermeras me afeitó. No fue tarea fácil, porque los dolores seguían viniendo y me costaba trabajo quedarme quieta. Cuando terminó, me echó un potente desinfectante. Me escoció un montón, pero casi era un alivio tener otro tipo de dolor. Luego me pusieron un enema, el primero de mi vida, y me dio mucha vergüenza, pero lo que vino a continuación fue todavía peor: me hicieron tomar una dosis de caballo de aceite de ricino, que estuvo dándome náuseas varias horas.

Por fin salí de aquella cámara de tortura, y me condujeron a una sala que llamaron paritorio. Había allí otras mujeres que todavía no habían empezado con las contracciones, pero que se suponía que iban a tener partos complicados. Charlaban alegremente, y me sentí mejor al oírlas, porque todas las enfermeras habían sido muy regañonas e impacientes. Había empezado a pensar que tener un niño era algo de lo que una tenía que avergonzarse.

Me quedé echada en la cama como una hora, sin dejar de tiritar. Como ahora me habían dejado tranquila, me parecía que el dolor era más soportable. Por desgracia, pasó una auxiliar con bandejas de té y pan con mantequilla. Yo cogí una y, en cuanto probé un bocado, vomité en la cama. La enfermera de la sala vino y me miró asqueada y me dijo que por qué no había pedido una palangana para vomitar. Me sacaron entonces del paritorio y me pusieron en otra sala en la que estaba yo sola. Llevaba mi maleta, que volvía a aparecer cada vez que me trasladaban y desaparecía cada vez que me metía en la cama. Dos enfermeras vinieron a examinarme. Oí decir a una que como en dos horas daría a luz. Dos horas más me parecía una eternidad. Los dolores volvieron a hacerse más fuertes, y yo intentaba decir el verso de «Lord Marmion», pero me dijeron que me callara. Quería llorar, pero sabía que se enfadarían, así que me mordí los puños. Todavía tengo las cicatrices. Parecía que las manos me olían a los cereales del desayuno, y me acordé de una perra blanca que teníamos de niños, que siempre estaba teniendo cachorritos: ahora la compadecía. Me dieron una palangana para vomitar, y me las apañé para que no cayera nada en la

cama, pero el aceite de ricino hizo su efecto sin previo aviso, y entonces sí que la hice buena. La enfermera se puso furiosa conmigo. Me dijo que debería dar ejemplo y que tenía unas costumbres asquerosas. Yo sólo deseaba morirme y escapar, pero me volví a ver caminando, doblada de dolor y de vergüenza, detrás de la asqueada enfermera.

La siguiente sala a la que me condujeron tenía un retrete detrás de una cortina. Había otras mujeres en esta sala, y esperaba no tener que volver a avergonzarme. En cuanto la enfermera se fue, fui como pude detrás de la cortina. Me dolía ya horrores. Me parecía que aquello debía de ser el fin del mundo, pero estaba decidida a no volver a manchar la cama. Todo se había reducido a aquel dolor desesperante, a una cortina blanca y a un pasamanos dorado muy brillante.

De pronto cambió todo y me encontré en una especie de carrito. El siguiente lugar al que me condujeron fue una habitación muy iluminada, en la que había dos médicos y una enfermera. En cuanto llegué, me di cuenta de que iban a ser simpáticos. Me levantaron del carrito y me depositaron en una especie de cama muy alta. Miré a mi alrededor y vi que había dos cunas, y en una de ellas un recién nacido. Lo oía hacer ruiditos.

Le expliqué a la enfermera que tenía todo el rato ganas de vomitar, pero no pareció importarle. Cada vez que me venía un dolor de aquellos grandísimos, me hacía tirar de una sábana enrollada que estaba colgada de algún modo en la cabecera de aquella especie de cama, y me decía: «Empuje, madre». Intenté explicarle que no era madre, pero no fui capaz. Entre una contracción y la siguiente, me hacían preguntas, a fin de seguir rellenando formularios.

Busqué al doctor Wombat, pero no estaba. Me dio igual, porque los médicos que había parecían amables, igual que la enfermera, si no fuera porque no dejaba de meterme prisa. Sí pasó algo terrible: me hicieron poner las piernas en una especie de cabestrillos que debían de estar sujetos en el techo; además de estar muy incómoda, semejante postura me daba una vergüenza espantosa y me hacía sentir completamente expuesta. Nadie pensaría en hacerle algo así a un animal. Creo que la manera ideal de dar a luz sería en una habitación en penumbra y en completo silencio, sola y sin que nadie te apesure. Tal vez tu marido podría estar al otro lado de la puerta, por si en algún momento quieres a alguien a tu lado. Una vez nacido el niño, ya me daría igual cuántos médicos y enfermas estuvieran presentes.

Uno de los médicos estaba a mi lado, a la cabecera de la cama, y me dijo que enseguida me iban a dar algo para dormirme, y la enfermera seguía apremiándome y diciéndome que empujara, y me daba cuenta de que todos intentaba meterme prisa. Entonces me sentí arrastrada por una corriente de dolor y me oí gritar con una voz espantosa, semejante a un ronquido. Entonces me dieron algo a oler, y el dolor disminuyó un poco. El dolor comenzó de nuevo, pero parecía que ya no era tan importante. De pronto empezó a interesarme todo lo que estaba pasando. El niño estaba saliendo; ahí lo tenía, entre las piernas. Lo sentía moverse y un tirón en el vientre, donde todavía estaba unido a mí. Entonces lo oí llorar, así que supe que

estaba vivo, y pude relajarme. Puede que me quedara dormida. Lo siguiente de lo que tuve conciencia fue que el médico me estaba apretando la tripa pero, aunque me dolía, ya no me importaba.

Le pregunté a la enfermera si era niño o niña y si estaba sano. Me dijo que desde luego que estaba sano, pero le pedí que se asegurara de que tenía todos los dedos de los pies y de las manos. Se echó a reír y dijo que era un varón muy lindo, con poco peso, pero sano.

Me eché a llorar sin poderlo remediar cuando oí que era un niño, pues sabía que no había muchas posibilidades de que a Charles le gustara; le desagradaban en particular los niños. Estaba deseando ver al pequeño, pero me dijeron que todavía no podía. Ya no lo oía llorar, y me preocupó que estuviera muerto. Así que también lloré por eso.

XI



De nuevo me llevaban en un carrito. A mis pies iba la maleta. Me pareció extraordinario que no se hubiera extraviado con tanto ir y venir. Me empujaron a través de unas puertas de cristal y me encontré en la sala más larga de todas aquellas en las que había estado hasta entonces. Había diez camas, además de algunas para urgencias en el centro. La tercera cama estaba vacía, y en ésa me dejaron. Las mantas eran rojas y sobre la cama había una inscripción bastante grande que decía que había sido donada por el gobierno de Nueva Zelanda.

Era maravilloso estar en la cama y saber que no me iban a estar llevando de un lado al otro todo el tiempo y que se había acabado el dolor. Fuera, en la calle, un organillo tocaba *Valencia*, y dentro oía a las madres charlar animadamente, mientras una bonita auxiliar pelirroja sacaba brillo al suelo con una gamuza que parecía muy pesada.

Estuve dormitando, sintiéndome muy feliz, mientras las mujeres charlaban y las enfermeras trajinaban a mi alrededor. Todo parecía muy lejano, pero pasado un rato se oyó un nuevo ruido, un pequeño traqueteo, y apareció el carrito con las bandejas de la comida. Cuando vi el espantoso pescado hervido y el acuoso arroz con leche que venían derechos hacia mí, dije que no tenía ganas, pero la enfermera se puso firme e insistió en que tenía que comer aunque no tuviera ganas. Dejé todo lo que me atreví a dejar, pero la enfermera volvió con la bandeja y me obligó a acabarlo. Me sentí como si volviera a estar en el colegio.

Después de la comida, todas las madres teníamos que echar una siestecita, y a las dos nos traían a los pequeños para que les diéramos el pecho. Yo me moría de ganas de ver a mi niño, pero no me lo trajeron. Le pregunté a la enfermera que cuándo podría verlo, y me dijo que me lo enseñaría cuando estuviera menos ocupada. Empecé a preocuparme y a pensar si tendría algún defecto o si sería negro, pero la enfermera me aseguró que era un niño completamente sano y que había pesado casi tres kilos. Era muy extraño tener un hijo que todavía no había visto nunca. Estaba segura de que el pobrecito estaría pasando frío, tan solo.

La enfermera volvió y me puso más almohadas debajo de la cabeza. A mí me gustaba dormir casi plana, pero ella dijo que todas las madres en ese hospital tenían que tener muchas almohadas, a fin de estar todo el tiempo prácticamente sentadas en la cama. Que las drenaba o vaciaba o algo por el estilo, pero era una posición bastante incómoda y terminaba cansándote la espalda. Cada dos por tres venía una enfermera y tiraba de mí hasta sentarme en la cama.

Volvió a oírse otro tamborileo de bandejas metálicas y era que había llegado la hora de la merienda, y vinieron y me preguntaron si había traído el té, la mantequilla,

el azúcar y la mermelada (no estábamos en guerra). Dije que no tenía nada de eso, que sólo había traído la tetera, así que me dijeron que le dijera a mi marido que me lo trajera la próxima vez que viniera; ese día era noche de visita. Esto suena un poco raro. Había dos tardes de visita a la semana, sólo para los maridos, y los domingos por la tarde la visita era más larga y podían venir con algún familiar, si querían.

Entonces se hicieron las seis, y volvieron a salir los bebés, todos menos el mío. Esta vez me eché a llorar. Estaba segura de que se había muerto. Sabía que si separabas a un cachorro recién nacido de su madre, no tardaba en morir. Estaba segura de que mi pobre pequeño se había muerto de frío y soledad. Un rato después ya se estaban llevando de nuevo a los bebés; se los llevaban por las puertas de cristal y luego se metían por otra puerta a la derecha. Hice planes de escabullirme sin ser vista para ir a buscar a mi pobre niño muerto de frío en cuanto la sala estuviera libre de enfermeras. Entonces, cuando pensaba que no había moros en la costa, va y aparece una enfermera. Y detrás de ella venía Charles. En cuanto se acercó le dije: «Oh, Charles, ¿has visto al niño? Creo que está muerto». Él me respondió que de haberse muerto me lo habrían dicho y que ahora sabiendo ya seguro que era un niño no quería verlo. Me puse tan triste que se fue a buscar a la enfermera y le preguntó si podía ver al bebé. Se puso colorado como un tomate.

Cuando volvió me dijo que en el nido había un niño precioso, que parecía japonés, con mucho pelo negro, y que ése le habría molestado menos que fuera suyo, pero que el nuestro tenía una cara muy seria y estaba muy flaco y todo rojo, hasta el pelo tenía rojo, y que se le parecía bastante. Le pregunté si estaba frío, y me dijo que no lo había tocado, aunque la enfermera había intentado que lo cogiera en brazos. Yo me puse tan contenta al oír que estaba vivo que me dio igual lo feo que fuera, y si se parecía en algo a Charles, sería bastante guapo.

Charles me dijo que había pedido dinero prestado para enviar telegramas a sus parientes y comunicarles que habíamos tenido un niño que pesaba casi trescientos gramos. Yo le dije que no eran trescientos gramos, sino casi tres kilos, y él me contestó que qué más daban unos gramos arriba o abajo. Pero el telegrama de Charles causó una gran sensación entre sus familiares, y cuando a su debido tiempo descubrieron que teníamos un niño normal se llevaron una gran desilusión.

Me tranquilicé mucho al saber que estaba vivo, y un poco más tarde, cuando trajeron a los niños para la última toma de la noche, venía también el mío. Cuando la enfermera me lo dio, no podía dejar de mirarlo, para compensar todo el tiempo que no lo había tenido. Se parecía mucho a Charles, menos en el pelo; el de Charles no era pelirrojo. Charles era rubio, y yo tenía el pelo casi negro, así que no sé de dónde habría salido aquel pelo rojo. Pensé que era el recién nacido más guapo que había visto nunca. Le miré los deditos de las manos y de los pies, y todos tenían unas uñas perfectas. Incluso tenía pestañas; no le faltaba nada. Estaba vestido con una ropa horrible, un faldón de franela amarillento, endurecido de tantos lavados, un trozo de manta vieja a modo de toquilla y un trozo de sábana como pañal. Parecía una bolsa de

trapos viejos. Tenía los piecitos helados, al igual que las manos; me lo pegué al pecho para calentarlo. La enfermera se acercó y me dijo que tenía que intentar darle de mamar, pero él gruñó sin despertarse, y se lo llevaron. Casi antes de que desapareciera por la puerta, me quedé dormida.

XII



A los nueve días salí del hospital. Esos nueve días no fueron muy alegres, pero sí interesantes. Me gustaba observar y escuchar a las otras madres. Eran todas mujeres de clase trabajadora. Algunas muy pobres. En la cama, con el pelo cayéndoles sobre los hombros, todas parecían bonitas y afables, pero, cuando se vestían para irse a casa, eran completamente distintas. Las mayores se recogían el pelo en desaliñados moños sobre la nuca, y se les endurecía, se les demacraba, el rostro; las faldas les hacían colgajos por detrás, y tenían la espalda encorvada y juanetes en los pies. Las jóvenes también cambiaban cuando se vestían. No tenían una pinta tan andrajosa, pero casi parecían unas frescas descaradas. Una no tenía más de dieciséis años. Había también una mujer bajita y de piel oscura, cuyo marido era vendedor callejero. Había tenido seis hijos, pero todos habían muerto en el parto; por fin tenía ahora uno que había sobrevivido, pero cada vez que le daba de comer, el bebé devolvía, y descubrieron que tenía algo parecido a la apendicitis. Lo operaron y cuando yo salí del hospital todavía se estaba recuperando. Deseé con todo mi corazón que no se muriera.

Mi niño empezó a ponerse muy hermoso, pero era delgadito y delicado. No era comilón como otros bebés. Se dormía comiendo y nunca lloraba. En lugar de engordar, cada vez estaba más delgado, y ya sólo pesaba dos kilos y medio. Esto me preocupaba muchísimo.

Le pregunté a Charles qué nombre quería que le pusiéramos al bebé, y después de pensárselo un rato me dijo que Pablo, por Pablo Picasso, sería un buen nombre. Yo pensé que sonaba muy impresionante, pero me imaginaba lo harta que puede acabar una de que le pregunten: «¿Por qué le pusisteis Pablo? ¿De dónde es ese nombre?». Los otros bebés de la sala se llamaban todos Maureen, si eran niñas, y Peter y John si eran chicos. Al mío lo llamaban «el pelirrojo», lo que a mí no me gustaba mucho.

En su siguiente visita, Charles sugirió los nombres de Sandro y Augustus. A mí me hizo tan feliz que algo del bebé le interesara que no quise herirle en sus sentimientos, aunque no me gustaba ninguno de los dos nombres. Pensaba que no podías llamar Augustus a una cosita que cada día se hacía más pequeña, así que dije que mejor le poníamos Sandro. Al día siguiente un funcionario del registro civil vino al hospital, y las madres que ya habían escogido nombre para sus hijos los registraron, y yo registré al mío con el nombre de Sandro Thomas Hardy Fairclough. Añadí lo de Thomas Hardy porque era mi autor favorito en esa época. No estaba segura de si Charles esperaba que le pusiera Botticelli después de Sandro o no, pero en cualquier caso no lo añadí porque no sabía cómo se escribía.

Cuando Charles vino a verme el domingo, trajo a Eva con él. Se estaba quedando

en nuestro piso. Supuse que lo habría encontrado patas arriba, pero Charles me dijo unos días después que estaba todavía peor cuando ella se marchó: el fregadero se había atascado y el agua se había salido y había inundado la cocina, los cazos se habían quemado y había habido otra discusión con los vecinos. Eva se mostró muy interesada por el bebé, pero le horrorizó el nombre de Sandro y le chocó la espantosa y un tanto maloliente ropita que le habían puesto. Yo me alegré de llevar un camisón de los míos y no el horrible blusón gris del hospital. No te lo podías cambiar en todo el día, y estaba todo manchado de sangre y era horrible.

Eva estuvo muy simpática en esa visita y me trajo unas uvas y flores, las primeras que me regalaron. De todos modos, esperaba que se hubiera marchado cuando yo volviera a casa; prefería pensar que no aguantaría las incomodidades más de un fin de semana, y no me equivocaba.

Los nueve días pasaron muy deprisa, supongo que porque eran todos más o menos iguales. Los días especiales eran los días que teníamos visita. Si Charles se retrasaba y perdíamos parte del tiempo de visita, yo lloraba de decepción, pero siempre acababa viniendo. A veces venía también Ann. A ella le gustaba ver al niño, su primer sobrino, pero siempre estaba haciendo comentarios sobre los otros visitantes. Parecía que creía que eran sordos.

El otro momento especial era el del reparto del correo por la mañana, pero yo no recibí muchas cartas. Me llegó una de Paul en la que me decía que estaba muy contento de que hubiera tenido un hijo, pues así continuaría el apellido familiar. Le di la vuelta al sobre, por si venía un cheque con la carta y se hubiera quedado dentro, pero estaba vacío. Me escribió también la mujer de mi hermano John, renovando su invitación a pasar unos días con ellos cuando me hubiera recuperado.

El día empezaba a las cinco de la mañana, hora en que nos traían a los niños para la primera toma, y acababa a las once, con la última. Aunque parecía un día muy largo, en realidad pasaba muy rápido. No era muy agradable que te despertaran tan temprano, pero había otras cosas todavía más desagradables. Lo peor eran las sábanas sucias y la tosquedad general. La comida también era mala. Lo único que daban para desayunar y para merendar eran tres gruesas rebanadas de pan, agua caliente para que tú le añadieras el té y una jarra de leche. Yo había llevado un paquete de té, pero Charles no tenía dinero para comprarme mantequilla y huevos y mermelada y cosas así, con lo que me tomaba el pan seco con el té. Los del seguro que tenía de cuando trabajaba nos dieron dos libras, pero eso tuvimos que dárselo al hospital. No puedo por menos que pensar que, si todos somos súbditos del rey, lo mínimo que éste o el gobierno podrían hacer es pagar los gastos de nuestro nacimiento.

El día antes de salir del hospital, venía el médico a examinarnos. Las madres expertas decían que este reconocimiento era muy doloroso, y todas lo temíamos, pero la verdad es que apenas te hacía daño. Después nos levantábamos y ayudábamos un poco en la sala, y en teoría las enfermeras debían enseñarte a bañar al bebé, pero estaban demasiado ocupadas para acordarse.

El día en que te ibas a casa era tan emocionante como el día en que te daban las vacaciones en la escuela. Estabas algo nerviosa por si tu marido no traía la ropa apropiada para el bebé y para ti misma; pero con esta excepción todo era felicidad. El procedimiento acostumbrado, después de que te dieras un baño y te vistieras para irte, era volver a la sala con la criatura vestida con el mejor de los faldones y un gran velo de encaje sobre la cara, e ir de cama en cama diciendo adiós y enseñando al recién nacido en todo su esplendor. Cuando me llegó a mí la hora de salir del hospital, me moría de vergüenza sólo de pensar en ir de cama en cama con el niño. Pero cuando la enfermera vino a vestir a Sandro, descubrimos que Charles había traído tres camisetitas y dos arrullos, pero ningún faldón, así que no iba muy lucido, y yo resolví el problema despidiéndome de todas desde la entrada de la sala y marchándome a toda prisa.

La artista austriaca me había enviado un gran coche de alquiler para llevarme a casa, y yo me sentí muy importante y muy feliz de verme de nuevo en casa. Charles parecía muy contento de estar conmigo, pero miraba al niño con cara de asco. Decía que lo que le desagradaba más era el parecido que tenía con él.

Lo primero que noté al llegar a casa, según subíamos la escalera, fue un espantoso olor a pescado, y cuando llegamos al cuarto de estar, vi la razón. Charles estaba pintando un bodegón que consistía en unos arenques sobre un periódico, y el pescado estaba ya medio podrido. Dijo que no se podían tirar hasta que no hubiera acabado el cuadro. Ya habían cambiado de color, así que nos sentamos en el dormitorio, pero hasta allí llegaba la peste.

Charles me preparó un té. Dijo que se había acostumbrado a hacer muchas tareas domésticas mientras yo estaba fuera. El piso estaba patas arriba. Cuando abrió la alacena, vi unas natillas que había dejado hechas antes de irme, pero ahora estaban de color verde. Intenté pasar por alto todas aquellas cosas porque no quería que Charles pensara que era una de esas amas de casa regañonas y quisquillosas y que qué tranquilo se estaba sin mí.

Durante los días que siguieron hubo una procesión de gente para ver al pequeño. De tanto que olía a pescado supongo que pensarían que había tenido una sirenita en lugar de un niño. La anciana de los dedos deformes vino y dijo: «Me parece que el niño está un poco enclenque. Deberías llevarlo al consultorio», y olfateó con un gesto de reprobación.

En realidad, Sandro había mejorado un poco desde que estaba en casa. Ya no se dormía como una marmota en lugar de comer. Pero, pese a esta ligera mejoría, yo tenía mucho miedo de que se me muriera. A cada rato iba a echar un vistazo a la cuna; incluso de noche tenía que hacerlo, para asegurarme de que estaba vivo. La primera vez que lo bañé estaba aterrada. Se le bamboleaba la cabecita de una manera que pensé que se le iba a desprender, pero no llegó a suceder tal cosa, y al cabo de unos días le empezó a encantar que lo bañara y daba pataditas y se estiraba en el agua.

Cuando Sandro empezó a comer mejor, muchas veces vomitaba después de darle el pecho, y yo me alarmé por si tenía apendicitis. Entonces me acordé de lo que me había dicho la anciana de los dedos deformes y pensé que a lo mejor no era mala idea llevar a Sandro a un consultorio. Pregunté a varias mujeres que tenían pinta de mamás y que iban empujando un cochecito si sabían dónde había un consultorio cerca, y me dijeron dónde estaba el más próximo a casa y la hora a la que tenía que ir. Y al siguiente miércoles, a las dos y media, me presenté allí. Según me iba acercando por la calle, reconocí el sitio. Se oía a niños llorar y en la puerta había un montón de cochecitos con las capotas echadas. Algunos olían. Subí a la sala de la que salía todo aquel clamor. Era una estancia grande y lóbrega, además de bastante sucia. Yo esperaba que todo fuera muy blanco, con carteles de vivos colores en las paredes con niños jugando al sol o tomándose un vaso de leche, pero ni por asomo. Me encontré con unas veinticinco madres con sus hijos, y varias ayudantes de mediana edad. No había ninguna ventana abierta. Las ayudantes me dieron una cálida bienvenida cuando me senté en una sillita baja a esperar a que pesaran a Sandro. A la mayoría de los bebés se los veía saludables, limpios y bien vestidos, pero unos cuantos tenían aspecto macilento e iban muy sucios. Vi que uno de éstos tiraba el chupete al suelo, y la madre, una mujer con cara de vieja desdentada, lo recogió, se lo metió en la boca para limpiarlo, y se lo volvió a dar al niño de aspecto demacrado.

Después de que lo pesaran tuve que esperar para que el médico lo viera. Era una mujer. A las otras mujeres no les gustaba, tal vez porque era muy callada y seria, poco dada a las efusiones, pero yo la encontré muy amable. Me dijo que Sandro vomitaba porque comía demasiado en cada toma; me dio muchos buenos consejos, le hizo una cura en el ombligo, porque lo tenía un poco salido, y me dijo que se lo llevara pasado un mes. Después de que la médica examinara a los niños, las madres podían tomarse un té y un bollo en la planta baja, si querían, pero a mí me asustó el entusiasmo campechano de las ayudantes. Sin embargo, después de esta primera visita empecé a llevar a Sandro al consultorio casi todas las semanas. Me parecía que las ventajas superaban a los inconvenientes. Charles lo miraba todo con desdén.

Todavía le tenía cierta aversión al niño, pero pese a todo nos hizo algunos dibujos juntos, así que yo esperaba que terminara acostumbrándose a él. Por el momento, yo tenía la sensación de que había cometido la tontería de llevar a casa un espantoso animalillo y de que mientras no lo devolviera a la tienda de donde lo había sacado seguiría estando castigada.

XIII



No teníamos nada de dinero, y el lechero ya no nos dejaba la leche porque le debíamos varias semanas. Se portó bastante bien, no obstante, y nos dijo que podíamos conseguir leche gratis si hacíamos una solicitud en los servicios sociales municipales. A las madres lactantes sin medios les daban una pinta diaria. Cuando me enteré, mi valoración del ayuntamiento subió varios puntos. Hasta ese momento pensaba que haber tenido un bebé era un delito. Pero en cualquier caso no hice la solicitud por miedo a que me quitaran el niño y lo metieran en un asilo porque sus padres no podían mantenerlo.

Para mi gran alivio, el artista para el que había posado antes del nacimiento de Sandro me escribió pidiéndome que posara para él con el pequeño. Quería empezar el cuadro inmediatamente, si yo ya estaba lo bastante recuperada para posar. Así que me dirigí a su casa la misma mañana que recibí la carta. Todavía me sentía bastante débil —Sandro no tenía más de dos o tres semanas—, y el trayecto de autobús hasta Chelsea me agotó. Se me había metido en la cabeza la estúpida idea de que los niños tenían que ir en el piso de arriba del autobús, como los perros, y esto lo hizo aún más difícil, pero, cuando llegué al estudio, no me cansó nada posar. Casi era un placer sentarme y recuperar fuerzas para el viaje de vuelta. Volviendo, Sandro vomitó dentro del paraguas de una señora. Lo llevaba sin enrollar.

Por suerte, el cuadro requirió cierto tiempo, y no tuvimos que preocuparnos por el dinero. Y cuando lo acabó, Edmund vino a verme y me dijo que iba a Leamington en coche para unos asuntos de trabajo y que se ofrecía a llevarme a casa de mi hermano John, pues le pillaba de camino. Me remordía un poco la conciencia por dejar sólo a Charles con siete chelines y seis peniques por todo capital. Pero estaba tan cansada que la idea de salir de Londres y tener comida suficiente me parecía el paraíso; le envié, pues, un telegrama a mi hermano, y al día siguiente Edmund me recogió en su coche. Para mi consternación, era un descapotable, y pensé que el aire mataría al pobre Sandro, pero cuando llegamos a casa de mi hermano todavía estaba vivo, muerto de hambre y completamente mojado.

Tras unos días en el campo, el bebé empezó a coger peso, casi se le notaba de un día para el otro, y yo también empecé a sentirme mejor. John, mi hermano, y su mujer no tenían hijos. Eran una gente muy precavida y decían que no se podían arriesgar a tener hijos por si John fallecía o se quedaba sin trabajo. Llevaba catorce años trabajando en el mismo sitio. Decía que sólo las personas con rentas propias podían permitirse tener hijos. A lo mejor tenían razón.

La mujer de John se llamaba Joyce, y era muy amable y sensible, pero completamente carente de imaginación. Tejió unas polainas y jerséis de lana espesa

para Sandro, y a mí me dio dos de sus vestidos: dos hábitos color beis. También me regaló unas medias de hilo de Escocia, y me dijo que mientras estuviera con ellos no podía ir con las piernas desnudas. Esto me entristeció. No me habría importado tanto si hubieran sido de seda, pero ella dijo que en el campo era una cosa muy ordinaria llevar medias de seda. Tampoco le gustaba el carmín en los labios, y me pidió que no me los pintara durante mi estancia, y que me quitara los aretes dorados que llevaba en las orejas. Me sentía descolorida y sosa, pero merecía la pena ver cómo mejoraba Sandro de día en día. Se pasaba el día en el jardín en un cesto de ropa, bajo un manzano florecido. Un día un pájaro le hizo de las suyas en plena cabeza, y la vieja cocinera dijo que eso era un buen augurio. Apenas lloraba.

Quería escribir a Charles, pero no tenía dinero para el sello, así que escribí una carta y le hice una marca pegajosa en el sobre, como si el sello se hubiera despegado en correos. Era complicado no tener dinero. Empecé a necesitar cosas para el bebé — algodón, jabón y polvos de talco—. Joyce me decía alguna mañana: «Voy a hacer las compras a Leamington. ¿Necesitas que te traiga algo?». Y yo le respondía: «¡Oh, no, no necesito nada!», pero al día siguiente, cuando bañaba a Sandro, ella se daba cuenta de que no tenía polvos de talco.

A las tres semanas, empezaron a decir: «¿Qué tal está Charles? Debe de echarte de menos, ¿no?». O: «¡Ha sido una alegría tenerte con nosotros!». Así que supe que querían que me fuera ya. También empezaba a echar de menos a Charles y me habría encantado poder volver a casa, pero no tenía dinero para el tren. Escribí a Edmund una carta sin sello (ni siquiera me preocupé de hacerle marca alguna en el sobre) y le pedí que me llevara de vuelta a Londres. Me respondió diciéndome que a la semana siguiente volvería a pasar por allí y estaría encantado de recogerme. Se lo dije a Joyce y me di cuenta de lo aliviada que se sintió con la noticia. Creo que pensaban que estaba tan a gusto en su casa que me iba a quedar para siempre.

Al final de la semana empaqueté todas nuestras cosas para estar preparada en caso de que Edmund enviara un telegrama diciendo que venía, pero no sucedió nada, y John y Joyce empezaron a lanzarse miraditas y a preguntarme a la hora del desayuno si había recibido alguna noticia. Una mañana Joyce dijo: «Pobre Charles, lleva más de un mes solo. ¿De verdad que no os habéis peleado?».

Después de esto, escribí otra carta a Charles urgiéndole a que pidiera prestado el dinero necesario para que yo pudiera volver a Londres, pero me respondió que había estado tan mal de dinero que había tenido que vender la mecedora y empeñar la tetera de plata. Pasó otra semana y me sentía fatal porque no quería abusar de la hospitalidad de mi hermano y su mujer. Nunca me dijeron directamente: «¿Cuándo piensas irte?», pero hablaban de hacer una limpieza general en la habitación de invitados cuando yo me fuera. Pensé en pedirles un poco de dinero para volver a Londres —no necesitaba más de quince chelines—, pero no quería que se enteraran de lo pobres que éramos; les horrorizaría. John era una de esas personas que odian saber la verdad. A veces cuando volvía por la tarde a casa le decía a su mujer: «¿Ha

pasado algo espantoso mientras yo no estaba? De ser así, por favor, no me lo cuentes».

De pronto pensé que lo único que podía hacer era volver andando. No había más de ciento cincuenta kilómetros y seguramente encontraría a quien me llevara parte del camino. Volví a empaquetar mis cosas y escribí una nota a John y Joyce pidiéndoles que me las enviaran por el servicio de puerta a puerta del ferrocarril. Sólo dejé fuera unos pañales para poder cambiar a Sandro durante el viaje. Tenía previsto salir a la mañana siguiente, de madrugada, y llevarme una barra de pan y dos naranjas para comer por el camino. Cuando terminé de meterlo todo en las maletas, sonó la campana de la cena, y corrí escaleras abajo, muy contenta y decidida a comer para varios días. Cuando llegué al pie de la escalera, la doncella estaba acompañando a alguien al salón, y ese alguien era Edmund. Edmund me dijo que iba con bastante prisa, pero que si estaba preparada en cinco minutos me llevaría a Londres con él, así que no esperé a después de cenar, envolví a Sandro en un chal y me subí al coche. John y Joyce dijeron que era muy raro irse a esas horas de la noche, pero estaban tan contentos de verme marchar que no protestaron demasiado.

XIV



Llegó el verano y se fue. A veces éramos felices y pasábamos días enteros al sol en el gran parque de Hampstead. Sandro apenas nos daba qué hacer. Comía y dormía y jugueteaba con los deditos de los pies, hasta que le compré un sonajero, y entonces jugaba con él. Yo seguía dándole el pecho, así que su manutención no nos costaba apenas nada. Seguía siendo muy menudo, pero se lo veía sano. Tenía el pelo de un tono rojizo dorado y muy rizado, y era moreno de tez, con los ojos castaños oscuros.

Aquel verano tuvimos muy poco dinero, pero Charles vendió unos cuantos diseños para cubiertas de libros y yo seguí posando para algunos artistas. Por lo general no querían que posara con el pequeño, así que tenía que dejarlo con Charles y volver corriendo para darle la toma de mediodía. Charles aprendió a cambiar los pañales y no parecía que me guardara rencor por ello. A veces incluso parecía que le divertía. Pero justo cuando empezaba a hacerme ilusiones de que acabaría encariñándose con Sandro, sucedió algo que me disgustó y me dolió enormemente. Charles se puso en contacto con una de las hermanas solteras de su padre y le pidió que se informara de qué había que hacer para meter a Sandro en un hospicio para niños con padres que no podían mantenerlos. La tía me escribió una larga carta diciéndome que ella estaría encantada de encargarse de todos los trámites y que yo debía deshacerme de mi niño por el bien de Charles. Ganaría mucho más si no tenía un niño que me atara y no debía caer en la holgazanería. También decía que no era justo esperar que Charles a su edad mantuviera a una mujer y un hijo. La carta me dejó sobrecogida. Había esperado a leerla después de desayunar, porque pocas veces tenía carta y pensaba que ésta me daría una buena noticia. Cuando la abrí y la leí, pensé que Charles y su familia eran unos monstruos que querían separarme de mi hijo, y creí que nunca más volvería a confiar en él.

Esa mañana tenía una cita para posar para un artista de edad al que le gustaba pintar chicas jóvenes en kimonos y batas ligeramente abiertas por delante, pero no me atrevía a dejar a Sandro al cuidado de Charles, no fuera a ser que cuando volviera por la tarde ya se lo hubieran llevado. Así pues, me dirigí a la cabina de teléfono más cercana, llamé al artista y le dije que no podría posar en unos cuantos días. Charles estaba en la cama cuando le enseñé la carta de su tía. Se asustó al verme irrumpir furiosa en el cuarto, gritándole a voz en cuello. Y dijo: «Los niños de pecho ni sienten ni padecen y son tan felices en el hospicio como en cualquier otro lugar». Y por otro lado, él sería mucho más feliz si nos quitábamos al niño de delante, por lo que enviarlo al hospicio era lo más razonable que podíamos hacer. En ese momento odié a Charles. Le dije que no pensaba volver a trabajar, sino que me iba a quedar en casa a cuidar de Sandro, pero entonces él dijo que eso no sería necesario, porque, si ese

asunto me parecía tan importante, escribiría a su tía para que no hiciera nada. Que tampoco era para tanto...

Me quedé en casa tres días y, por consiguiente, se nos acabó el dinero, y, después del primer día, también la comida; no teníamos los chelines necesarios para meter en el contador del gas, y ni siquiera nos podíamos hacer una taza de té, y —eso era lo que más le preocupaba a Charles— se acabaron los cigarrillos. Apenas nos hablábamos, y hacia el tercer día andaba cabizbajo y tristón. Tal vez era el hambre lo que lo ponía así pero, fuera lo que fuese, pensé que ya podía volver a confiarle a Sandro, de modo que fui andando a ver al pintor de las chicas en bata y le dije que al día siguiente podía posar para él y que si me podía prestar cuatro peniques y medio. De vuelta a casa compré una barra de pan con este dinero; estaba recién hecho, todavía caliente, y le fui cogiendo pedacitos de la corteza. Cuando llegué a casa cortamos lo que quedaba por la mitad y nos lo comimos así, y luego me sentí muy pesada.

Entonces llegó el otoño y yo conseguí bastante trabajo en las escuelas de arte, y Sandro se había puesto tan guapo que algunos estudios de publicidad lo fotografiaron para anuncios de alimentos infantiles que él nunca había tomado. Pagaban una guinea por cada foto. A mí sólo me daban siete chelines y seis peniques por posar toda una mañana para un artista. Una de las escuelas en las que más trabajo me daban era una a la que acudían sobre todo chicas de familias pudientes. En los descansos, la modelo tenía que sentarse sola en una pequeña celda, más pequeña que un retrete, a fin de no contaminar a las jóvenes damas. Las paredes de la celda estaban cubiertas de comentarios groseros sobre las chicas y la escuela que habían escrito las modelos que iban pasando por allí. A veces las chicas te pedían que posaras para ellas en sus casas el domingo. Vivían en zonas como Rochampton y Richmond y te pagaban muy bien. Esas zonas estaban demasiado alejadas para volver a casa a comer, así que solían darte la comida. Tenía que comer sola, en una sala aparte, y muchas veces pensaba en lo horribles que son los artistas amateurs comparados a los artistas de verdad.

Con tanto posar, pasamos bastante bien la primera mitad del invierno; al menos tuvimos lo suficiente para comprar comida y pagar el alquiler, que era lo fundamental, y, a veces, nos sobraba para carbón. Entonces llegó Navidad y decidimos que era demasiado complicado viajar con un pequeño a cuestas y que sería muy lindo pasarla en casa.

De pronto todo el mundo se volvió muy simpático. Hasta la familia de Charles mandó algunas cajas llenas de provisiones, y un artista americano para el que había posado envió un pavo inmenso y cinco chelines aparte para el gas necesario para cocinarlo. Llegó una carta certificada dirigida a mí, y cuando la abrí había cinco libras dentro. No decía quién las enviaba, pero nos arregló la Navidad. Con todo esto lo pasamos bien. Estuvimos solos. Ann se había ido con mi hermano, y Francis y James con sus respectivas familias. Yo me esmeré en la cocina y no nos faltaron ni las sorpresas ni ninguna otra de las cosas típicas navideñas. Sandro se sentó en la

mesa en la silla alta nueva que le habían regalado Francis y su hermana, e incluso tomamos vino: Paul nos había enviado una botella. Pusimos un árbol para Sandro, sencillamente adornado con bolas de cristal de colores y también algunos juguetitos. La mañana de Navidad ya tuvo un calcetín lleno de ellos. No entendía muy bien qué era todo aquello, pero lo encontraba gracioso y no paraba de reírse. Le entusiasmaron las sorpresas y las velas, cuando encendimos las del árbol. Fue la mejor Navidad que pasamos juntos.

Después de Navidad las cosas volvieron a ponerse sombrías. A Charles no le salía ningún encargo de diseño para libros, mi trabajo de modelo se hizo más irregular y peor pagado y para colmo los gastos habían aumentado al dejar de darle el pecho a Sandro. Casi nunca podíamos encender el fuego, y nos cortaron la luz varias veces por no pagar la factura, así que por dos chelines y once peniques compramos una lamparita de queroseno que daba una luz muy bonita. Fuimos a la compañía eléctrica y les pedimos que nos devolvieran la fianza. Era estupendo pensar que ellos nos debían dinero a nosotros y no al contrario. Nos devolvieron el dinero de la fianza descontando lo que debíamos, y con eso nos dio para pagar la comida de una semana. Por aquellos días nos alimentábamos de sopa de verduras y pan. Sandro tomaba leche y de vez en cuando algún huevo.

Eva vino a visitarnos una vez durante esta mala racha, por suerte antes de que nos cortaran la luz. Charles llevó a empeñar un antiguo collar de mi madre; era la única joya que tenía. Valía la pena perderla con tal de ocultar la terrible situación en la que nos encontrábamos, pero, de todos modos, detestaba empeñar las cosas porque nunca volvíamos a verlas.

Ésa fue la primera visita que nos hizo Eva desde el nacimiento de Sandro, y nos atiborró de consejos sobre cómo criarlo. Al parecer, sus hijos habían podido dejar los pañales a los seis meses, y a esa misma edad les habían salido casi todos los dientes y dieron sus primeros pasos: Sandro, con un año, iba muy retrasado en comparación con ellos. Le trajo un trajecito de crepe de China con un plisado diminuto. Era fastuoso, pero cuando lo lavé no pude conservar el plisado, y ella se disgustó mucho cuando lo vio en su siguiente visita. Después de eso, cuando me regalaba ropa cara para Sandro, sólo se la ponía cuando venía ella, y así la conservaba más o menos intacta.

Sandro tardó en andar, pero se movía a toda velocidad deslizándose sobre las posaderas e impulsándose con los pies, y cuando lo ponía en el orinal patinaba por toda la casa así sentado. Debía de parecerle una manera ideal de seguirme, y no era fácil hacerle caminar. A mí me preocupaba por si no llegaba a conseguirlo nunca. De no ser por esto, no iba en nada retrasado, más bien fue muy espabilado para hablar, le interesaba todo lo que hacíamos y casi nunca lloraba.

XV



Conforme avanzaba el año, nuestra penuria fue empeorando. Charles se pasaba el día pintando y no se daba cuenta, a no ser que no tuviera dinero para comprar cigarrillos. Entonces le pedía unos chelines prestados a Francis para comprarlos y volvía a estar tan contento. Yo pasaba tanto tiempo fuera trabajando que él tenía que ocuparse de Sandro casi todos los días, pero parecía haberse hecho a la idea. Si hacía buen tiempo cargaba el cochecito de Sandro con los materiales de pintura y se iban a pasar el día al parque; si trabajaba en casa, le daba un lienzo viejo, un pincel y un poco de pintura, y Sandro se sentaba y pintaba con mucho cuidado hasta que el lienzo estaba cubierto, y apenas le molestaba.

Por su primer cumpleaños hice un bizcocho glaseado y le puse una vela en el centro. Había ahorrado unos chelines y compré también unos juguetes baratos. Entre ellos, un pez de celuloide al que enseguida le comió la cola cuando se lo di la mañana del cumpleaños. Los otros los guardé hasta la hora de la merienda, cuando lo celebraríamos propiamente.

Por alguna razón, este primer cumpleaños significaba mucho para mí. Estaba deseando ver la cara de felicidad de Sandro con los juguetes y el pastel. Cuando algo le entusiasmaba silbaba entre las dos paletas; sólo tenía cuatro dientes. Por desgracia, ese día yo posaba en una escuela de arte, y después de desayunar tuve que salir pitando. Había esperado el día con mucha ilusión y, de no haber sido una escuela, habría avisado con antelación de que no podría ir. Como no podía ser de otra manera, dejé preparadas en una bandeja todas las cosas de la merienda y los regalitos y le dije a Charles que por nada del mundo empezara antes de que yo volviera, hacia las cuatro y media.

Después de todo el día de trabajo, volví a casa tan deprisa que perdí una gorrita roja con la que había posado, y a los alumnos les fastidió mucho verme llegar sin ella al siguiente día, pues tuvieron que modificar sus bocetos. Pero la gorra fue sacrificada en vano, porque cuando llegué a casa no estaban ni Sandro ni Charles. Esperé y esperé hasta las cinco, luego hasta las seis, y hasta las siete. Para entonces estaba convencida de que habían tenido un accidente horroroso. Hasta me atreví a enfrentarme a la casera y bajé a preguntarle si había pasado algo, y me respondió que probablemente sí, pero que a ella todavía no la habían informado.

Justo cuando subía los tres tramos de escalera, oí entrar a Charles, así que me precipité de nuevo por las escaleras y me encontré con Sandro dormido en la silla bajo una montaña de material de pintura. Lo llevé en brazos hasta arriba. Estaba tan dormido que sólo se despertó para tomar un vaso de leche; luego volvió a dormirse y ni siquiera se despertó mientras lo desnudaba; no tenía sentido hacerle la pequeña

fiesta de cumpleaños. Cuando volví al cuarto de estar, Charles había apoyado su lienzo contra la pared y lo miraba fijamente. Estaba comiendo algo, y cuando me acerqué vi que era el pastel de cumpleaños: lo había destrozado al cortarlo, y Sandro ni siquiera había llegado a verlo. La pintura era de la hermosa iglesia que hay en Church Row, en el pueblo antiguo de Hampstead. Siempre me había encantado esa iglesia, pero entonces la odié, y durante meses, cada vez que pasaba por delante, miraba hacia otro lado.

Después de la desilusión que me llevé con lo del cumpleaños de Sandro, cada día estaba menos a gusto con nuestra manera de vivir. No me gustaba el piso ni tampoco la calle, que era bastante triste. Tenía la sensación de que nos estábamos volviendo igual. Habíamos perdido a la mayoría de nuestros amigos y no íbamos nunca al teatro ni al cine ni de fiesta. Hacía más de un año que no salíamos, ni siquiera a tomar el té. Me daba cuenta de lo aburrida que era nuestra vida comparada con la de los estudiantes de las escuelas a las que iba a posar. A veces los artistas para los que posaba me invitaban a alguna fiesta, pero nunca podía ir, pues no tenía con quién dejar a Sandro por la noche. No podía esperar que Charles se ocupara de él mientras yo salía a divertirme. Charles había caído en la rutina y apenas parecía darse cuenta de que estaba vivo. No vendía ningún cuadro porque nadie tenía la ocasión de verlos. Unas semanas después de acabarlos, le daba la vuelta al lienzo y pintaba por el otro lado, y entonces, si no había dinero para comprar un nuevo lienzo, rascaba la última pintura y empezaba una nueva. Parecía que no había ni principio ni fin.

Mientras posaba intentaba hacer planes para mejorar de vida. Llegué a la conclusión de que la primera cosa que teníamos que hacer era cambiarnos de piso, cambiarnos a un sitio más accesible, donde Charles pudiera tener un estudio de verdad y donde pudiéramos recibir a los amigos. Intenté ahorrar algún dinero a tal efecto, pero era casi imposible, aunque pensaba que, si de repente nos saliera un buen piso, el dinero aparecería por algún lado.

No le conté a Charles mis planes. Pensaba que le asustaría la idea de un nuevo traslado, porque en el último le había caído a él todo el trabajo. Además por aquellos días andaba tan ensimismado que no le iba a sentar bien que lo molestaran. Ann no trabajaba los sábados, y se venía conmigo a recorrer las agencias inmobiliarias. A las dos nos encantaba entrar en casas y pisos vacíos. Muchas veces había algún cachivache aquí y allá dejados por los anteriores inquilinos. Podíamos imaginarnos qué tipo de gente era sólo con ver unos cuantos objetos. Algunos de los sitios a los que nos enviaban los de las agencias eran sencillamente espantosos y otros podrían haber sido bonitos, si no hubiera sido porque estaban pintados de marrón y tenían vidrieras oscuras. Creo que no puede haber un lugar en el mundo con más paredes pintadas de marrón y más ventanas con vidrieras oscuras que West Hampstead.

El cuarto sábado de búsqueda descubrimos un piso bastante apropiado en el bajo de una casa inmensa y un tanto deteriorada de Abbey Road. Tenía dos habitaciones, muy sencillas pero inmensas, una cocinita y un recibidor. El cuarto de baño y el

retrete estaban fuera, al final del pasillo, y eran compartidos con otras dos viviendas; pero en compensación, había teléfono en el inmueble. Esto último me decidió y volví a la agencia a decirles que me quedaba con el piso; le pedí una libra prestada a Ann para dejar de señal. El alquiler era de seis libras al mes pagadas por adelantado.

Cuando le anuncié a Charles que nos trasladábamos, se quedó de una pieza. Dijo que no soportaba la idea de irse a otro lado y que no quería perder la vista que teníamos desde el dormitorio, pero yo lo engatusé hablándole de la inmensa habitación que tendría para pintar, hasta que consintió en ir a ver el piso, y, cuando lo vio, también vio todas las posibilidades que ofrecía y aceptó que nos lo quedáramos. Así que escribimos a su padre y le dijimos que por motivos prácticos de trabajo teníamos que mudarnos de casa y que si nos podía prestar doce libras para pagar el alquiler del primer mes y los gastos del traslado. Debimos de escribir una buena carta, porque recibimos el dinero a vuelta de correo; avisamos a la casera de que nos íbamos y una semana después nos habíamos mudado. Yo rebosaba esperanza, como siempre.

En los dos años que llevábamos casados habíamos recolectado un montón de muebles, cada cual de su padre y de su madre. Cuando la gente se quería deshacer de algo, nos lo daba, y nosotros lo pintábamos para que hiciera juego con el resto del mobiliario. Todo estaba pintado de un color azul verdoso pálido, del mismo tono que tienen algunas piscinas. Así que, aunque las habitaciones eran inmensas, no parecían vacías, a excepción de los suelos, y no teníamos nada para cubrir el suelo del dormitorio. Para los pobres, lo más difícil es encontrar con qué cubrir los suelos. Todo es muy caro, incluso el linóleo. En aquellos tiempos, muchas veces deseaba que se pudiera poner arena o juncos en el suelo. Nos habría costado muchas libras poner cortinas en unas ventanas tan grandes, así que las dejamos tal cual. En todo caso, en los estudios no se suelen poner cortinas.

La cocina no era tan bonita como me había parecido al principio. Principalmente era muy oscura, y el otro inconveniente que encontré cuando fui a abrir la ventana era que había debajo un taller de automóviles, y subía mucho olor a gasolina y aceite; los humos y gases que se producían cuando arrancaban los coches eran terribles. Pero, después de las diminutas buhardillas en las que habíamos vivido, la habitación que utilizaba Charles de estudio era magnífica, y el hecho de disponer de una habitación tan grande pareció mejorar su pintura. Tal vez antes nunca había podido alejarse de las obras y verlas a distancia, algo que ahora podía hacer holgadamente.

Tener teléfono fue de gran utilidad para mi trabajo. Antes, cuando me necesitaban, los artistas tenían que enviarme una nota por correo. Ahora, si tenían de pronto un hueco o si otra modelo les fallaba, me llamaban y en media hora estaba a su disposición. Teníamos una parada de autobús justo delante de casa.

Francis tenía su estudio bastante cerca y, siempre que quería probar una nueva técnica de pintura, me pedía que posara para él. Decía que era la única persona que posaba para él que no se ofendía si el cuadro acababa siendo una calamidad. Una vez

se le rompió el cristal de una ventana, y puso un lienzo viejo en el hueco para que no entrara el aire. Era un retrato mío que había quedado fatal, y me miraba de una manera tan reprobatoria cada vez que pasaba por delante en el autobús 53 que le pedí que lo quitara.

La compañía de Francis le hacía mucho bien a Charles. Se pasaban horas hablando de pintura. Cuando no teníamos dinero para comprar comida nos invitaba a comer con él. Siempre hacía lo mismo: huevos revueltos con guisantes y zanahorias de lata y café. Decía que tenía cuenta en un colmado y que, aunque estuviera sin blanca varias semanas, le fiaban igual y, para cuando la cuenta subía demasiado, siempre aparecía algún dinero.

Pensamos que ésa era la mejor idea que habíamos oído en mucho tiempo; nos acompañó a su tendero y le dijo que queríamos tener cuenta en su tienda, y el tendero dijo que sí, que nos empezaba una cuenta, y era maravilloso que te fiaran así. En la tienda vendían hasta cerveza y, cuando no teníamos dinero, llamábamos por teléfono y nos traían la comida y una botella de cerveza a la puerta.

XVI



Enseguida empezamos a hacer nuevos amigos, y nos invitaban a fiestas, así que propusimos al matrimonio que vivía en la misma planta ocuparnos de su hijo cuando ellos salieran, si ellos hacían lo mismo por nosotros. Este acuerdo funcionó muy bien y supuso un gran cambio en nuestras vidas. A veces Charles vendía algún cuadro a uno de nuestros nuevos amigos. No era algo que sucediera con frecuencia, pero cuando sucedía le hacía mucho bien.

Una de las fiestas en las que estuvimos la daba un artista australiano bastante dado a la bebida que tenía un estudio de lo más frío y húmedo en la zona de St. John's Wood. Llegamos bastante tarde, casi todo el mundo estaba ya borracho y el ambiente era un tanto sórdido. Yo estuve de aquí para allá viendo las esculturas, que no eran demasiado buenas. Siempre había querido modelar con arcilla, pero nunca pude permitírmelo porque no tenía para comprar los materiales necesarios. Entonces descubrí un gran cubo lleno de arcilla y las herramientas más fascinantes sobre el torno. Colgada de un clavo en la puerta había una toalla sucia. De pronto me vi sacando puñados de arcilla del cubo y echándolos en la toalla. Cuando hube sacado una cantidad que pesaba como medio quintal, añadí algunas herramientas. Tras formar un hatillo con todo ello, le conté a Charles lo que había hecho, y él se ofreció a ayudarme a llevarlo hasta casa, así que salimos lo más sigilosos que pudimos por la puerta en la que había estado colgada la toalla, y nos encontramos en el jardín. Estaba lleno de parejas haciéndose arrumacos, pero nos las arreglamos para salir a la calle sin pisar a nadie. Cuando estuvimos fuera nos echamos a reír; el hato pesaba mucho, pero conseguimos llevarlo a casa sin parar de reír todo el camino.

Al día siguiente empecé a modelar con la arcilla. No tenía armazón, pero me hice un sustituto con unos juguetes de Sandro. Esto no le gustó nada y se puso rojo como un tomate, señalando el busto que yo estaba modelando y refunfuñando. A partir de entonces me pasaba todo el tiempo libre que tenía modelando. Un busto me salió especialmente bien. El cuerpo desnudo y el cuello lo copié de mí misma, pero me inventé la cabeza porque me daba vergüenza pedirle a alguien que posara. No me gustaba que me miraran mientras trabajaba. El rostro parecía el de una birmana y dejé vacías las cuencas de los ojos, algo de lo más efectista, aunque suene un tanto macabro. La figura terminaba en la cintura y la envolví en un buen trozo de caucho fino. Había que humedecerla todos los días. Tenía que encontrar a alguien que me ayudara a hacer el molde de escayola antes de que se endureciera demasiado.

Una noche que me había ido a la cama temprano, un escultor que había visto un retrato en el que yo era la modelo, me llamó y me pidió que posara para él. Aunque no nos conocíamos, hablamos bastante rato y la conversación fue muy amistosa.

Entonces me dijo que por mi voz sabía que yo era guapa. No supe qué contestar a esto y colgué. Luego lo lamenté porque no habíamos quedado para la sesión.

Como una media hora después tocaron al timbre con fuerza y golpearon la puerta, así que Charles abrió y se encontró con el escultor, no aquel al que le había robado la arcilla, sino el que acababa de telefonar. Me dio vergüenza estar en la cama, con los labios sin pintar, pero me alegré de que las sábanas estuvieran limpias. Este escultor (se llamaba Bumble Blunderbore) era un hombre enorme, con un tipo que recordaba a Chesterton, y jadeaba mucho. Creo que cuando la gente resopla así al respirar es porque se le han endurecido las arterias. Traía dos grandes botellas; yo creí que eran de cerveza, pero resultó que eran de champán. Dijo que había venido a concertar la cita para que fuera a posar para él. Entonces abrió el champán y nos sentamos todos en mi cama, que era una cama turca, y nos lo bebimos. Era la primera vez que tomaba champán y me puso muy contenta.

Luego recorrió la habitación viendo los cuadros y los dibujos de Charles. Se fijó en un pequeño dibujo enmarcado de la cabeza de una mujer y dijo: «¿Cuánto pides por éste? ¿Qué te parecen cinco libras?». Y cuando Charles dijo que sí, inmediatamente le firmó un cheque por esa cantidad. Entonces vio mi busto de arcilla y dijo que tenía «una gran calidad» y se ofreció a llevarme en su coche a hacer el molde. Aquello parecía el paraíso, la visita de un hada madrina y la Navidad, todo al mismo tiempo. Cuando se acabó el champán se marchó, pero quedó acordado que al día siguiente posaría para él y que me recogería en su coche. Cuando se fue nos desinflamos y nos entró mucho sueño.

Al día siguiente Charles salió de casa temprano. Se iba a pasar el fin de semana con James y su familia, que tenían una casita en New Forest. Cobró el cheque de Bumble Blunderbore en el colmado, de camino a la estación. Nos preocupaba que cambiara de opinión cuando viera el dibujo a la mañana siguiente. Apenas se había ido Charles cuando Bumble llamó y me preguntó si quería comer con él en el Café Royal, y yo le dije que sí; luego recordé que estando Charles fuera no había nadie para darle la comida a Sandro, pero acabé encontrando a alguien en la casa dispuesto a ocuparse de él. Entonces se planteó el problema de qué ponerme. Los únicos trajes de verano que tenía eran los de algodón que me hacía yo misma. Eran todos iguales, de cuerpo muy ceñido y falda fruncida, bastante larga. Solía almidonarlos, para que la falda quedara muy ahuecada. Bumble todavía no me había visto vestida, y esperaba que, cuando me viera, no pensara que era espantosa.

Tenía que verme con él en el pequeño reservado que hay detrás del restaurante. No había estado en mi vida en un bar de este tipo y no me gustaba entrar sola, pero miré a través de las puertas acristaladas y vi su cuerpo protuberante sentado en un taburete; parecía un aburrido Humpty Dumpty. Cuando entré pareció muy contento de verme y me preguntó que qué quería tomar. Yo no sabía qué pedir y él me aconsejó que tomara un cóctel llamado Pimm Number One, y me impresionó grandemente la cantidad de cosas flotando que había en el vaso. Entonces vino un

camarero y él pidió la comida: consomé con tropezones, lenguado en salsa de champiñones, pollo y helado; eso pidió. Cuando todo estuvo preparado, el camarero volvió y nos condujo a una mesa que tenía el rótulo de «RESERVADA».

Tuvimos una larga sobremesa y me di cuenta de que era muy sencillo charlar con él, en parte por las bebidas y en parte porque su manera de escucharme me halagaba. Le dije que Charles estaba fuera, y él dijo que su mujer también estaba fuera, así que por qué no pasaba el fin de semana con él en su casa de Maidenhead. También tenía un estudio en Londres. Le dije que no me sería posible porque estaba también Sandro, y le pareció muy divertida la idea de que tuviera un hijo y dijo que me lo llevara. Entonces yo me acordé de su mujer y le dije que a ella no le gustaría que mujeres y niños desconocidos fueran a su casa cuando ella no estaba, pero él dijo que ella era una «gran mujer» y que le encantaría; también tenía una hija que estaba en un internado y era asimismo una «gran mujer».

Conque acepté la invitación, pero presentía que iba a ser un fin de semana difícil, con un niño pequeño en una casa desconocida en la que no había ninguna mujer, y posiblemente sin comidas como Dios manda; no obstante, no quería rechazar la invitación y parecer una desagradecida después de aquella comilona.

Volvimos a Abbey Road a recoger a Sandro y una muda, y nos encaminamos a Maidenhead. Sandro iba encantado en el coche. Bumble se paró en una pastelería y le compró un montón de pasteles asquerosos, todos recubiertos de mermelada y falsa crema y se los dio. Por suerte, a Sandro no le gustaron, pero pensó que era una buena idea untarlos por el asiento y la ventanilla del coche. Con todo, todavía habría sido peor que los hubiera vomitado.

Estábamos todos bastante pegajosos cuando llegamos a la casa, que era una casa georgiana, sencillamente cubierta de glicinia. Dentro era también muy agradable, aunque el mobiliario desentonaba un poco: era un auténtico revoltijo de estilos y períodos, y algunas de las habitaciones tenían un papel pintado con un estampado dorado en relieve. Me alegré de ver que había una criada. Ésta me condujo al cuarto de invitados y no pareció en absoluto sorprendida de mi inesperada aparición. Le pedí un vaso de leche para Sandro y, cuando fue a buscarlo, Bumble entró en el cuarto con una gran cuna de muñecas para él y, cuando lo acosté en ella, parecía muy contento.

Cuando Sandro se quedó dormido, bajé y había otro hombre con Bumble. También era grande y grueso, pero no jadeaba. Tomamos una cena fría, que ya estaba dispuesta en el comedor y luego salimos a un *pub* que estaba al lado del río. Era el típico lugar donde todo el mundo se conoce, y la camarera era una «gran mujer». Bumble me presentó a todo el mundo y les dijo que al día siguiente iba a empezar a esculpirme y que iba a ser la mejor pieza de su vida; yo había bebido bastante y empecé a pensar que a lo mejor era guapa y maravillosa, pero no me había dado cuenta hasta ese momento.

A la mañana siguiente no me desperté hasta que la criada entró con el té, ya bastante tarde. También traía el desayuno de Sandro. Cuando por fin bajamos,

Bumble estaba trabajando en el estudio, todavía en pijama. Dijo que en media hora estaría preparado para que yo posara; rebusqué por la casa hasta que encontré unos juguetes para que Sandro se entretuviera en su parque, que había tenido la previsión de traerme y que puse en el césped, delante de la casa.

Cuando lo dejé acomodado, fuera de todo peligro, volví al estudio y empecé a posar. Ya desde la primera sesión la arcilla tomó una forma interesante. Pasé casi todo el día posando, y Sandro se portó como un ángel. El lunes por la mañana volví a casa. Bumble esperaba terminar el modelo al siguiente fin de semana. Yo no estaba muy segura de que Charles quisiera que fuera, pero me habían dado dos libras por el trabajo, y pensé que no le importaría quedarse sólo si me ganaba otras dos libras.

XVII



Cuando Charles regresó de New Forest, le conté todo lo del fin de semana. Se quedó muy sorprendido, pero no puso ninguna objeción a que volviera el siguiente fin de semana, así que cuando Bumble me telefoneó, le dije que podía ir. Después de esto, volví con frecuencia a Maidenhead, unas veces con Sandro y otras sola. Cada vez que iba, Bumble empezaba a modelar de nuevo mi cabeza, y a la siguiente vez se había secado o le aburría seguir con la misma. Empezaba otra y decía que iba a ser la mejor pieza que había hecho en su vida, y yo me entusiasmaba, pero nunca terminó ninguna.

Esto sucedió tantas veces que lo de posar terminó por convertirse en una farsa, y lo dejé. Seguimos siendo buenos amigos de todos modos y me quedaba en su casa con frecuencia. A su mujer le agradaba que fuera. Era una mujer amable y tranquila, que se tomaba las cosas como venían, incluso a mí. Cuando Bumble estaba esculpiendo a alguien en su estudio de Londres, muchas veces me pedía que fuera y les preparara el té y los entretuviera un rato. A veces estaba esculpiendo a hombres serios e inteligentes, y estoy segura de que no me encontraban en absoluto divertida, pero eran demasiado educados para decirlo.

Ese primer verano en Abbey Road fue el tiempo más feliz y más despreocupado que había tenido en mi vida. Nuestros grandes problemas monetarios parecían algo del pasado. A Charles le salieron muchos trabajos a través de Bumble Blunderbore, pero en otoño éste se fue a Nueva York, donde tenía una exposición en solitario. Estuvo fuera seis meses y cuando volvió nos había olvidado, aunque nos invitó a algunas fiestas fastuosas.

Nosotros también dábamos algunas fiestas, pero en las nuestras los invitados tenían que traer la bebida. Nosotros comprábamos unas cervezas y, tal vez, un poco de ginebra, y luego cada cual venía con algo. Me gustaba dar fiestas, preparar los emparedados y colocar las flores. A veces Charles pintaba frescos en papel de calco, que pegaba en lo alto de las paredes, y daban un ambiente muy bueno. Charles era muy ingenioso para estas cosas. Y era también muy buen anfitrión, cuando se había tomado una copita o dos.

Una noche, un tipo al que habíamos conocido hacía poco en el estudio de Francis nos invitó a cenar. Su mujer estaba fuera y era de esos hombres que se creen que saben cocinar. Muchos hombres son así. Dicen que saben cocinar y resulta que lo que hacen es una tortilla, huevos revueltos o salchichas. Nunca saben hacer mermelada o pastel de Navidad y comida de verdad (no cuento a los chefs, claro; cuando digo esto, hablo del hombre de la calle).

Por alguna razón, tal vez venía de una matinée, habíamos quedado con nuestro

anfitrión en el vestíbulo de un teatro. Salió el público en tropel y en medio venía nuestro anfitrión acompañado de un hombre alto, de tez oscura y aspecto siniestro, que bien podría haber sido un hechicero, pero, cuando nos lo presentó, sonrió, y su cara cambió completamente; dejó todos los paquetes que llevaba en el suelo para poder darme la mano. Se llamaba Peregrine Narrow. Creo que todavía no he mencionado el nombre de nuestro anfitrión: el señor Karam. Era extranjero, pero no recuerdo de dónde. Nos condujo precipitadamente al metro y en su momento emergimos en Belsize Park y nos dirigimos a su piso, que estaba abarrotado de figuras de Buda y de la diosa china de la misericordia, Kwan Yin, creo que se llama. De eso vivía, de vender obras de arte chinas a los marchantes. Eran muy impresionantes aquellas sosegadas figuras, pero había tantas que parecía que te asfixiabas. Me pidió que lo ayudara en la cocina, y yo me sentí un poco decepcionada, porque me apetecía hablar con el hombre siniestro, pero me consolé pensando en que podría preguntarle al señor Karam cosas sobre él.

Como había supuesto, eran salchichas lo que había, de esas alemanas, largas y finas y espantosas. También había unos espaguetis, pero no encontré nada para hacer una salsa que los acompañara, ni siquiera una cebolla, así que abrí una lata de judías con tomate y rallé un trozo de queso duro que encontré. Quedó tan fino que parecía serrín. Mientras trajinaba, le pedí al señor Karam que me contara la vida de Peregrine Narrow, pero me dijo que lo único que sabía de él era que estaba divorciado o separado de su mujer y que se ganaba la vida de crítico de arte y periodista. También había escrito uno o dos libros sobre pintura, pero no habían tenido mucha repercusión.

Para cuando me hubo contado todo esto, y mientras fregaba lo necesario para cenar y cocinar, la comida estuvo lista. No fue una cena muy buena, a excepción del café, que lo hizo el propio señor Karam y estaba delicioso, pero disfruté escuchando a Peregrine y también mirándolo. Su cara oscura se animaba al hablar (creo que la palabra que describe su cara con mayor precisión es «móvil») pero, cuando se callaba, volvía a parecer amargado y siniestro, y encorvaba los hombros. Cuando yo hablaba, escuchaba atentamente cada una de mis palabras, como si fueran preciosas. Nunca me había pasado algo así, y me dio mucha confianza en mí misma, pero ahora sé por experiencia que muchos hombres escuchan así y que eso no significa nada; seguramente están pensando en una manera nueva de evadir impuestos.

Aunque era mucho mayor que nosotros, cuarenta y cinco años tenía, me dijo que lo llamara por su nombre de pila, que le iba como anillo al dedo. Lo de Narrow no me gustaba mucho.^[4] Salimos al mismo tiempo y fuimos juntos hasta nuestra casa, entró y vio los cuadros de Charles, que, en general, le parecieron bien. Para entonces, mi famosa pieza de escultura había vuelto de la fundición y me sugirió que la enviara a una exposición, y también escogió dos cuadros de Charles que creía que podrían ser aceptados. Cuando se fue, nos dejó su número de teléfono por si en algún momento nos podía ser útil. Puse el número en un lugar seguro para que no se extraviara.

XVIII



Según avanzaba el invierno, avanzaron también los horrores de la pobreza. Se me había olvidado lo triste que era ser pobre, y las habitaciones eran tan grandes que no podíamos calentarlas. Seguíamos teniendo cuenta en el colmado pero, si pasábamos más de un mes sin saldarla, dejaban de vendernos y, si no pagábamos el alquiler, un hombre horrible con un sombrero hongo pasaba a vernos. Seguíamos teniendo a nuestros amigos, no estábamos solos y aislados, como lo habíamos estado antes, y me parecía que esta vez la pobreza sería sólo pasajera. Aunque la pintura de Charles no dejaba de mejorar, parecía que nadie quería comprar sus cuadros, en parte porque de pronto le dio por decir que valían mucho dinero. Si alguien le preguntaba el precio de un cuadro, le decía que costaba cincuenta o incluso cien libras, y prácticamente nadie que conociéramos disponía de semejante cantidad. A los dos nos aceptaron nuestras obras en la exposición colectiva a la que Peregrine nos había recomendado que las enviáramos. Yo me sentí muy orgullosa al ver mi escultura entre las obras de artistas de verdad; pero no vendimos nada.

Por entonces lo que más deseaba era tener tiempo para esculpir. Un remitente anónimo me envió un quintal de arcilla, y tuve un palpito de que había sido Peregrine, pero no habíamos vuelto a verlo desde el día que lo conocimos, así que puede que me equivocara. Le sugerí a Charles que lo llamáramos por teléfono, pero él me dijo que no había razón alguna para llamarlo. Cuando veía al señor Karam, que parecía estar en contacto permanente con él, siempre le preguntaba, pero lo que yo quería realmente era verlo de nuevo. De alguna manera se había apoderado de mi imaginación.

A Sandro le contrariaba que me pusiera a esculpir porque no le hacía todo el caso que él quería. No lloriqueaba ni cogía pataletas, pero hacía travesuras. Una vez encontró un bizcocho y una docena de huevos que habían dejado en el vestíbulo de la casa para otra inquilina, una anciana que tenía un perrito pequinés. Pues Sandro colocó los huevos sobre el bizcocho y se fue a buscar algo para martillar y martilló los huevos en el bizcocho. Una vez rotos todos los huevos, me vino a buscar para que fuera a ver algo «muy bonito». Otra vez, mientras yo estaba esculpiendo, tiró todas las tazas por la escalera de hierro que bajaba al jardín. Salí corriendo al oír el estrépito, y le dije que era malo, malo, y luego durante meses, siempre que veía trozos de cristal o de loza en lo alto de las vallas (creo que los ponen ahí para que no las salten los ladrones), me decía: «Mira, malos». Pensaba que así se llamaba a la loza o a los cristales rotos.

Cada vez estaba más activo, y a Charles le resultaba más complicado ocuparse de él mientras yo estaba fuera trabajando. Ya no dormía tanto durante el día y no quería

quedarse sentado en el cochecito; si se le dejaba sólo un rato, se ponía a tirar de la lana del jersey hasta que lo rompía o sacaba las plumas del colchón, pero, si se le dejaba suelto por el piso, Charles no podía trabajar. Yo deseaba poder quedarme en casa y ocuparme de él.

Entonces me tuve que quedar porque cogí la gripe; creo que la culpa la tuvo el frío que hacía en casa, mientras que en los estudios donde trabajaba hacía tanto calor y el ambiente estaba tan cargado que a veces hasta me desmayaba. Lo terrible de tener gripe era que si yo no salía a trabajar no entraba dinero en casa. Tuve que alimentarme de sopicaldos. Por suerte, no se lo contagié ni a Charles ni a Sandro, así que en cuanto me bajó la fiebre, volví a trabajar, aunque todavía me sentía fatal y me desmayaba con frecuencia; además tenía desarreglos menstruales. Estaba muy cansada porque también posaba los domingos para intentar recuperar el dinero que habíamos perdido mientras estaba enferma.

Los dos nos deprimimos mucho al ver que la miseria volvía a llamar a la puerta. Creíamos que había desaparecido para siempre de nuestras vidas. Charles dijo que lo mejor que podíamos hacer era dar otra fiesta. Sencillamente compraríamos unas cuantas cervezas para arrancar, y luego, si todo el mundo traía un botella, podríamos sacar algún dinero de los cascós. Así que pintó unas divertidas invitaciones, se las enviamos a nuestros amigos e hicimos la fiesta. Vino muchísima gente. A algunos no los conocíamos de nada, y hubo quien trajo alguna que otra caja entera de cerveza. Luego las pinté de azul y las utilicé para poner macetas en los alféizares. Cuando la fiesta estaba en su apogeo, pensé en lo estupendo que sería que Peregrine Narrow también hubiera venido, así que salí al vestíbulo a llamarlo por teléfono. Me daba un poco de miedo, pues había pasado mucho tiempo desde el día en que lo conocimos y, como no lo habíamos vuelto a ver, pensaba que no me recordaría. Sin embargo, cuando conseguí hablar con él, me dijo que estaría encantado de venir, así que entré en el piso y no le dije nada a Charles. Esperaba que creyera que había venido por casualidad.

Vino en taxi y llegó enseguida, y fue una fiesta estupenda. Peregrine y el señor Karam se quedaron después de que todo el mundo se fuera, e hicimos té y charlamos y charlamos; al menos los hombres charlaron: yo los escuchaba tumbada en el diván.

Después de la fiesta, Peregrine vino a visitarnos muchas veces, y nosotros fuimos a su estudio. Me decepcionaron sus cuadros. Parecían tener barro mezclado con la pintura, pero no dije nada. Por entonces tenía la sensación de que los días que no veíamos a Peregrine eran días desaprovechados.

XIX



Peregrine dijo que le gustaría retratarme. No me agradaba la idea de que me hicieran un retrato en el que estuviera toda llena de barro, pero pensé que estaría muy bien ir a su estudio a posar y hablar con él y, tal vez, oírle contar su vida, así que acepté ir dos veces a la semana. El cuadro empezó con unas gotitas de colores claros, y pensé que era un principio prometedor, pero poco a poco se fue embarrando, hasta que empezó a parecerse a Southend cuando la marea está baja. De todos modos, me lo pasaba bien en su estudio y, tal como había esperado, me enteré de un montón de cosas sobre su vida anterior y su matrimonio. Se sujetaba la cabeza entre las manos y me decía que era muy desgraciado, que odiaba a su mujer, y que ella se negaba a aceptar el divorcio. Hablaba muchas veces de lo horrible que era, y yo tenía la sensación de que, si la veía por la calle, la reconocería al instante.

Se casaron cuando él tenía veintiún años y su mujer (que se llamaba Mildred) veintisiete. Parecía la mujer más quejica del mundo. Peregrine decía que tenía la cara alargada, blanca y fofa, con la barbilla muy puntiaguda, que siempre iba vestida de terciopelo y se creía adivina. Decía también que le asfixiaba y que, después de dos años de matrimonio, salió huyendo. Llevaba todos esos años casado, desde antes de que yo naciera, pero no había conseguido liberarse de ella. Era espantoso, y lo compadecí. Dos veces había intentado vivir con otras mujeres, pero ella siempre lo había encontrado e iba y le montaba una escena horrorosa. Se exaltaba tanto hablando de esto que le empezaba a temblar la mandíbula, se ponía a ir y venir por el estudio y se olvidaba del cuadro. No era de extrañar que pareciera tan amargado y siniestro.

Pero, cuando no estaba pensando en su terrible mujer, Peregrine era muy alegre y un compañero encantador. Cuando acababa la sesión de la mañana, me invitaba a comer en un restaurante. Yo me sentía muy orgullosa de que me vieran comiendo con un hombre de mediana edad y aspecto distinguido, pero varias veces la gente lo tomó por mi padre, y eso no le gustaba nada. Yo me ponía las botas en esas comidas, y a veces cuando volvía a casa tenía ganas de vomitar.

Parecía que últimamente, desde que había tenido la gripe, eran muchas las veces que sentía náuseas y ganas de vomitar. Entonces me asaltó un temor espantoso; aunque al principio no me sentía capaz de hacer frente a la situación, acabé por tener que decirle a Charles que lo sentía horrores, pero que parecía que venía otro bebé en camino. Le horrorizó la noticia y dijo que no podía ni imaginarse con más niños y que debía hacer algo urgentemente para desprenderme del bebé. Que teniendo hijos de esa manera era injusta con él.

Me asustaba mucho esa idea, la de deshacerse del bebé, pero todavía existía la posibilidad de que estuviera equivocada, así que fui a ver a una doctora que vivía

cerca. La había visto a veces entrando y saliendo de su coche, y pensé que tenía pinta de buena persona. Le pedí que me examinara, y cuando lo hizo me dijo que estaba embarazada, de casi tres meses. Le dije que a Charles le repugnaban los niños y que dependíamos completamente del dinero que yo ganaba. Entonces me preguntó que qué me parecía a mí tener más hijos, y yo le conté que siempre había esperado tener una gran familia, y que, aunque no podía evitar que me gustaran los críos, me daba cuenta de que no estaba bien tener familia si no contabas con posibles. De todos modos, no quería desprenderme de éste. Hacer algo así me parecía algo sórdido y perverso. Ella dijo que además era peligroso; entonces se ofreció a atenderme gratis durante el embarazo y el parto. Era muy amable, pero dijo que tenía que hacer que Charles encontrara un trabajo, cualquier trabajo, aunque no tuviera nada que ver con el arte.

Yo volví a casa y le conté a Charles todo lo que me había dicho la doctora, y él parecía aterrado y dijo que no pensaba dejar de pintar para tener unos malditos niños y luego salió corriendo de la casa. Yo me asusté, como si acabara de hacer algo malvado. Deseaba de verdad que alguna vez fueran los hombres los que trajeran los niños al mundo. Yo sería muy amable con Charles si tuviera uno, aunque no me gustara verlo hecho un tripón.

No volvió hasta muy entrada la noche, pero yo estaba todavía despierta. Me dijo que lamentaba haberse enfadado tanto conmigo, pero que debía prometerle que me desharía de este niño que nos venía de más. Así que lloré un poquito y le dije que lo haría siempre que no tuviera que hacer nada demasiado inquietante.

A la mañana siguiente, Peregrine me telefoneó para decirme que iba a estar seis semanas fuera, dando conferencias. Estaba entusiasmado, y dijo que se pondría en contacto conmigo en cuanto regresara. Me agradó que fuera a estar lejos mientras yo me sentía tan desdichada, pues sabía que a los hombres no les agrada que las mujeres estén tristes.

XX



Charles no dejaba de pedir consejo a unos y otros sobre la mejor manera de deshacerse de la criatura, y parecía que todos conocían a alguien que conocía a alguien que conocía a alguien que hacía algo que sonaba completamente descabellado, como caminar diez kilómetros acarreado algo extremadamente pesado, o tomarse una dosis de sulfato de magnesio y echarse a nadar mar adentro, o dar saltos durante una hora. La asistenta de alguien le dijo que ella se tomaba una botella de oporto mezclada con quinina, y que nunca le había fallado. Yo lo probé, pero lo único que conseguí fue pasarme tres días vomitando, y además el oporto era bastante caro.

Charles estaba cada día más desesperado. Yo lo sentía por él, pero también me enfadaba. Entonces la mujer que vivía en la buhardilla, que ya tenía dos hijos, me dijo que a ella le habían hecho una operación cuando descubrió que iba a tener otro. Me dijo que le había costado cinco libras y que le habían quitado el bebé, pero que después había pasado tres meses enferma. Era una buena mujer y una buena madre, pero su marido llevaba mucho tiempo sin trabajo. Me consoló ver que hasta las mujeres más buenas se deshacían de las criaturas, pero no me gustaba la idea de pasarme tres meses enferma. Se lo dije a Charles, por si creía que yo debía operarme también, y me alegró oírle decir que a él tampoco le gustaba la idea.

Entonces se enteró de que había un médico que hacía una operación ilegal por veinticinco libras. Dijo que le habían hablado de varias personas que habían acudido a él y no habían muerto ni habían enfermado ni nada parecido, de modo que acepté ir a ver a ese médico si conseguía las veinticinco libras. Confiaba en que no fuera capaz de encontrar semejante suma de dinero, pero se dirigió a cinco de nuestros amigos más ricos y les dijo que debíamos varias semanas de alquiler y que nos iban a poner en la calle si no pagábamos de inmediato, y todos ellos le dieron cinco libras; yo esperaba que no se encontraran en algún momento e intercambiaran opiniones. Ann fue una de las personas que le prestó cinco libras, pero no sabía para qué eran en realidad. No le habíamos contado lo de esa infeliz criatura. Ella fue la única a la que devolvimos el dinero. Tirar veinticinco libras en esta operación me parecía un despilfarro espantoso. Pensaba en todas las cosas bonitas que habríamos podido comprar para el piso con ese dinero, o podríamos habernos ido de vacaciones a la playa y además habernos comprado ropa nueva.

No me apetece mucho escribir sobre la operación en concreto. Fue horrible y no funcionó como tenía que funcionar. No podía ir al hospital porque habríamos acabado todos en la cárcel. Hasta el propio médico hizo todo lo que pudo para que me recuperara, aunque se moría de miedo de acercarse a mí cuando vio que todo había

ido mal. Acabé mejorando, pero mi cabeza nunca se recuperó del golpe. Me sentía asqueada; tenía la sensación de que me habían engañado quitándome a mi niño. Ahora que ya no lo tenía, quería tenerlo más que nunca; creía que había sido demasiado débil. Tendría que haber dejado a Charles y haberme ido a algún lado a tener el bebé. Si me hubiera convertido en una vagabunda, teniendo a Sandro a mi lado, seguramente alguien nos hubiera recogido, pero, en lugar de ello, había matado a la criatura.

Mientras estuve enferma, tuvimos que mandar a Sandro con una hermana casada de Eva, que vivía en el campo. Por supuesto, no les contamos la verdad sobre mi enfermedad. Cuando me recuperé y sugerí ir a buscarlo, ellos nos escribieron diciendo que se podía quedar unos meses, si queríamos, al cuidado del ama de su hija. Ellos tenían una niña de cuatro años, y Sandro sería un buen compañero. A Charles le entusiasmó la idea, y yo no podía negarme a que el niño pasara una buena temporada en el campo, atendido además por un ama experta, en lugar de la vida a salto de mata que llevaba con nosotros, pero me sentía rara teniéndolo tan lejos, como si nunca fuera a volver a mi lado.

Justo entonces me ofrecieron trabajo en una agencia de publicidad. Me pagaban dos libras y diez chelines a la semana, más de lo que había ganado nunca, y esto terminó de decidirme a mantener a Sandro en el campo y aceptar el trabajo, aunque tuve que decirles que tendría que dejarlo cuando Sandro volviera. Me contestaron que a lo mejor entonces podría trabajar sólo media jornada, y ahí quedó la cosa.

Estaba contenta de tener un trabajo regular. Me quitaría de la cabeza aquellos pensamientos tan tristes y amargos. El primer día tuve que ir andando porque no había nada de dinero en casa. Charles me dijo que a mediodía me traería algo de dinero para comer, pero, claro está, no lo hizo, y me daba vergüenza pedirles prestado a las otras chicas, porque todavía no las conocía, así que me aguanté el hambre, y cuando llegó la hora de salir, esperé a ver si venía a buscarme, pero de nuevo me falló, y tuve que volver andando, muerta de hambre y cada vez más furiosa. Cuando llegué a casa, lo vi por la ventana. Estaba sentado leyendo, con una bandeja a su lado con las cosas del té. Parecía tan cómodo que me puse más furiosa todavía y entré corriendo, como un ciclón, y agarré una silla al paso y le golpeé con ella. Se quedó de una pieza. Era la primera vez que hacía algo semejante, y se indignó conmigo. Yo también me avergoncé, pero estaba demasiado cansada para pedir perdón, así que me fui a la cama y sólo tenía ganas de morirme.

Pero no me morí. A la mañana siguiente llegó una carta de Peregrine diciendo que volvía ese día y que pasaría a vernos después de cenar. Me puse contenta, pues hacía siete semanas que no lo veíamos, y en ese tiempo me había sentido muy desgraciada. Me parecía que las cosas mejorarían ahora que él había vuelto.

Cuando se lo dije a Charles, me dijo que él iba a salir esa noche. Había quedado en compartir modelo con Francis en su estudio, así que tendría que apañármelas yo sola para recibirlo. Charles y yo estábamos todavía de malas, pero parecía que eso era

lo de menos.

Esa noche, cuando volví de trabajar, limpié el piso y luego me asexé y me arreglé un poco. Charles ya se había ido, por lo que no tenía que preparar la cena. Me limité a hacer café y, cuando estaba disponiendo una bandeja con nuestras mejores tazas y unas galletas de chocolate, llegó Peregrine. Pareció contento de verme y pasados unos minutos preguntó dónde estaba Charles. Le dije que había salido. Entonces dijo que iba a darle las buenas noches a Sandro, que le tenía mucho cariño, pero yo le expliqué que Sandro tampoco estaba y que no volvería hasta dentro de unos meses. Entonces reparó en lo flaca que estaba y en la mala cara que tenía y me preguntó que qué me pasaba. Dijo que estaba seguro de que había sucedido algo horrible mientras él estaba fuera, pero yo desvié la conversación y empecé a hablarle de mi nuevo trabajo, y entonces nos sentamos en la cama turca y tomamos café y charlamos sobre sus conferencias. Yo apenas lo escuchaba, no podía sino mirarlo y pensar en lo contenta que estaba de que hubiera vuelto.

Entonces dijo que insistía en saber qué había pasado mientras él estaba fuera. Yo no quería contárselo por si me cogía manía, pero insistió tanto que terminé por decírselo, y no pareció que me fuera a coger manía, sino que más bien se quedó pasmado y no dejaba de mascullar: «De haberlo sabido, de haberlo sabido». Pero yo no acababa de ver qué podría haber hecho él si lo hubiera sabido. Me sentí muy aliviada de poder sacar fuera de mí toda aquella culpabilidad y aquel sufrimiento, y nadie habría tenido un interlocutor más simpático y comprensivo en el que descargar sus penas. Hasta le conté que había golpeado a Charles con la silla, pero parecía que eso ya no importaba. Charles estaba a kilómetros de distancia.

Pero no lo estaba en la realidad. Y no tardó en volver a casa, con el bloc de dibujo bajo el brazo. Estaba muy contento de los dibujos que había hecho y se los enseñó a Peregrine, pero, pese a lo buenos que eran, no le interesaron especialmente; parecía como distraído y se fue casi inmediatamente. Charles dijo que era un «cabrón amargado».

XXI



Al día siguiente, a la hora de comer, vino el llamado Centinela Solitario, un hombrecillo que limpiaba y hacía pequeñas reparaciones en el estudio, y me dijo bajando más o menos la voz que un tal señor Narrow preguntaba por mí, así que salí a recepción y ahí estaba él. Me dijo que había venido a invitarme a comer para que no le tirara más sillas a Charles. Me agradó enormemente que hubiera venido, y esperaba no estar cubierta de pintura y de polvo de pies a cabeza. Me fui corriendo a buscar el abrigo y en el reflejo del cristal vi que no parecía en absoluto desaliñada; más bien al contrario, se me veía mejor que mejor, aunque no llevaba sino un vestidito plisado que me había hecho yo misma y me había costado tres chelines.

Fuimos a un restaurante italiano de Charlotte Street, que estaba muy cerca y daban muy bien de comer. Casi me había olvidado de lo triste que estaba, y hablé como una cotorra, pero él no debió de aburrirse porque dijo que de ahora en adelante me iría a buscar casi todos los días a mediodía, y así se aseguraría de que al menos hacía una buena comida al día. Él no comía mucho, se limitaba a mirarme comer a mí, y yo pensaba que aquello era un desperdicio. No le conté nada a Charles de esas comidas con Peregrine, por si acaso él también se apuntaba a comer de balde en el restaurante todos los días.

Empecé a pensar en Peregrine todo el tiempo, pero esto no me hacía portarme mal con Charles. Estaba mucho más simpática con él de lo que tenía por costumbre últimamente y siempre le hacía los platos que le gustaban para cenar, además de dejar que me dibujara tanto como quisiera. Me estaba calladita y no refunfuñaba, aunque a veces tenía muchísimo que hacer.

Una mañana antes de salir a trabajar, James nos telefoneó para invitarnos a cenar. Le dije que a Charles le encantaría, pero que yo andaba desde hacía días con ganas de pasar un tiempo en casa para ordenar y limpiar y que si ese día no tenía que cocinar parecía una buena oportunidad para quedarme yo sola y hacerlo, así que acordamos que iría Charles solo. Cuando le conté esto a la hora de comer, Peregrine me dijo: «No hagas la tontería de irte a casa a limpiar. Vente a cenar conmigo en mi estudio». Me parecía que eso era un engaño, pero, por otro lado, me apetecía mucho; le dije, por lo tanto, que iría y me volvería temprano para hacer al menos que pareciera que el piso estaba limpio y que olía a cera. Mi cabeza empezaba a volverse maquinadora.

Cuando salí de trabajar por la tarde, Peregrine estaba esperándome fuera para llevarme a su estudio. Llovía a cántaros, y llevaba el cuello de la gabardina levantado y el sombrero calado hasta los ojos, y de tan mojado parecía un alga horripilante. Me agarró por el brazo y corrimos hasta la parada de autobús más cercana. De momento, casi me molestó que se hubiera empapado así tontamente por esperarme bajo la

lluvia. Me sentí abrumada y pensé que más me habría valido haberme ido a casa a limpiar.

Por fin llegamos a su estudio y todo se volvió más alegre. Había dejado encendida la estufa de gas y la mesa estaba puesta con un mantel de cuadros bastante bonito y limpio, una botella de vino tinto y un jarroncito con narcisos amarillos. Cuando me ayudó a quitarme el abrigo empapado, me avergoncé de haber tenido unos pensamientos así de desalmados. También se me había mojado el vestido, así que me obligó a ponerme su batín. Me asustaba un poco quitarme el vestido, porque no llevaba más ropa interior que las bragas, pero el batín era de seda roja con lunares blancos, y me lo envolví con cierto estilo y me sentí majestuosa, aunque las mangas me sobraban por todas partes. Hicimos la cena en la estufa de gas —no tenía cocina, sólo tenía un estudio bastante grande y un cuarto de baño—, y consistió en una parrillada mixta: beicon, champiñones y las inevitables salchichas. No iba muy bien con el vino tinto, pero lo bebimos de todos modos.

Cuando terminamos de comer y de beber, puse el gramófono. Peregrine tenía muchos discos extranjeros, sobre todo españoles. Yo no los conocía y cada vez que iba los oía. Pasado un rato me aburrí de darle a la manivela, que no ajustaba bien y no dejaba de salirse, así que nos limitamos a charlar. Me senté en el suelo, casi pegada a la estufa, y él se sentó en una sillita baja detrás de mí, de modo que yo tenía la espalda recostada contra sus piernas. Estaba tan a gusto que no soportaba la idea de tener que irme a casa a hacer que el piso oliera a limpio. Entonces nos quedamos callados, y Peregrine vino a sentarse en el suelo a mi lado. Y luego empezó a besarme; al principio me dio vergüenza y miedo, aunque me daba cuenta de que llevaba mucho tiempo esperando que hiciera esto. Así que me olvidé de mi vergüenza y lo besé también. Entonces supe que nunca había querido a Charles. Sentí que una riada desmedida, violenta y difusa me transportaba.

Un rato después, cuando me di cuenta de que había sido infiel, no sentí ni culpabilidad ni tristeza; sencillamente me puse muy contenta de haber tenido esa experiencia, que, de haber sido una «buena esposa», me habría perdido, aunque tampoco habría sabido lo que me perdía. Estaba desconcertada. Había tenido un hijo y medio, pero no había dejado de ser una especie de virgen. Me habría gustado saber si a otras mujeres les había pasado lo mismo, pero casi no tenía amigas a las que pudiera preguntárselo en confianza, así que no era fácil saberlo.

Cuando llegué a casa, me metí rápidamente en la cama. Acababa de acostarme cuando entró Charles. Se quedó a los pies de la cama, hablando un poco y me preguntó si había hecho toda esa limpieza, y yo me vi respondiendo: «Oh, no. No me encontraba muy bien y me acosté nada más llegar». Él dijo que, en efecto, parecía febril. Y esperaba que no estuviera incubando algo. Y ni siquiera entonces me avergoncé de lo que había hecho.

XXII



Hubo un momento en el que pareció que las posibilidades de ver a Peregrine iban a ser ilimitadas. En primer lugar, porque Charles se fue a pasar una semana con su padre. Además, se había hecho de un club de artistas que se reunían para dibujar modelos en poses cambiantes, lo que era una práctica muy buena para él. Como una vez por semana Peregrine venía a cenar a nuestra casa. Hablaba con Charles de pintura y se mostraba muy amistoso, pero yo casi deseaba que no hubiera venido nunca; no parecía algo muy honesto que digamos, sonaba un tanto ruin.

En general, en ese período fui muy feliz. Estar enamorada era muy hermoso, al igual que tener a alguien que se preocupara tanto por mí. No me sentía culpable con Charles, porque en cierto modo él había tenido la culpa. Nunca habría sucedido esto si no me hubiera obligado a deshacerme de mi bebé. Casi deseaba poder tener otro con Peregrine para compensar el que me habían quitado. Habíamos hablado de irnos a vivir juntos, pero por el momento parecía imposible. Uno de los motivos era que yo no quería dejar a Charles mientras no empezara a ganar algo por su cuenta, pero la razón fundamental era que temía que, si dejaba a Charles, su familia me quitara a Sandro y lo metiera en uno de esos terribles orfanatos o en otro sitio igualmente atroz.

Había empezado a echarle mucho de menos. Al principio había sido un alivio pensar que no tenía que preocuparme por él mientras estaba fuera trabajando todo el día y saber que estaba alimentándose bien y respirando el aire puro del campo, pero me deprimía pensar que se olvidara de mí. Los domingos la casa parecía vacía y triste. Para entonces, llevaba fuera tres meses.

Le conté a Peregrine cuántas ganas tenía de ver a Sandro, pero que no era fácil llegar en tren al lugar en el que estaba, tan lejos que, en cualquier caso, no tendría dinero para el billete. Así que me dijo que iba a intentar que le prestaran un coche para llevarme hasta allí. Me puse muy contenta. Unos días después a la hora de comer me dijo que había encontrado a alguien que podía dejarle el coche al domingo siguiente. Se lo dije a Charles, y al principio dijo que no quería venir por si montaba una escena para traerme a Sandro, pero le prometí que no lo haría, así que aceptó venir. Yo compré un cuento de Beatrix Potter para llevarle de regalo. Le encantaban los libros y no los destrozaba como hacen la mayoría de los niños.

El domingo amaneció un hermoso día de primavera, y salimos temprano. Yo había escrito a la tía de Charles para decirle que íbamos y que llegaríamos antes de la hora de comer. Peregrine no conducía mal, pero iba encorvado sobre el volante y hablaba un montón de las diferentes maniobras, como si en realidad no estuviera muy acostumbrado. Me pareció un poco quejica. Luego me sentí cruel por criticarlo con lo

amable que había sido. Incluso tuvo el detalle de traer una cámara para que pudiera sacar unas fotos. Al principio íbamos disfrutando del viaje, pero poco a poco empezamos a aburrirnos. Era un trayecto largo, y el coche era pequeño y viejo, apenas corría y traqueteaba como una tartana. Peregrine iba todo el rato comparándolo con los coches que había tenido o que había conducido. Además se nubló.

Los parientes de Charles vivían cerca de Evesham, y anduvimos un rato perdidos, pero por fin nos encontramos rodeados de árboles en flor, por lo que supusimos que debíamos de estar cerca. Cruzamos una y otra vez el río Avon, porque no estábamos seguros de a qué lado estaba el pueblo y a cada persona que le preguntábamos nos mandaba por un camino diferente, pero terminamos delante de una casa encantadora, con vigas de madera vistas y un alto tejado a dos aguas, y resultó que ésa era la casa del tío de Charles.

Salió a abrirnos una doncella delgada y de cara agria. No le pegaba a la casa. Nos hizo pasar a un recibidor y entró en una habitación que sonaba a comedor, donde hubo largas conversaciones antes de que volviera a salir. Aunque no era más de la una, no nos habían esperado para comer, y cuando la agria doncella nos hizo pasar al comedor, no parecieron muy contentos y se notaba que no les gustaba la idea de dar de comer a tres personas más, y eso que no estábamos en guerra ni nada por el estilo y que yo les había escrito anunciándoles nuestra llegada. Apenas nos dirigieron la palabra mientras intentábamos tragar la carne fría. Menos mal que las raciones eran pequeñas, porque se nos atragantó la comida.

Al terminar, el tío de Charles, que no era tan estirado como su esposa, nos preguntó si queríamos visitar la «hacienda» (la hacienda consistía en un jardín de mediano tamaño y un huerto). Yo rechacé la proposición, pero Peregrine, aunque tenía cara de pocos amigos, aceptó después de que intercambiáramos una mirada. Me parecía que teníamos que ser lo más educados posible, aunque ellos nos animaran tan poco.

Le pregunté a la tía de Charles, que era una mujer poco agraciada, de pecho plano y pelos en la barbilla, si podía ver a Sandro ya. Se lo había preguntado al llegar, pero entonces me dijo que estaba durmiendo la siesta; esta vez me dijo que suponía que sí, que podría verlo. El dormitorio de los niños estaba en el piso superior, a la derecha. Lo encontré con facilidad porque la puerta estaba abierta y vi a la niñera sacándolo de la cuna. Todavía estaba medio dormido y cuando me vio rompió a llorar. La niñera me dijo que a los niños no les gusta ver a desconocidos cuando se despiertan. Le respondí que yo no era una desconocida, sino su madre. Entonces me llevé otro sobresalto. Vi que le habían cortado el pelo, y estaba lleno de trasquilones. Había sitios en los que se le veía el cuero cabelludo. Habían desaparecido sus lindos ricitos de un rojo dorado. Le pregunté a la niñera qué había pasado. Me dijo que a «la señora» le gustaban los niños con el pelo corto, y se lo había cortado ella misma. ¡Pobre pequeño! ¡Apenas tenía dos años y parecía un recluso!

Cuando terminó de despertarse y lo hubieron sentado en el orinal, me reconoció y se me subió al regazo y estuvo de lo más cariñoso; pero yo seguía sintiendo un nudo en el pecho. Charles entró, y después de mirarlo un momento, Sandro lo recordó y se echó a reír. Siempre le había hecho gracia Charles. La niñera dijo que era la hora del paseo y le puso el abrigo y una horrible gorra escocesa. Y yo le dije: «No puede ponerle eso; nunca ha llevado nada en la cabeza. Ni siquiera llevó gorrito de bebé». Pero ella me contestó que «la señora» insistía en que se lo pusiera. En lugar del robusto muchachito pelirrojo que habíamos enviado, teníamos un niño de cara blanca, vestido con una ropa que le agobiaba y con la cabeza casi rapada al cero. La niñera estaba vistiendo a la primita. Era una niña bastante bonita, de nariz respingona y pizpireta. La niñera le peinó los rizos cuidadosamente con los dedos. Me fijé en que a ella no le ponían la espantosa gorra escocesa.

Sacamos a Sandro al jardín, aunque a la niñera le preocupaba que no diera su paseo. Peregrine también se quedó pasmado al verlo. Le dije que después de todo no iba a hacer ninguna foto. Sandro nos enseñó el jardín. También nos llevó al huerto, pero la tía de Charles vino corriendo y nos dijo que al niño no le estaba permitido entrar, por las gallinas. Al parecer, una vez había cogido un huevo de uno de los ponederos y se lo había comido crudo. Era muy raro que hubiera hecho una cosa así. Pensé que se equivocaba, pero en cualquier caso no entramos en el huerto. Me pregunté si creería que iba yo a robarle los huevos; puede que esa fuera la verdadera razón de que no nos quisiera ver allí.

Fue una tarde un tanto desastrosa. La niñera era una persona dulce y encantadora; pero me chocó ver que a Sandro sólo le daban de merienda un vaso de leche aguada y pan con mermelada, sin mantequilla, porque «la señora» decía que no estando acostumbrado a tomarla podría sentarle mal. La niña ladeaba la cabeza y me decía: «¿Cómo?» cada vez que me dirigía a ella. Me harté de repetir una y otra vez lo mismo y la dejé. La niñera me dijo que no era sorda; que era una manía suya.

Después de la merienda, bajé al salón con los dos niños. El ambiente era particularmente gélido. Deduje que Charles había comentado lo espantoso que estaba el pelo de Sandro, así rapado y lleno de trasquilones, porque su tío le dijo: «Ya hay suficientes melenudos en tu familia». Y luego le dio un chelín para que él también fuera a cortárselo. Yo dije que había bajado porque ya era hora de volver, pues teníamos un largo camino por delante. No bien empezamos a ponernos los abrigos, Sandro se puso a llorar, y decía: «No te vayas, mami, no te vayas». Esto me hacía más difícil despedirme de él. De pronto me acordé de que tenía en el bolsillo una chocolatina que me había olvidado de darle, así que se la di, esperando que le calmara aquel desconsuelo. Pero la tía me vio y saltó inmediatamente sobre mí, diciéndome: «¿No irás a darle esa chocolatina, verdad? El chocolate le podría dar fiebre; es casi un veneno para los niños». Así que nos fuimos y lo último que oí fue a Sandro llorando, y yo también lloré.

Charles y Peregrine intercambiaron opiniones sobre los parientes de Charles, pero

yo iba callada, como aletargada. Estaba lloviendo, y los limpiaparabrisas hacían un ruido deprimente. De pronto, Peregrine paró el coche y dijo: «Aquí vas a tomar un trago, cariño. Creo que todos necesitamos beber algo». Y así lo hicimos, y después de un *whisky* doble en el pequeño *pub* rural donde nos paramos, me sentí mucho mejor y me reí pensando en lo pasmados que se quedarían nuestros anfitriones si nos vieran en ese momento. Charles y Peregrine jugaron una partida en un anticuado flíper, y yo me entretuve mirando los peces que había en las vitrinas colgadas de las paredes. Había hasta un pez volador. Luego nos tomamos la última y volvimos al coche.

Me pasé el resto del viaje planeando la manera de traerme a Sandro a casa. Si dejaba el trabajo que tenía en ese momento, no tendríamos de qué vivir. Charles no había ganado ni un penique desde Navidad. Tal vez podía volver a posar, pero era un trabajo muy irregular, y a Charles no le gustaba quedarse con Sandro mientras yo estaba fuera. La única solución al problema era que Charles encontrara trabajo en algún taller o en alguna agencia, así que pensé que al día siguiente, cuando se hubiera recobrado de aquel tan funesto que habíamos pasado, intentaría convencerlo para que buscara algo. Hacía mucho que no lo intentaba. Puede que hubiera más ofertas de empleo, pues la economía empezaba a recuperarse poco a poco después de la Gran Depresión, pero en el fondo de mi corazón, sabía que Charles nunca trabajaría por cuenta ajena, por bien que sonara.

XXIII



Al día siguiente, cuando vi a Peregrine, le conté lo triste que estaba por Sandro, y él estuvo de acuerdo en que estaría mucho mejor en casa que con esa gente tan horrible. Dijo que creía que el señor Karam podría darle un trabajo a Charles; tendría que ir por la ferias y subastas locales comprando obras de arte chinas. Yo no me imaginaba a Charles pujando en una subasta, pero el trabajo parecía interesante; le pedí que se pusiera en contacto con el señor Karam y le hablara del asunto.

Cuando volví a casa, se lo conté a Charles, pero no pareció hacerle mucha gracia. Me contestó que precisamente cuando empezaba a encontrar su camino como pintor no podía perder el tiempo de subasta en subasta. Dijo que Sandro estaba bien donde estaba; que él ya sabía que yo cometía un gran error yendo a verlo. Si no hubiera ido, no me habría enterado de que había cosas que no me gustaban. ¿Cómo podía pensar que iba a estar mejor en Londres cuando podía disfrutar de una bonita casa de campo con todas las comodidades? Hablamos y hablamos, pero Charles estaba decidido a que Sandro no volviera si eso significaba que tenía que encontrar un trabajo. Pintar estaba por encima de todo. En cierto modo, tenía razón. A lo mejor tenías que ser implacable para salir adelante en ese mundo, por lo que me pareció inútil seguir discutiendo.

Unos días después, el señor Karam vino a vernos. Yo me puse nerviosa por si hablaba de trabajos o de algo que enfadara a Charles, y me fui a la cocina a hacer café, pero, cuando lo estábamos tomando, nos dijo que su amigo Peregrine Narrow le había dicho que Charles estaba impaciente por encontrar un trabajo y luego le ofreció el de comprar piezas de arte chino en las subastas.

Charles puso tal cara de enfado que yo me inquieté todavía más. Entonces se levantó y dijo: «Dígale a Peregrine Narrow que haga el favor de no meterse donde no lo llaman». Al oír esto, el señor Karam se fue, y con las prisas se olvidó todos los libros sobre la mesa. De modo que salí corriendo detrás de él con los libros y le dije lo agradecida que estaba por su oferta, pero él me siguió mirando con severidad y supe que no volveríamos a verlo.

Justo por entonces, la madre de Charles nos escribió sugiriendo venir a visitarnos. Nunca se había quedado en el nuevo piso. Se había hecho amiga de una mujer que tenía un piso muy bonito en Baker Street, y se había quedado con ella cuando había venido a Londres, pero posiblemente sus estancias se habían prolongado, porque habían terminado riñendo, y su amiga había pasado a ser «esa mujer» que bebía como una esponja y maltrataba a su gato y era totalmente horrible. Yo no podía hacer frente a una visita suya en ese momento. De alguna manera estar enamorada de Peregrine me había dado un nuevo valor, y le escribí sin decírselo a Charles y le dije que no nos

venía nada bien tener invitados en ese momento, que yo estaba todo el día fuera trabajando y no tenía tiempo para visitas. Le sugerí que se alojara en un hotel; si se tomaba la molestia de buscarlo, vería que los había a montones en Londres. Me respondió con una carta furiosa, llena de cosas como «después de todo lo que he hecho por vosotros» e «ingratitude» y que había «arrastrado» a su hijo a mi «propia degradación». Pero no vino, y eso era lo importante.

Nos reconciliamos por teléfono, y el domingo vino a cenar con una ofrenda de paz consistente en una falda de seda rosa plisada. Yo me pregunté si se enteraría si la cortaba y la convertía en un camisón. Después de cenar, apareció Peregrine. No lo había visto en los dos últimos días, así que no sabía que Eva estaría con nosotros. Al principio, a ella le gustó tener a un hombre de aspecto interesante a quien hablar, y los dejé juntos mientras fregaba los platos de la cena, pero cuando volví con el café, Peregrine le estaba diciendo que Sandro no tenía muy buen aspecto y que no creía que su hermana lo estuviera alimentando debidamente y que ya era hora de que Charles se buscara un trabajo y mantuviera a su mujer y su hijo. Yo me quedé horrorizada. Claro, Peregrine estaba muy enfadado por la manera en que había sido recibida la oferta de trabajo del señor Karam, y tal vez pensaba que estaba dando la cara por mí, pero yo sabía que eso no iba a servir de nada, sino que más bien iba a complicar las cosas, como de hecho sucedió. Eva se remangó y dijo: «Sophia no tenía ningún derecho a casarse con mi hijo pero, como no le dejó opción, ahora se merece todo lo que le pase. Antes de casarse se ganaba la vida, pues que siga haciéndolo, eso no le hace daño. Mi hijo es un genio y se merece respeto». Y Peregrine le contestó: «Pero ¿quién le ha dicho que Charles es un genio?». Antes de que ella pudiera responder, dejé el café en la mesa y cogí un sobado trozo de calceta que estaba debajo de un cojín y mostrándoselo a Eva le pedí que me enseñara a tejer el cuello vuelto de un jersey que estaba haciendo para Sandro. Estaba tan enfadada que tragaba saliva como si fuera un pavo, pero nada le gustaba más que enseñarle a la gente cómo se hacen bien las cosas y cogió la calceta en sus manos y me dijo que era el pedazo de calceta más sucio y más desigual que había visto en su vida. Mientras me enseñaba a tejer cuellos vueltos, entró Charles, y Peregrine dijo que tenía que irse. Yo lo acompañé a la puerta y le cogí la mano y me la llevé un instante a la cara para hacerle ver que no estaba enfadada, y luego se fue.

Cuando volví, Eva le estaba contando a Charles lo horrible que era aquel hombre. Me lanzó una mirada de reproche y dijo: «Estoy segura de que ese hombre está enamorado de ti. No es trigo limpio. Ese hombre lleva a sus espaldas más de una barrabasada». Charles y yo no pudimos por menos que echarnos a reír, pero a mí se me ocurrió la tonta idea de que tal vez fuera cierto lo de las barrabasadas y que por eso iba tan encorvado.

Eva se volvió al campo enseguida, así que no tuvimos más complicaciones por ese lado, pero las cosas se pusieron muy tensas entre Charles y yo. A veces me parecía que tenía que haberse enterado de que Peregrine y yo éramos amantes, pero el

asunto no se mencionaba y por lo general le agradaba verlo cuando venía a visitarnos. No obstante, yo estaba todo el tiempo inquieta por Sandro y le echaba a él la culpa de que no estuviera con nosotros. Le escribía largas cartas al pequeño, pero estaba segura de que nadie se tomaba la molestia de leérselas. Y estaba continuamente diciéndole a Charles que teníamos que ir a buscarlo, pero él entonces se ponía distante y decía que el niño estaba mejor donde estaba; en esos momentos yo lo odiaba. Sin embargo, cuando Ann me preguntaba cuándo iba a volver Sandro y luego añadía lo de «¿Y cuándo va a ponerse a trabajar Charles?», yo fingía que no estaba preocupada y le decía que Charles estaba a punto de empezar a vender cuadros de nuevo y que Sandro estaba mejor donde estaba. Aunque yo criticara a Charles, no dejaba que lo criticaran los demás, ni siquiera Peregrine. Era muy extraño, pues ya no lo quería; de hecho, casi lo odiaba.

Peregrine y yo seguíamos viéndonos para comer todos los días. Él me miraba y apenas comía, y a mí me parecía, comiendo con las ganas que yo comía, que era muy poco romántica. Muchas veces también venía a buscarme por las tardes y me acompañaba en el autobús hasta Abbey Road. Una vez que Charles se fue a pasar el fin de semana con James, yo lo pasé con Peregrine. Tenía miedo de que los otros inquilinos de la casa le dijeran a Charles que nos habían visto salir juntos o de que me telefonara y descubriera que no estaba, pero no sucedió nada.

Ese fin de semana supuso el momento cumbre de felicidad al lado de Peregrine. La única parte triste fue que cuando volví a casa, Min Glotón se había salido de la pecera y había muerto asfixiado. Me pareció un castigo divino.

Pasado ese fin de semana, nunca volví a ser tan feliz con él. No era culpa suya, pero a veces lo encontraba opresivo, sofocante, como el aire antes de una tormenta, y me volvía irritable. Estaba nerviosa y bastante triste porque Sandro llevaba ya cinco meses fuera, y todavía no había esperanzas de que volviera. Le dije a Peregrine que dejaría a Charles y me iría a vivir con él si nos llevaba a Sandro y a mí a otro país, donde nunca pudiera encontrarnos la familia de Charles. Dijo que se iba a informar sobre trabajos en el extranjero. Por alguna razón, escogimos Jamaica, y yo saqué algunos libros de la biblioteca sobre la vida en ese país, pero eso fue lo más lejos que llegamos. Así pues, mucho hablar para nada, y Peregrine me decepcionó por no tomarse en serio el asunto. Parecía que me quería mucho, pero no hacía nada por nuestro futuro. Muchas veces decía que le gustaría que tuviéramos un hijo, pero ¿cómo íbamos a tener un hijo si yo todavía vivía con Charles? Ahora, mirándolo con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de que era muy romántico y sentimental, pero a los cuarenta y siete años todavía no tenía ni la fuerza ni la iniciativa para asumir nuevas responsabilidades.

XXIV



Una tarde de principios de junio apareció Ann con aires de importancia y misterio. Pensé que o bien se había echado novio o bien se había cambiado a un trabajo todavía mejor; pero no era ninguna de estas dos cosas. Había recibido una carta de un abogado en la que le decía que habíamos heredado cada una ciento cincuenta libras: la tía abuela Nelly había fallecido y había dejado el poco dinero que tenía a sus sobrinas. Hacía años que no sabía nada de ella; de hecho, me había olvidado de su existencia. Y ahora resultaba que había dejado de existir. Ann le había felicitado las Pascuas todos los años e incluso le había enviado un regalito de la caja que guardaba debajo de la cama. Apenas la recordaba: una viejecita con cara de raposa, que solía llevar un paraguas con un puño de cabeza de loro.

Cuando Ann me dio la gran noticia, me emocioné tanto que, sujetando la cabeza entre las manos, rompí a llorar con sollozos desgarradores. Ann pensó que era una hipócrita, fingiendo que lloraba por la tía Nelly, después de haberla olvidado todos esos años, pero fue el alivio lo que arrancó mis sollozos. Ahora ya podría traerme a Sandro y pagar las pequeñas deudas que habíamos acumulado. También podría comprarme zapatos nuevos, en lugar de llevar siempre los que Ann desechaba, que me apretaban.

Ann dijo que tardaríamos como un mes en recibir el dinero, pero no me importó. Charles entró justo en el momento en que me estaba enjugando las lágrimas en el borde de la falda. Su cara afilada adoptó una expresión adusta cuando vio que había llorado. Creía que iba a armar otra vez lío por Sandro pero, cuando Ann y yo le contamos al unísono las buenas noticias, cambió por completo. Dijo que teníamos que ir al Café Royal a celebrarlo. Yo le pregunté si tenía dinero para eso. Y él contestó que claro que no tenía, pero que estaba seguro de que Ann le prestaría dos libras, y para mi sorpresa, ella se las prestó sin rechistar.

Tuvimos una velada encantadora, y, por primera vez en muchos meses, Charles y yo disfrutamos juntos. Ann también se lo pasó bien. Tomamos pollo y fresas y una botella de vino tinto, barato, pero rico.

Al salir del Café Royal, vimos a Peregrine, que estaba sentado con otros hombres en una de las mesas de mármol. Pareció sorprenderse al vernos salir del comedor; incluso me pareció que le molestó un poco. Al encontrarnos con él así de improvisado, me di cuenta de lo mayor que parecía y también de lo amarillento que estaba. De pronto pensé que menos mal que no nos habíamos ido a Jamaica; allí habría seguido envejeciendo y, tal vez, se habría puesto aún más amarillento.

Al día siguiente le conté la buena noticia, pero no le produjo especial entusiasmo, y dijo que ciento cincuenta libras no era tanto dinero y que me durarían poco. Luego

me preguntó si iba a ir esa noche a su estudio, pues era una de las noches en que Charles iba al club de dibujantes, pero yo le respondí que no podía, porque estaba muy ocupada. Fundamentalmente tenía que pintar la cuna y la sillita alta de Sandro, porque no tardaría en volver a casa y la pintura tardaría en secarse. Puso una expresión de tristeza y reproche, y yo me di cuenta de que me estaba portando cruelmente, pues no iba a pasar nada si retrasaba un día lo de pintar la cuna.

Pero fue una suerte que no quedara en ir al estudio de Peregrine, porque cuando volví a casa, Charles estaba todavía allí, y me había hecho la cena. Había preparado pescado al horno y puré de patata, y había decorado todo con limón y perejil. Era estupendo volver a casa así. Mientras cenábamos le conté que estaba pensando en dejar el trabajo y traerme a Sandro en cuanto recibiéramos el dinero, y él me dijo que, si no era feliz estando separada de Sandro, mejor me lo traía. Si me iba a quedar en casa cuidándolo, la cosa le parecía menos mal. Esa misma noche escribí a los tíos de Charles diciéndoles que dejaba el trabajo y que quería traerme a mi hijo. Y, por supuesto, les daba las gracias por haberse ocupado de él todos esos meses.

Unos días después me contestaron. Parecía que les molestaba que quisiera traerme a Sandro. No me puedo imaginar por qué. No lo querían, como no fuera como una especie de complemento para su hija. Decían que era muy egoísta por mi parte querer traérmelo cuando el único hogar que podía ofrecerle era un diminuto pisito en Londres. En realidad, las dos habitaciones de nuestro piso eran como el triple de grandes que cualquiera de las habitaciones de su casa de campo. También decían que nosotros llevábamos una vida bohemia, que no era la más indicada para un niño de tan corta edad, pero que, si era tan rica que podía permitirme dejar el trabajo, lo mínimo que podía hacer era pagarles algo por los meses que habían mantenido a Sandro.

No supe cómo responder a esta carta pero, para mi sorpresa, Charles dijo que iba a escribirles él y que se iban a enterar de lo que valía un peine. Y, al parecer, funcionó, pues finalmente acordamos que dos semanas más tarde Charles iría a Birmingham, donde se encontraría con ellos y con Sandro. Después de esto empecé a ser muy feliz, y Charles y yo volvimos a salir juntos por las noches. Muchas veces me iba a buscar al trabajo e íbamos al cine o al teatro o simplemente cenábamos en un restaurante italiano económico.

De pronto me di cuenta de que le tenía mucho cariño a Charles, no estaba enamorada de él, pero disfrutaba de su compañía y, al desaparecer el motivo fundamental de rencor, me alegraba de estar con él. Él pareció darse cuenta de mi renovado cariño y volvió a enamorarse de mí. A veces, cuando volvía por la noche, tenía la cena preparada, y si estaba cansada, me obligaba a irme a la cama pronto y me leía. A mí me encantaba todo esto, después de la mala temporada que habíamos pasado.

Lo único malo era que sentía un gran cargo de conciencia por Peregrine. De hecho, ya no me interesaba lo más mínimo. Mi único deseo era no volver a verlo.

Intentaba decírselo, pero era muy difícil. De todos modos, debía de saber que mis sentimientos habían cambiado, porque siempre le estaba poniendo excusas para no ir a su estudio. Se hacía el contradictorio cuando iba a trabajar, y luego volvía a la hora de comer y también por la tarde, si Charles no había llegado primero. Me clavaba unos ojos ardientes y acusadores, como si me quisiera fulminar con la mirada, y a la hora de comer me asustaba. Al igual que él, yo tampoco era capaz de probar bocado, y nos quedábamos ahí mirándonos, mientras la carne y la verdura se nos enfriaba en el plato.

Tras una semana así, vi que tenía que decirle la verdad, así que acepté ir a su estudio, y él pareció agradablemente sorprendido, y cuando salí del trabajo por la tarde estaba esperándome. Hacía bastante calor, y llevaba una chaqueta *blazer* azul marino completamente horrenda, al menos dos tallas por encima de la suya, y una camisa con el cuello desabrochado que era de un espantoso tejido que recordaba al de las bragas de mala calidad. Me agradó verlo vestido de aquella manera. Me resultaba más fácil decirle que ya no lo quería.

Cuando entramos en el estudio, estaba la cena dispuesta, con flores en la mesa y todo, y me volví a sentir fatal. Terminada aquella lastimosa cena, me arrastró al diván y me enlazó con su brazo ardiente. Se estaba preparando una tormenta fuera, y de pronto el cielo se oscureció, y me sentí encerrada. La habitación olía a toallas mojadas y a ratón; aquello se me hacía insoportable. Entonces Peregrine empezó a besarme, y yo me puse en pie de un salto y le dije: «Peregrine, tengo que decirte algo horrible. Es que... ya no te quiero; tampoco quiero seguir con este adulterio». Me horroricé al oírme decir esto, pero me salió sin darme cuenta.

Después todo fue muy penoso. Sucedieron las cosas más espantosas. Hundió la cabeza entre las manos y se echó a llorar. Esto me impresionó y me asustó, y sólo quería salir huyendo de allí, pero fuera llovía y tronaba. Pensé que, en cualquier caso, lo mínimo que podía hacer era tratar de animarlo, pero él no se dejaba. Se me pasó por la cabeza que, de alguna manera extraña, estaba disfrutando con aquello. Me besó el bajo de la falda. Y yo le dije: «No hagas eso. Se me está descosiendo el dobladillo».

Cuando por fin paró de llover, me dejó ir. Me acompañó hasta el autobús. Me agarraba del brazo con fuerza y no dejaba de exclamar: «¡Dios mío! ¡Dios mío!», aunque era ateo y además no serviría de nada decirlo. Cuando llegó el autobús 28, no me fue fácil convencerlo de que no hacía falta que me acompañara a casa, pero acabé prometiéndole que comería con él al día siguiente, aunque no me apetecía lo más mínimo.

La semana siguiente no pudo ser más terrilbe. Me resultaba imposible saber si Peregrine estaba haciendo teatro o sentía de verdad lo que decía. Mi mayor deseo era que desapareciera completamente de mi vida, pero no podía olvidarme de lo atento que había sido conmigo, y sabía que no podía tratarlo mal. Todo esto llegó a preocuparme tanto que empecé a enfermarme y decidí que lo mejor que podía hacer era

dejar el trabajo antes de lo que había pensado, pues así no habría ya ocasión para esas espantosas comidas con Peregrine; únicamente me vería en casa, y Charles estaría también con nosotros.

En esta temporada tan insana sucedió algo bueno. Francis puso a Charles en contacto con un tipo que estaba a punto de abrir una pequeña galería que se dedicaría sobre todo a pintura inglesa contemporánea, y acordaron que, en cuanto se inaugurara, Charles estaría de encargado por las tardes. El salario sólo sería de una libra a la semana, pero Charles podría exponer cuadros suyos, por lo que tendría alguna posibilidad de que se vendieran. Me sorprendió y me agradó mucho que Charles aceptara el trabajo; casi parecía que lo estuviera deseando, pero podría deberse a que quería complacerme.

XXV



Charles había ido hasta Birmingham a recoger a Sandro, y yo tendría que haber estado desbordante de felicidad, pero no lo estaba. Estaba muerta de miedo, porque volvía a estar embarazada, y era de Peregrine. Estaba de dos meses o así. Al principio, con el entusiasmo del dinero y todo lo demás, no había notado nada. Me había olvidado hasta del período pero, cuando pasó otro mes, me di cuenta de lo que había sucedido. ¿Por qué tenían que escogerme a mí todas las criaturas, y siempre en el momento más inoportuno? Charles y yo habíamos sido muy felices en los últimos tiempos, y ahora todo se vendría abajo. Todavía no le había dicho nada a Peregrine, y pensé que, quizá, era un buen momento para decírselo mientras Charles estaba fuera. Esperaba sentirme un poco mejor cuando se lo hubiera dicho. Ya no sería únicamente responsabilidad mía. En los últimos días había estado tan embotada que no podía ni pensar en qué iba a hacer en el futuro.

Salí al teléfono público, que estaba en el vestíbulo de la casa y marqué su número. Pareció encantado de oír mi voz. Hacía más de una semana que no nos veíamos. Dijo que le encantaría venir a comer. Yo me dije que seguramente no se lo iba a pasar tan bien como esperaba. Fui a la tienda y compré huevos para hacer una tortilla y unas frambuesas. Compré bastantes, para que Charles y Sandro las tomaran a la hora de la cena. Era una maravilla tener dinero para comprar cosas así.

Cuando llegó, vi que Peregrine estaba en buena forma. Parecía creer que yo había cambiado de opinión. No paraba de repetirme lo contento que estaba de verme y lo guapa que estaba. Después de comer, mientras tomábamos el café, le di la noticia. Me interesaba ver su reacción. Siempre me había dicho que deseaba tener un hijo. Su mujer no había querido tenerlo, ésa era una de las cosas por las que habían discutido. Y yo pensé: «Si me quiere de verdad y quiere tener un hijo, lo mejor para todos será que deje a Charles e intente empezar una nueva vida; no puede ser mucho peor que la que he tenido hasta ahora».

Me limité a decir: «Voy a tener un niño, y es tuyo. Estoy de dos meses».

Puso cara de susto, parecía una gallina espantada. Luego se quedó pensativo, y por fin dijo, en tono vivo: «Pero ¿podrán volver a operarte, no?».

Y yo dije: «No, no quiero operarme otra vez».

Así que se volvió a quedar pensativo y me sugirió que hiciera creer a Charles que era suyo. Que fingiera que era prematuro, así podría decir que era de él.

Y yo le dije: «Charles detesta a los niños, y apenas si puede mantener al suyo, así que no sé por qué iba a mantener al tuyo».

Debí de sonar bastante furiosa, porque puso una cara muy triste y luego se la ocultó entre las manos, pero al poco se animó y dijo: «Bueno, a lo mejor nace

muerto».

Después de esto, sólo pensé en deshacerme de él. Así que fingí que tenía que salir, y él dijo que mejor se iba a casa. Parecía contento de tener una excusa para irse pero, antes de salir, me besó y me dijo: «No dejes de decirme si puedo hacer algo para ayudarte», y salió al sol y se marchó.

Entonces me tumbé en el sofá y lloré hasta ponerme enferma. Se me ocurrían ideas descabelladas, como meterme monja, pero seguramente no te dejaban ser monja si estabas embarazada. Sentirte herida y profundamente triste te quita el sueño por la noche, pero de día sucede casi lo contrario: me quedé como aturdida y me entró mucho sueño. Luego devolví un poco más y, de pronto, me quedé dormida.

Cuando me desperté, estaba muy tranquila. Miré el reloj y vi que apenas faltaba una hora para que llegara Charles con Sandro. Fui al dormitorio y allí estaba la cuna de Sandro, preparada y aireada. Encima tenía un osito de peluche nuevo; era uno de esos que gruñía. No había nada que pudiera hacer, así que me hice un té y fregué los platos de la comida mientras me lo tomaba. Luego me senté en los escalones que bajaban al jardín. Me fumé uno de los cigarrillos de Charles, algo que casi nunca hacía, pero pensé que me tranquilizaría mientras hacía planes para el futuro.

Estaba claro que Peregrine no me iba a ayudar, pero tenía ciento cincuenta libras, menos las cinco que le debía a Ann. Con esto podía huir. Tal vez podía poner un negocio, una librería o así pero, si me llevaba a Sandro conmigo, la familia de Charles me buscaría hasta encontrarme y se llevarían a Sandro. Por otro lado, podía tomar la vía más fácil y dejar que Charles creyera que era suyo, un niño prematuro. Cuando naciera podría decirle la verdad. Lo malo de esto era que para entonces las ciento cincuenta libras ya se habrían acabado, y no tendría con qué huir, en el caso de que no quisiera saber nada de mí cuando se enterara de la verdad. Luego pensé que debía decirle que esperaba un niño lo antes posible, esa noche mismo, si no estaba demasiado cansado. Si no soportara la idea, como era probable, le diría que no tenía de qué preocuparse, me iría llevándome a Sandro. Si no le decía nada de Peregrine, su familia no podría quitarme al niño tan fácilmente.

Entonces llegaron Charles y Sandro y yo les preparé la cena. Pero Sandro estaba tan excitado que no quería comer ni beber nada; correteaba por todo el piso, abriendo y cerrando las puertas y parloteando tan deprisa que no entendíamos lo que decía. Por fin descubrió el cajón de sus juguetes y se sentó y lo sacó todo. La mayor parte eran baratijas rotas, pero parecía muy contento de volver a verlas. Me costó convencerlo para que dejara aquel confuso montón de juguetes medio rotos. Lo bañé y lo acosté; pensé que la tía de Charles se quedaría pasmada si lo viera sentado en la cama comiendo frambuesas con nata bien espolvoreadas de azúcar.

Cuando terminamos de cenar y Charles estaba fumando y apurando el vaso de cerveza, le dije que estaba embarazada, pero, en lugar de mostrarse abatido, fue muy comprensivo. Me quedé tan sorprendida que se me saltaron las lágrimas y se me hizo un nudo en la garganta. Dijo que a lo mejor esta vez era una niña, que le gustaría

tener una hija, y que me iba a mimar un montón esta vez para compensar los malos tiempos que habíamos pasado. Y yo me sentí más culpable y perversa que nunca.

XXVI



Decidimos que sería buena idea cambiarnos de nuevo de casa. Habíamos pasado una temporada muy triste en aquel piso y creímos que lo mejor sería volver a empezar en otro lado. Yo no podía dejar de sentir esto: «Si voy a dejar a Charles más o menos dentro de siete meses, no merece mucho la pena mudarnos». Pero me estaba volviendo muy cobarde y no dejaba de esperar que sucediera algo, algún milagro, y que Charles y yo no tuviéramos que separarnos.

Así que empezamos a buscar piso. Buscábamos algo cerca del gran parque de Hampstead o de Primrose Hill. Yo me moría de ganas de tener baño propio y que no hubiera siempre alguien llamando a la puerta. Si dejabas tus toallas y tu jabón en el baño, seguro que alguien las utilizaba, y la bañera siempre tenía una rodete negro de porquería. Una vez que vino a vernos el padre de Charles, se bañó y se olvidó de quitar el tapón, y una vecina mayor, que era horrible, vino corriendo detrás de él y le dijo: «Viejo asqueroso, vuelva inmediatamente a quitar el tapón de la bañera». Y él fue, claro.

Apenas sin dificultad encontramos una planta baja con jardín de lo más conveniente. Era un sitio bastante pequeño, pero tenía cocina y baño. Estaba recién arreglado y pintado en colores suaves, y el cuarto de estar tenía *parquet* del de verdad, de gruesos tablones de madera, y no de esas planchas finas que se ponen sobre cualquier otro suelo. Había un pequeño cuarto de baño, con agua caliente y todas las comodidades, y un dormitorio que daba al jardín. La cocina era muy chiquitita. Posiblemente había sido un armario empotrado. Sólo había espacio para un fregadero, una cocina y una mesa plegable que se bajaba cuando no estaba en uso. En las paredes había muchos estantes, y podías cocinar toda una cena sin dar un paso.

Este piso estaba en Belsize Square, de modo que estábamos muy cerca de Primrose Hill. Nos trasladamos a finales de julio y, en cuanto estuvimos instalados, dimos una fiesta, para que nuestros amigos supieran dónde estábamos viviendo. Bumble Blunderbore, a quien hacía mucho tiempo que no veíamos, también apareció. Traía con él a una «gran mujer», que era una mujer grande de verdad. Medía más de un metro ochenta y era muy bella, de una belleza totémica, con unos ojos inmensos que te clavaban la mirada, como el haz de unos faros. Se le llenaba la boca diciendo lo buena modelo que era y cuánto le inspiraba en su trabajo. Por el momento, no había conseguido terminar ninguno de los bustos de ella que había comenzado, pero, cuando lo consiguiera, sería la mejor obra de su vida. Todo eso me sonaba. Peregrine también estaba en la fiesta. Me cuidé de que sólo viniera a casa cuando había más gente.

Unos días después de la fiesta hicimos algo que no habíamos hecho nunca juntos:

fuimos de vacaciones a la playa. Fuimos a Walberswick, y James y, claro está, Sandro vinieron también. Charles se pasaba el tiempo pintando, yo me tumbaba al sol y me puse muy morena, y Sandro vio el mar por primera vez. Cuando no hacía sol, íbamos a dar largos paseos por el bosque. Por las tardes, intentaba tejer ropita de bebé. A James se le daba muy bien el punto, y me hizo un montón de cosas. La gente que pasaba por delante de la casita que habíamos alquilado miraba sorprendida al ver a James, con sus gafas de montura de concha, sentado tranquilamente a la puerta tejiendo un jersey de recién nacido.

Estuvimos quince días fuera, y el cambio me hizo mucho bien. Muchas veces me olvidaba de que el niño que esperaba no era de Charles, y empecé a sentir una gran placidez. Al volver a Londres, compré una radio. Como pasaba tanto tiempo en casa, estaba bien tenerla. No teníamos licencia, porque creía que sólo la gente que las compraba a plazos tenía que tenerla. Pero para cuando caí en la cuenta de mi error, ya nos habíamos quedado sin radio. Otra cosa maravillosa que teníamos era nuestro propio teléfono, y le pusimos un cable extralargo para poder hablar incluso desde el baño. Al tener a Sandro de nuevo en casa, ya no podíamos salir tanto por la noche, pero la gente venía a vernos, y yo me quedaba contenta en casa, cosiendo o leyendo, y además siempre podíamos oír la radio. A veces, Charles salía él solo, pero a mí no me importaba. Disfrutaba haciéndole ropita al nuevo bebé, porque podía comprar telas buenas y bonitas. Estaba decidida a que tuviera cosas nuevas y lindas, aunque me hubiera caído sin quererlo.

La familia de Charles se indignó cuando se enteró de que íbamos a tener otro niño. Paul nos escribió y nos dijo que no volvería a ayudarnos pero, como todo lo que nos había dado en los últimos tres años eran doce libras, no nos preocupamos mucho. Eva dijo que yo no tenía miramiento alguno por Charles y que tenía que controlarme y poner coto a todos aquellos embarazos. Y en este caso, me pareció que sus comentarios eran bastante justificados.

Llegó el invierno, pero ese año tuvimos todo el carbón que quisimos. Era maravilloso tener la estufa encendida el día entero y no salir a trabajar, tener siempre qué comer, sábanas limpias todas las semanas y agua caliente en abundancia: disponer de todo esto a un tiempo era casi increíble. A veces, por la tarde, cuando ya había hecho la casa e ido a la compra, mientras Sandro dormía la siesta, me ponía a esculpir, pero nunca llegué a hacer el molde de nada, porque no quería ensuciar nuestro bonito piso. Casi todos los días eran iguales, pero eso no me preocupaba. Por las tardes, Charles se iba a la galería; estaba muy contento con ese trabajo. Hizo nuevos amigos y muchas veces salía con ellos por la noche. Alguna vez los traía a cenar, y yo hacía platos especiales. Lejos quedaban los días en los que todo lo que cocinaba sabía a jabón.

Conforme iba engordando y teniendo más tripa, Peregrine empezó a venir menos; supongo que no le gustaba verme así, aunque no estaba especialmente fea o abultada. No engordé de culo esta vez. Entonces vino un día y nos dijo que había perdido su

trabajo de crítico de arte. Lo sentí mucho por él y esperé que tuviera bastante dinero ahorrado, pero la siguiente vez que vino parecía muy deprimido y tuve la triste sensación de que andaba mal de dinero, pero él no lo dijo.

Me acercaba al momento de salir de cuentas. Charles se había olvidado completamente de las fechas, por lo que no tuve que fingir nada ni mentir. Lo había dispuesto todo para ir a un sanatorio bastante cerca de la casa, donde tendría una habitación sólo para mí. No era muy cara, pero emplearía en dar a luz lo que me quedaba del dinero de la tía Nelly. Sandro se iría a casa de unos amigos de Charles mientras yo estaba en el sanatorio. Vivían a las afueras de Londres y tenían hijos. Eran una gente con más fundamento que la mayoría de los amigos que solía hacer Charles. Me alegré mucho de poder hacerlo así, pues no quería que Sandro volviera a quedarse nunca con ninguno de mis parientes políticos.

Una mañana, poco antes de llevarlo con los amigos de Charles, salí al jardín para ver qué andaba haciendo. Lo encontré sentado en el cubo de basura leyendo un cuento; al menos mirándolo atentamente. Cuando se percató de mi presencia, saltó al suelo y, antes de poder pararlo, cogió un palo muy largo y me dijo: «Mira, estrellas, mami», al tiempo que me golpeaba con el palo en la cabeza. Por poco me desmayo del susto, y él, al ver que me había hecho daño de verdad, se afligió mucho. Cuando me hube recuperado un poco, me señaló con su dedito sucio y tembloroso una ilustración del libro en la que se veía un mono golpeando a un hombre en la cabeza, de la cual salían disparadas unas grandes estrellas. Eso era lo que esperaba que saliera de mi cabeza si me daba con bastante fuerza. Esa tarde lo llevé a la casa de los nuevos amigos de Charles, en parte porque en mi estado me resultaba difícil controlarlo y en parte porque el médico vino a verme y dijo que el niño podría nacer cualquier día, aunque ya se sabe que los niños no suelen nacer de día; por alguna razón desconocida prefieren nacer de noche.

XXVII



Unos días después de llevar a Sandro, tuve la sensación de que me estaba poniendo de parto. Estuve todo el día muy inquieta e incómoda y, mucho antes de la hora en que solía regresar, empecé a desear que Charles estuviera en casa. No le gustaba que lo llamara a la galería, pero en ese momento deseaba de verdad hablar con alguien. Una gran soledad parecía haber invadido la casa, así que telefoneé a Peregrine, pero me contestó un desconocido que me dijo que el señor Narrow había dejado el estudio hacía algún tiempo, y me dio su nuevo número. Lo apunté, pero no lo llamé. Me sorprendió que no nos dijera que se había trasladado. Lo habíamos visto hacía tres días, y no había dicho nada. Pensé que posiblemente se había trasladado a una habitación o a un piso más barato y le daba vergüenza que lo supiéramos.

Después de todo, no le dije nada a Charles de que tenía la sensación de que el bebé estaba a punto de salir, porque para él, hasta que no estaban prácticamente fuera, no había nada que hacer, y además, una vez que lo vi en casa, me recuperé bastante, cené copiosamente y no pareció sentarme mal. Sin embargo, a medianoche, me empezó a doler la tripa, así que me senté en la cama y dudé si despertar a Charles. Entonces vi al espíritu de mi madre sentado en la mecedora, meciéndose de una manera bastante normal, así que decidí despertar a Charles y le dije: «Mira, ahí está el espíritu de mi madre. Debe de haber venido a decirme que es hora de ir al sanatorio. En realidad, me encuentro bastante mal». Entonces Charles también la vio, pero a él no le gustó. Saltó de la cama y encendió la luz; la mecedora estaba vacía, pero todavía se mecía. Nos vestimos, porque yo estaba segura de que quería que nos fuéramos al sanatorio, pero ver a un espíritu había puesto a Charles un poco de mal humor. Luego me contaría que se asustó tanto que, mientras estuve yo fuera, no apagó la luz ninguna noche.

Salió a buscar un taxi, y cuando fui a entrar yo, había un vagabundo sentado delante, al lado del taxista. Al llegar al sanatorio, el taxista y el vagabundo entraron con nosotros y se sentaron en un banco en el vestíbulo. A mí me bajaron al sótano y una matrona me examinó y me dijo que, aunque no hubiera tenido muchos dolores, el bebé venía ya de camino. Así que Charles salió al vestíbulo y esperó al lado del vagabundo y del taxista pero, cuando llegó el médico, les hizo señas para que se fueran.

Aunque esta vez tuve un parto un poco más complicado, fue maravilloso poder estar tumbada en la cama, sin que estuvieran molestándome todo el tiempo y metiéndome prisa, y además no me daba vergüenza. El bebé tardó mucho tiempo en salir, y cuando por fin salió, yo estaba tan cansada que me daba igual si era niño o niña o si estaba vivo o muerto. Después de dormir un rato, me interesé un poco más;

no obstante, no pedí que me lo enseñaran, por si acaso se parecía a Peregrine o por si tenía alguna marca que delatara que no era hijo de mi marido. Entonces Charles entró a verme y me dijo que era una niña muy bonita. Estas palabras supusieron un gran alivio, y la enfermera la sacó de la cuna y me la dio. Me sorprendió ver una recién nacida tan guapa. Tenía el pelo negro y largo, unas mejillas sonrosadas y una boquita enmarcada con hoyuelos. No estaba nada enrojecida y enseguida la quise.

Estuve dos semanas en el sanatorio. Charles venía a verme casi todos los días. Parecía que le gustaba la pequeña y le hizo varios dibujos dormida. Yo no me atrevía a decirle que él no era el padre hasta que no volviera a casa. Me dolió mucho que Peregrine no hubiera venido a verme. Sabía que había nacido la pequeña. Charles me dijo que se lo había encontrado al día siguiente de que yo diera a luz.

Cuando volví a casa, vi que Charles había cogido una asistenta para limpiar la casa y todo estaba perfectamente limpio y ordenado. Tomamos el té y le di a la niña la toma de las seis. Tenía mucho apetito, no como Sandro, que había sido muy delicado para comer. Cuando la acosté, Charles se puso muy inquieto y después de ir y venir por el cuarto, farfullando «bueno, bueno», de pronto dijo: «Me acabo de acordar de que he quedado con un tipo para cenar. Cuando quedé no me di cuenta de que era el día en que tú salías del sanatorio. Ahora ya es tarde para retrasar la cita. ¿Te importa mucho si me voy?». «No, claro que no —dije—, ve». Así que se apresuró a salir, como un niño que te arranca un rato más para seguir jugando.

A la noche siguiente se vino directamente a casa desde la galería, pero después, muchas veces no llegaba hasta las nueve o las diez, cuando no a la una de la madrugada. Parecía que había hecho todavía más nuevos amigos desde que estuve en el sanatorio. A veces traía a casa a algunos de ellos, pero parecían una gente aburrida e impaciente; y a veces invitaba a uno o dos a cenar, y yo preparaba una comida deliciosa, pero ellos no aparecían y cuando volvían a verlo, le decían que en el último momento no les había apetecido hacer el largo y complicado trayecto hasta Belsize Park. Entonces Charles decía que si tuviéramos un piso en Bloomsbury o en el Soho no estaríamos tan aislados de todo. A mí me encantaba el piso en el que vivíamos. Ya empezaban a apuntar todos los bulbos que había plantado en el jardín. En el Soho no había jardines. Casi me había olvidado de que iba a dejar a Charles, de modo que realmente no era asunto mío si él se trasladaba al Soho o a donde fuera.

Sandro estaba muy interesado en la nenita. Solía preguntar si era una princesa. Le daba celos que Charles la dibujara pero, cuando la pintó, se puso al lado del caballete con cara muy triste y dijo: «Lo que pasa es que en esta casa nadie me pinta». A Charles le conmovió y le hizo un retrato, que le salió muy bien. A la niña le pusimos Frances Charlotte de nombre, pero enseguida empezamos a llamarla Fanny.

Eva vino a verla y dijo: «Esta niña no se parece en nada a Charles. No ha habido ningún bebé que se le parezca en la familia». Así que yo le respondí: «Siento que te haya decepcionado. En realidad, se parece a la mía». Eva no conocía a nadie de mi familia, sólo a mí, así que no me arriesgaba mucho diciendo esto. Cuando llevaba

unos diez días en casa, apareció Peregrine. Al principio me había sentido muy desgraciada porque no había venido a ver a su hermosa hijita, pero para entonces casi me había olvidado de él. Cuando vino, sin embargo, enseguida recordé que había planeado ser lo más horrorosa que pudiera con él, así que puse cara de pocos amigos y me mostré hosca, pero él parecía tan contrito y humilde que acabé perdonándolo. Dijo que no había venido antes porque creía que me molestaría su presencia. Pensé que era una débil excusa, pero se salió con la suya, porque me ablandó verlo tan impresionado por la belleza de Fanny. Se quedó a tomar el té y le pregunté por qué no nos había dicho nada de que se mudaba de casa. Pareció avergonzado, y luego dijo que estaba viviendo con unos familiares, y no podía recordar por qué razón no nos dijo en su momento que se mudaba. Así que pensé: «¡Pobre hombre! Está tan mal de dinero que no tiene ni para el alquiler».

Al día siguiente volvió, y trajo un bonito estuche con un cepillo y un peine para Fanny, y un camión rojo lleno de ladrillos para Sandro. A partir de entonces empezó a venir casi todas las tardes. Estaba completamente fascinado por Fanny. Muchas veces venía en un coche que le prestaban sus parientes y, cuando empezó a hacer buen tiempo, a veces nos llevaba al campo. A mí me encantaban esas pequeñas excursiones.

Cuando Fanny tenía mes y medio saqué del banco las últimas cinco libras, y ahí se acabó mi cuenta corriente. No tenía más dinero. Las cinco libras me dieron para los gastos de la casa de dos semanas más. Luego tuve que empezar a pedirle dinero a Charles. Él sólo ganaba una libra a la semana, y por las noches se gastaba mucho más con sus nuevos amigos. Supongo que empezó a pedir dinero prestado porque a veces me daba una libra, pero con eso apenas podía pagar la comida de unos días, y el resto de la semana no había nada. Le conté a Peregrine que se me había acabado el dinero, pero él sólo dijo: «¡Qué pena!». Y ahí quedó todo. Puede que él estuviera también sin blanca. Empecé a tener miedo y a deprimirme, y pensé: «Éste es el castigo que me merezco por ser una adúltera». Entonces me acordé de que antes de serlo era todavía más pobre, así que tal vez fuera un castigo por algo que había olvidado.

XXVIII



Charles salía cada vez más por la noche, y después de acostar a los niños, la casa se quedaba muy solitaria y triste, y además no había nada que cenar, con lo que el tiempo pasaba más despacio. Peregrine se solía quedar hasta las siete. Le gustaba verme acostar a Fanny y darle de mamar. Un día le pregunté a Charles si podía irlo a buscar a la galería, para luego irnos a algún lado. Me dijo: «Claro, cariño», pero me di cuenta de que no le apetecía, así que no llegué a ir. En cualquier caso, habría tenido que volver corriendo para la toma de la diez de Fanny. Empecé a sentirme torpe y como una carga para Charles, y me preguntaba si por el hecho de haber tenido dos hijos me había vuelto fea y poco atractiva. Me miraba al espejo durante horas, pero parecía la misma de siempre; a lo mejor estaba tan acostumbrada a verme que no distinguía la diferencia entre antes y después. Le pregunté a Peregrine si había cambiado para peor, y me dijo que todavía era guapa y que todavía me amaba. Me sentí muy agradecida de saber que alguien me quería.

Entonces me contó que no tenía un verdadero trabajo y que sólo tenía el poco dinero que ganaba con unas clases. Y también me dijo que creía que era cuestión de tiempo que le saliera trabajo de nuevo en un periódico, y que cuando le saliera esperaba que me fuera a vivir con él y me llevara a los niños. Le dije que lo pensaría y, cuando se fue, lo pensé. Me metí en la bañera, que siempre ha sido el sitio en el que mejor pienso, y me concentré. En las últimas semanas había vuelto a tomarle aprecio a Peregrine. En parte, por Fanny y, en parte, porque se había portado bien cuando me sentí sola. Parecía que Charles no quería saber nada de mí, así que tal vez sería para él un alivio si le dijera que lo dejaba y que me llevaba a los niños. Tal vez, hasta podía hacerlo sin decirle nada de Fanny. Desde el principio, había sido una cobarde en este asunto. Todavía le tenía cariño a Charles. En los últimos tiempos nos habíamos distanciado mucho. De no haberme sentido tan culpable, habría intentado que volviera a interesarse por mí; tal como estaban las cosas, no podía censurarlo porque saliera y me dejara sola todas las noches, ni tampoco podía quejarme de todo el dinero que gastaba cuando ni siquiera teníamos para comer. Me figuraba que me lo tenía merecido. Así que, pensando en la bañera, llegué a la conclusión de que lo mejor para todos era que me fuera con Peregrine.

Al día siguiente vino un hombre a cortar el gas. Hacía bastante tiempo que la compañía venía amenazándonos con cortárnoslo. Más tarde nos cortaron la luz, y luego el teléfono, aunque todavía podíamos recibir llamadas. Echaba de menos el gas. No teníamos con qué cocinar ni tampoco agua caliente, así que me resultaba difícil lavar la ropa de los niños. Intenté lavar los pañales con agua fría, pero no quedaban bien. Y no nos podíamos bañar, lo que era horrible.

La casa estaba tan poco acogedora que Charles apenas aparecía por ella. Sin embargo, compró un quintal de carbón, y yo intenté cocinar en la chimenea, pero se ponía todo perdido y el carbón no duraba nada. Por las tardes llevaba a los niños a Primrose Hill y llenaba el cochecito de palos, que me eran útiles para poner cacharros de agua a hervir. Cuando Peregrine venía a verme, se afligía mucho por la situación en la que nos encontrábamos. Dijo que le gustaría ayudarnos, pero que él también estaba sin blanca; una tarde, no obstante, nos trajo un pollo y ensalada e hicimos un *picnic*. Yo guardé bastante para que Sandro tuviera al día siguiente. Le dije a Peregrine que, si de verdad nos quería a su lado, yo me iría con gusto, pero que, si esperábamos mucho más, nos moriríamos antes de inanición.

Ann vino un día a verme y me dijo que le apetecía un té. Intenté disuadirla, pero ella insistió y tuve que encender unos palitos en la chimenea para calentar el agua. Pensó que estaba chiflada, y tuve que explicarle lo que había pasado con el gas. Me preguntó por qué no me compraba un infiernillo eléctrico y entonces tuve que decirle que también nos habían cortado la luz. Se quedó consternada y me dijo que debía de ser una derrochadora para haberme gastado todo el dinero de la tía Nelly en un año. A ella todavía le quedaban más de cien libras. Le dije que se me había ido todo en comida y en pagar el alquiler y los gastos del nacimiento de Fanny; ciento cincuenta libras no era tanto dinero para una familia de tres, y últimamente de cuatro. Ella se gastaba como el doble de esa cantidad al año, y vivía sola. Luego me eché a llorar. En los últimos tiempos lloraba mucho. Ann parecía muy atribulada y se fue sin esperar al té. Cuando se marchó, vi que había dejado una libra en la bandeja. Me avergonzaba cogerla, pero me serviría para pagar la leche de varias semanas, así que me la guardé. No se lo dije a Charles. Al quedarme sola, después de que se fuera Ann, me invadió una gran tristeza. No podía sino recordar lo esperanzada y alegre que me había puesto cuando vino a contarme lo de la herencia de tía Nelly, y ahora las cosas estaban mucho, mucho peor que antes. Esa noche, cuando vino Peregrine, volví a ser su amante. Parecía que daba igual si eras buena o mala; en cualquier caso, todo era espantoso.

XXIX



A partir de entonces las cosas fueron cada vez peor, y para colmo, caí enferma. Todo empezó con que no podía dormir por la noche, y de día de repente me ponía a temblar hasta que me castañeteaban los dientes, y a veces me desmayaba. Una cosa buena era que nunca tenía hambre. Ya no podía alimentar a Fanny, pero el lechero fue muy amable y me seguía trayendo la leche, aunque le debíamos bastantes semanas. Le dije a Peregrine lo difícil que era comprar leche para Fanny pero, aunque parecía que la quería, nunca se ofreció a pagar la cuenta del lechero, y yo no me veía capaz de pedírselo. Por la noche, cuando no me podía dormir, se lo reprochaba, pero procuraba no pensar en ello, porque él era la única persona en la que podía confiar en ese momento y, si perdía la confianza en él, no tenía a quién recurrir. Apenas veía a Charles ya. A veces pasaba varios días seguidos sin aparecer por casa.

Una mañana, la gente con la que se había quedado Sandro mientras yo estaba en el sanatorio me telefoneó para decirme que se habían enterado de que no me encontraba muy bien y pensaban que tal vez me ayudaría volver a dejarlo con ellos una o dos semanas. Me agradó el ofrecimiento, porque estaba muy preocupada por su comida. Llevaba semanas alimentado con los huevos y la sopa en lata que nos suministraba el lechero. Lavé y planché su ropa lo mejor que pude en aquellas circunstancias, pero no quedó muy bien. Esperaba que no pensarán que era una madre sucia.

Lo llevó Charles, porque a mí me resultaba difícil moverme con Fanny. Para mi sorpresa, esa tarde volvió pronto. Me dije que había sido muy amable porque debía darse cuenta de que echaría de menos a Sandro. Me las apañé para hervir unos huevos e incluso hacer café en la llamita que proporcionaba la leña menuda que recogía, y me sentí más alegre de lo que había estado en los últimos tiempos. Me agradó que Charles viniera a casa. No habló mucho. Parecía sumido en sus pensamientos. Y entonces dijo: «No podemos seguir así. ¿No podrías irte a pasar una temporada con tu hermano?».

Me sorprendió mucho y le dije que mi hermano se había olvidado de mí desde que me quedé con ellos más de la cuenta cuando los visité al nacer Sandro. Estaba segura de que no querría acogerme otra vez. Además, no teníamos dinero para el viaje, y, con dos niños, quién iba a querer acogerme. Me dijo que él se encargaría de encontrar el dinero para el viaje si yo encontraba adónde irme. Y yo le respondí: «Sencillamente no tengo adónde ir, como no sea con tus parientes, y a ellos no pienso recurrir». Y él dijo: «No estaba sugiriendo que te quedaras con ellos; tiene que haber algún otro sitio».

Parecía muy preocupado y no paraba de contener el aliento, como si fuera a decir

algo, pero no dijo más. Estábamos los dos acurrucados, cada uno en un extremo de la cama turca. Casi se había hecho de noche, y yo tenía miedo de lo que fuera a decir a continuación. Estuvimos un rato en silencio, y entonces Charles dijo: «Voy a ser sincero contigo. Supongo que te haces una idea de lo que voy a decirte, me he dado cuenta de que ya no te quiero. Te aprecio mucho, pero detesto esta vida doméstica. Los niños son muy bonitos, pero no significan nada para mí. No me siento padre y nunca he querido serlo. Puedo parecer inhumano y egoísta, pero no me queda más remedio que serlo, la vida es muy corta, y la juventud se nos va rápidamente. Tengo que ser libre para disfrutarla, sin sentirme agobiado por las responsabilidades».

Y yo le dije: «¿Fuiste muchas veces al teatro a ver *Peter Pan* cuando eras pequeño?».

«Estás mal de la cabeza. ¿Qué tendrá que ver una cosa con otra?».

Yo no contesté, pero lo que quería decir era que parecía que Charles tenía una especie de complejo de Peter Pan, que no podía soportar las responsabilidades, y que para él yo era una Wendy sentimental y gruñona, llena de complejos de maternidad, a la que sólo le interesaban las comodidades de la clase media, las camisetas de lana y ese tipo de cosas, pero yo no era así en absoluto. No se lo podía explicar, así que le dije: «De acuerdo, Charles. Entiendo cómo te sientes. Pero yo no soy una de esas mujeres gruñonas y asfixiantes que te crees que soy, y, claro está, nos separaremos. Haré planes. Ya tengo algunos en la cabeza, así que no te preocupes».

Charles de pronto me besó en la coronilla. «No creo que seas asfixiante. Eres muy dulce, y me siento muy culpable por ti y por los niños. A veces casi te odiaba por eso. Últimamente te he sido infiel, pero no quiero a ninguna otra mujer. Nunca volveré a querer a nadie. Tengo que ser libre».

Se acercó a la ventana y se puso de espaldas a mí, mirando los narcisos del jardín. Cuando se volvió, casi parecía tener los ojos empañados de lágrimas, y nos miramos y entonces se fue y yo me quedé sola en el piso con Fanny.

Lo que más me apetecía era irme a la cama, aunque todavía era muy temprano. Sentía escalofríos y me dolía la garganta, pero tenía que irme antes de que volviera Charles. Fui al teléfono para llamar a Peregrine, pero ya antes de levantar el auricular recordé que nos lo habían cortado. Así que me fui al dormitorio. Fanny estaba tan guapa, durmiendo tan tranquila que daba pena despertarla. Junté algunas prendas de vestir y artículos de aseo y los metí en una maleta, y cogí un chal grande y suave con el que envolví a Fanny, levantándola suavemente de la cuna para no despertarla, y dejamos la casa para siempre.

Peregrine se había trasladado a Chelsea, así que caminé hasta Swiss Cottage para coger el autobús 31. No era fácil llevar una criatura en brazos al mismo tiempo que transportaba una maleta, pero el autobús llegó enseguida. Por desgracia, apenas tenía dos peniques en la bolsa y no pude pagar el billete hasta Chelsea. Nos tuvimos que bajar en un lugar espantoso llamado Chippenham. Se estaba haciendo tarde, y se veían hombres que iban cantando, medio borrachos, lo que era bastante deprimente.

Olía por todas partes a pescado frito. Veía a través de las ventanas sin cortinas habitaciones abarrotadas de muebles, con camas de hierro y sábanas de dudosa limpieza. Todavía había niños jugando a la puerta de las casas. Algunos se habían hecho columpios con una cuerda atada de una barandilla a otra de los escalones de entrada; daba pena verlos. Me asustó que mis hijos tuvieran que vivir así alguna vez, y me alegré cuando llegué a Notting Hill Gate.

Me senté en los escalones de la estación, con Fanny en mi regazo. Estaba agotada y me dolía mucho la garganta; tenía que estar tragando todo el rato. Seguí caminando e intenté apurar el paso, porque los parientes de Peregrine iban a encontrar un poco raro que apareciera en plena noche. Esperaba que les hubiera hablado de mí. Se me cansaban los brazos, y entonces me colgué a Fanny del hombro con el chal, pero no lo até bien, y el nudo se deshizo. Conseguí sujetarla justo antes de que cayera al asfalto. Me quedé horrorizada porque podría haberla matado y me apoyé contra un muro, temblando y apretando a Fanny contra mi pecho, tan fuerte que la criatura se despertó y rompió a llorar. Al llegar a Fulham Road, vi que había perdido la maleta. Debí de soltarla cuando se desató el nudo. No podía retroceder toda aquella distancia, así que seguí sin ella. Me sentía insegura sin la maleta, y sin dinero en el monedero, como una vagabunda.

Por fin llegamos a King's Road, y ya casi habíamos alcanzado nuestra meta. Recordaba haber oído decir a Peregrine que vivía en una calle enfrente de la alcaldía del distrito. Las calles estaban tan vacías que tenía la sensación de que era medianoche. Esperaba que en casa de Peregrine no se hubieran ido todos a la cama. Estaba segura de que él me iba a recibir bien, pero me asustaban sus parientes. Si no sabían de mi existencia, habría que dar muchas explicaciones, y todo a aquellas horas. Pensaba que la mejor cosa del mundo sería meterme en una cama grande con sábanas limpias y dormir para siempre.

Vi el edificio de la alcaldía y allí estaba Felix Street. A la luz de las farolas, las casas parecían muy bonitas. Todas tenían unas puertas pintadas de colores vivos y poco frecuentes. El número siete la tenía morada. En mi vida había visto una puerta de ese color y la contemplé unos instantes, luego levanté el lustroso llamador y di un golpe suave. Entonces reuní valor y volví a dar otro golpe con más fuerza, que resonó en la calle silenciosa. Se oyó cerrarse una puerta, el taconeo de unos zapatos de tacón fino, y delante de mí vi aparecer a una mujer muy alta que me resultó vagamente conocida. Intenté recordar dónde la había visto.

Y le dije: «Siento lo tarde que es, pero ¿podría ver al señor Narrow?».

La mujer pareció sorprenderse. Tenía una cara alargada y pálida, blandengue, y miraba como una ostra resuelta. Se cruzó la bata morada por delante y dijo: «El señor Narrow se ha ido a la cama. Si eres una modelo y quieres verlo, mejor ven por la mañana. ¡No! Pensándolo bien, no hay ninguna razón para que tengas que venir. En este momento no necesita modelos. Buenas noches».

Empezó a cerrar la puerta y yo grité: «Por favor, no me cierre así. Dígale al señor

Narrow que soy Sophia. Dígale que he venido».

La mujer se quedó con la boca abierta. Parecía asustada o algo y empezó a cerrar la puerta, pero yo me colé. Oí que Peregrine le gritaba algo y entonces apareció de pronto vestido con un batín, el mismo que yo me había puesto el día en que llegamos a su estudio empapados. Tenía en la mano un cepillo de dientes con pasta. Y dijo: «¡Dios mío! Pero ¿qué haces aquí, Sophia?».

Me acerqué a él y le cogí de la mano y le dije: «No me digas que no te pones contento de verme, Peregrine. He venido antes de lo que esperábamos. Dile a esta señora quién soy. ¿No le has contado nada de mí?».

Se ve que no le gustó que la llamara «esta señora», porque enseguida dijo: «Perry, haz el favor de decirle a esta pequeña modelo, o lo que sea, que salga inmediatamente de esta casa». Y para mi sorpresa, él añadió: «Sí, claro, querida. Sophia, sé una chica sensata y vuelve a casa. Te iré a ver mañana por la mañana, de verdad que iré. Pero ahora, por favor, vete. No te das cuenta de lo tarde que es y del trastorno que estás causando».

Era como una pesadilla, y él parecía asustadísimo; el cepillo de dientes le temblaba en la mano. De pronto me di cuenta de que aquella mujer horrible era su mujer, así que dije: «Peregrine, ¿es esta señora tan horrenda tu mujer? Supongo que has vuelto con ella porque te mantiene». Estaba tan enfadada y tan dolida que podría haber dicho mucho más, pero la «señora tan horrenda» me agarró firmemente por los hombros, le ordenó a Peregrine que abriera la puerta, cosa que él hizo sin mirarme, y en un momento me habían puesto en la calle.

Estuve como uno o dos minutos delante de la puerta morada. Quería ponerme a darle patadas hasta echarla abajo y romper los cristales de las ventanas, pero sobre todo quería machacarle la cara a aquella mujer miserable. Imaginé que Peregrine no estaba pasando un buen rato dentro, y me regocijé por ello. Cuando se me pasó la rabia, estaba agotada y sentí pánico. No tenía adónde ir, pero me alejé de allí. Pasado un rato me encontré en el río. No tuve ni la fuerza ni el arrojo de tirarme. Tenía escalofríos, y agradecí el calor que despedía Fanny.

Debí de estar bastante tiempo andando sin saber hacia dónde me dirigía, porque terminé en Fleet Street. En un oscuro callejón encontré un portal que parecía un lugar seguro y pensé que lo mejor era sentarme allí hasta la mañana, y entonces podría pensar mejor. Temblaba de tal forma que se podía oír a distancia cómo tiritaba, y parecía que tenía la garganta en carne viva. Así que allí me quedé, esperando que se hiciera de día.

XXX



Cuando se hizo de día, no me enteré. Oía llorar a Fanny. Parecía que estaba muy lejos. Sabía que lloraba de hambre, hacía muchas horas que no había comido nada. Soñaba una y otra vez que le estaba dando el pecho, y entonces me despertaba sobresaltada, y la pequeña seguía llorando. Me dolía cuando abría los ojos. Una vez vi un corrillo de personas mirándome. Se acercaron e intentaron ver a Fanny, pero les dije que se fueran, y volví a dormirme. Entonces oí a alguien gritar a mi lado y sentí que me tocaban. Era un policía, así que me imaginé que me iban a llevar a la cárcel por estar sentada en una propiedad privada. Intenté ponerme en pie y echar a correr, pero no pude. Entonces me di cuenta de que se habían llevado a Fanny, así que me puse a llorar. El policía me hacía preguntas, pero yo no era capaz de responder. Lo único que podía decir era: «Fanny, Fanny». Así que eso fue lo que escribió él en su libreta. Pasado un rato, me pareció que volvía a quedarme dormida.

Lo siguiente que recuerdo es una comisaría de policía. Fueron muy amables e intentaron darme algo caliente, pero yo estaba demasiado adormilada para beber. Vino un médico y me examinó. Pregunté por Fanny, pero nadie sabía nada. Las lágrimas me corrían por las mejillas, y me sentía muy rara. Intentaba decirles que le dieran de comer a Fanny, pero no me salían las palabras. Recuerdo que me llevaron de aquí para allá. Y entonces tuve una maravillosa sensación de comodidad: por fin estaba en una cama. Pero el corazón me latía tan fuerte y tan deprisa que lo sentía en la cabeza. Había unos biombos alrededor de la cama; en cualquier caso, supe que estaba en un hospital.

Debieron de pasar varios días. Una vez me enseñaron a Fanny. Dijeron que era Fanny, pero no parecía ella. Otra vez, vi a Charles al lado de la cama. Estaba todo vestido de blanco y puso una cara amable; pero me dolía tanto la garganta que no podía hablar.

Una mañana quitaron los biombos, y me encontré en una sala bastante grande en la que había catorce camas. Me dijeron que estaba mejorando y me dieron a beber un caldo con un pistero. Oía hablar a las otras mujeres, y un día o dos después descubrí que todas teníamos escarlatina. Pregunté si podía ver a Fanny, y me dijeron que podría verla cuando estuviera más fuerte. Ella también había pasado la escarlatina. Las enfermeras eran muy buenas y amables, muy distintas de las de la maternidad. Todo era muy tranquilo. Estaba demasiado cansada para pensar en el pasado o en el futuro, y dormía la mayor parte del tiempo. Los domingos había visitas. Temía el momento, porque no quería que nada me recordara la existencia de un mundo exterior. A las tres entraban en tropel los visitantes, todos vestidos con batas y gorros blancos para que no se les pegaran los gérmenes. Un domingo, cuando me estaba

recuperando, vino Charles. Le daba vergüenza verse vestido con esas ropas blancas, de modo que llevaba la bata abierta por delante y no se había puesto el gorro. También parecía que yo le daba vergüenza. Le pregunté por Sandro, y me dijo que estaba muy bien y contento y que a los amigos que lo habían invitado no les importaba quedarse con él hasta que saliera del hospital.

Entonces le pregunté si había visto a Fanny, y me contestó que la había visto una vez. Puso una cara rara al decirlo, y yo me asusté y me entró una gran desazón y le pregunté: «Dime, Charles, ¿ha muerto?».

Y él respondió: «Sí, murió tres días después de que os ingresaran en el hospital. Te la enseñaron antes de que falleciera».

Me invadió una gran tristeza. De alguna manera sabía que había muerto. Pero no me atrevía a preguntarlo por si me decían la verdad, y ahora lo sabía y no tenía escapatoria. Si no la hubiera expuesto a una noche a la intemperie, podría haberse recuperado. ¡Pobrecita, mi pequeña, mi preciosa Fanny! La estupidez y la pobreza habían acabado con su vida. Pensaba que no había esperanza en ningún lado y temía la idea de salir del hospital y tener que enfrentarme a la triste vida que me esperaba. Le dije a Charles que se fuera y me cubrí con la sábana y le pedí a Dios que me llevara.

Y Dios debió de escucharme, porque dos días después tuve una recaída y me metieron en una especie de jaula, que colocaron sobre la cama y llenaron con bombillas que estaban todo el tiempo encendidas. Hacía muchísimo calor. Mi cuerpo ardía y yo sólo quería morirme. No reparaba en la bondadosa enfermera ni tampoco en Charles, cuando venía a visitarme. No quería ni verlo, porque pertenecía a esa vida aterradora a la que no podía enfrentarme. Un día que pasó entero en el hospital, aunque apenas era vagamente consciente de que estaba allí, no dejé de desear todo el tiempo que se fuera. Vino mucha gente a verme. Me empezó a parecer que me separaba de mí misma, como si flotara por encima de mi cuerpo. Era una sensación casi agradable, una vez que te hacías a ella. Entonces pensé: «Me estoy muriendo y tendré que encontrarme con Dios y verlo todos los días, por siempre jamás». Me lo imaginaba como un anciano malhumorado, un poco duro de mollera, con el pelo crespo y vestido con una túnica de rayas, y creía recordar haber leído en la Biblia que tenía los pies de bronce bruñido, y pensé que el cielo debía de ser un lugar incómodo, sin camas ni chimeneas ni sol ni libros ni comida; un lugar donde nunca se veían las hojas mecerse en los árboles, donde todo estaría inmóvil, y Moisés estaría también allí, y siempre aquellos pies de bronce bruñido. Y empecé a rezar: «Por favor, Dios, haz que no vaya al cielo. Haz que descanse en paz en mi tumba». Pero entonces me di cuenta de que Él no iba a estar de acuerdo, pues mis pecados tenían que ser castigados, así que dije: «Por favor, Dios, haz que siga viviendo y que purgue mis pecados ahora, y, cuando los haya purgado, que tenga una tumba tranquila, y no me mandes al cielo».

Dios también debió de escuchar esto, y me arrepentí de haber dicho que era un

poco duro de mollera. Empecé a recuperarme y cada día estaba mejor que el anterior. Pronto saldría del hospital, pero no sabía adónde ir, ni tampoco me preocupaba. Entonces recibí una carta de mi hermano. Ann le había contado lo enferma que había estado, y me decía que, si quería, podía ir a su casa y llevar a Sandro. Fue un alivio saber que tenía un sitio al que ir. También me enviaba cinco libras, que le agradecí enormemente. Parecía que el futuro se estaba arreglando solo, sin agobiarme, como si supiera que yo estaba agotada.

El último día de hospital, cocieron todas mis pertenencias y me lavaron el pelo para que no me llevara gérmenes. Me daba pena irme. Charles vino a buscarme. Me había traído un poco de ropa en una maleta. Dijo que lo demás estaba en casa de Ann. Había dejado el piso de Belsize Square y vendido todos los muebles. Se quedó callado después de comunicarme esto, como si esperara que fuera a llorar la pérdida de mis tesoros, pero me daba exactamente igual. Todo me parecía muy remoto: la porcelana de Staffordshire, la mesa de roble redonda, los muebles pintados de color verde mar. Todo aquello estaba muy lejos. Sandro me esperaba fuera, en un taxi, absorto en un tebeo. Pareció muy contento de verme; tenía muy buen aspecto e iba vestido con la ropa nueva que debían de haberle comprado los amigos que habían cuidado de él. Charles nos acompañó a la estación de Paddington y nos metió en el tren de Leamington. Pareció aliviado al vernos en el tren, cerró con firmeza la puerta del compartimento y comentó alegremente lo bien que lo íbamos a pasar viviendo con mi hermano en el campo. Parecía que daba por supuesto que nos íbamos a quedar allí para siempre. Creo que por eso se dio tanta prisa en vender los muebles, para asegurarse de que no podíamos volver.

XXXI



Mi hermano y su mujer coincidían en que no tenía sentido que intentara volver con Charles o que esperara la menor ayuda por su parte. Me dijeron que debía intentar encontrar un trabajo de cocinera en alguna casa de campo, donde pudiera tener a Sandro conmigo. A mí no me agradaba mucho la idea de convertirme en una especie de cocinera y gobernanta. Pusieron anuncios en el *Telegraph* y en el *Times*, y llegaron muchas respuestas. Me las enseñaron, pero yo no me sentía con fuerzas ni para mirarlas, por lo que fue mi cuñada quien tuvo la amabilidad de responder a las que más convenían a mi situación. Descartó las que venían de viudos que pedían fotografía y las de hombres abandonados por sus esposas. Pasadas tres semanas, me dijeron que habían concertado que entraría a trabajar de cocinera en la casa de un terrateniente llamado Redhead, que vivía en Bedfordshire. Su mujer estaba inválida y tenía dos hijas jóvenes.

Joyce, mi cuñada, me ayudó a hacer las maletas. Yo sólo tenía trajes de verano y eran todos largos y de aspecto bohemio. Me dijo que era mejor que no me los pusiera, a no ser que hiciera mucho calor, y me compró un abrigo de *tweed*, una falda también de *tweed* (de color marrón), dos jerseys de lana, un par de zapatos marrones con cordones y dos batas de trabajo de lunares (lo más bonito de todo lo que compró). Sandro tenía toda la ropa nueva que le habían dado los amigos de Charles.

Cuando llegó el día de irnos, creo que les dio pena quedarse sin Sandro, que se había portado maravillosamente durante toda la estancia. A mí debieron de encontrarme muy difícil de tratar, porque por entonces me había convertido en una persona aburrida y desanimada. Lo único que me interesaba era Sandro, y no me atrevía a quererlo mucho por si moría o desaparecía.

Temía ir a vivir a la granja, pero cuando llegué era mucho mejor de lo que esperaba. Es lo que pasa muchas veces con las cosas que se temen; sólo las cosas que se esperan con ansia terminan saliendo mal. El señor Redhead era un hombre grande y bastante ampuloso, que llevaba un largo gabán de *tweed*. Se parecía al señor Todd.^[5] Sus hijas también eran grandes, con el cabello muy rubio y las mejillas sonrosadas. Se llamaban May y Rose, y cada cual hacía honor a su nombre.^[6]

No me presentaron a su madre hasta pasados dos días. Era muy distinta del resto de la familia. May me acompañó a su dormitorio, del que nunca salía. El estado de desorden y suciedad del cuarto era espantoso y ella estaba sentada en una cama con dosel, y parecía una princesa de cuento. Era menuda, rubia y muy hermosa. Posada a los pies de la cama había una cacatúa blanca; la habitación estaba sembrada de sus excrementos, y en el suelo se veían los grandes agujeros que había hecho con el pico. También tenía muchos agujeros la ropa de cama; éstos los hacían unos ratoncitos

pigmeos de largas patas, que estaban en una jaula al lado de la cama. Ella los soltaba, los dejaba corretear y luego se olvidaba; entonces ellos arrancaban trocitos de manta para hacer sus nidos. Al principio creía que era una invitada que había venido a pasar unos días, hasta que May le explicó que era la nueva cocinera, y entonces dijo: «Qué bien que vayamos a tener una cocinera tan encantadora. Espero que suba a visitarme con frecuencia, querida, y a lo mejor alguna vez puede sacar a pasear a mi pobre caniche. Se le está poniendo un tipo muy raro por falta de ejercicio». Reparé en la gran maraña de pelo marrón, que antes había tomado por un abrigo de piel. Miré a mi alrededor en busca de otros animales, pero sólo vi unos periquitos en una jaula colgada junto a la ventana.

A la señora Redhead no le interesaba la casa en absoluto; la llevaba su hija May, y se lo tomaba muy en serio. Era un caserón inmenso e incómodo, lleno de muebles victorianos. Las alfombras estaban todas agujereadas, pero a nadie parecía preocuparle. Los únicos asientos cómodos estaban siempre ocupados por unos perros de raza spaniel, que apestaban bastante, pero eran muy simpáticos. No había nunca agua caliente, y sólo se iluminaban con velas y candiles, pero la familia le tenía mucho cariño a la casa, y con el tiempo yo también se lo cogí.

Pasé tres años en esa granja. Los cálidos domingos de verano, cuando lo que más anhelaba era estar al aire libre, tenía que asar grandes piezas de carne; hacía conservas de fruta y mermeladas y, cuando contemplaba la despensa repleta, me sentía como una ardilla en otoño; guisaba faisanes y suflés para cenas a las que no iba a asistir, y hacía bizcochos y tartas para unos invitados al té a los que sólo veía por la ventana de la cocina. Planchaba los vestidos de noche de Rose cuando la invitaban a los bailes y respondía al teléfono y acordaba las citas de las chicas para ir a montar a caballo con sus amigos.

Todos los días eran iguales, si exceptuamos el período en que falleció la señora Redhead. Yo pasaba la mayor parte de mi tiempo libre en su cuarto, y ella me hablaba de su juventud y me hacía sacar de un armario inmenso sus viejos trajes de fiesta, para hacerme luego un detallado relato de lo que había ocurrido en los bailes a los que había asistido con ellos puestos. También era muy aficionada a las novelas policíacas. Continuamente, llegaban nuevas en grandes paquetes de Harrod's. En cuanto terminaba de leer una tanda, llegaba la siguiente; le gustaba que se las leyera, y yo fingía que también me gustaban. Sandro se sentaba a escuchar en una banquetita baja y disfrutaba de la lectura tanto como ella. Cuando yo terminaba de leer, los dos las comentaban. Se encariñó mucho con Sandro y le pagaba un colegio bastante caro de los alrededores. Cuando murió, la eché muchísimo de menos.

La única otra cosa de importancia que sucedió en esos tres años fue que recibí una carta de Charles en la que me pedía el divorcio. Esta carta me afligió y me asustó al principio, pero terminé por enseñársela al señor Redhead, a quien mi cuñada le había contado algo de mí. El señor Redhead me llevó al abogado de la familia, quien arregló las cosas para que pudiera tener un divorcio para indigentes y, salvo por el

hecho de que tuve que ir al juzgado a declarar, no fue demasiado inquietante. Que yo sepa, Charles no se ha vuelto a casar.

Después de la muerte de la señora Redhead todo continuó como antes. Tal vez tenía menos trabajo. Me llevé para la cocina al viejo caniche y la cacatúa, y Rose colgó la jaula con los periquitos en su habitación. Nadie quería los ratones pigmeos africanos, así que se los terminó quedando Sandro, pero yo no les permití que agujerearan las mantas. La familia le siguió pagando el colegio. Era un alivio tenerlo fuera la parte del día en la que había más trabajo, pues yo no podía estar vigilándolo todo el tiempo, y al señor Redhead le molestaba verlo corretear sólo por ahí. Era un hombre que enseguida se ponía a hacer aspavientos y siempre creía que Sandro estaba planeando cosas como dejar abiertas las cancelas, jugar en los almiarés o soltar al toro. En realidad, jamás intentó hacer nada de eso. Sí que removió una vez una colmena con un palo, y le picaron las abejas, pero no pasó nada más. Con todo y con eso, el señor Redhead fue muy amable pagándole el colegio.

Yo tenía una habitación muy linda en la parte antigua del caserón. Y Sandro otra, que daba a la mía. Pinté los muebles de azul, le di una mano de temple a las paredes, y quedó muy acogedora. Tenía grandes ventanas. Muchas veces me sentaba por la tarde en el alféizar y contemplaba los campos y los bosques y las colinas que se elevaban a lo lejos; pero, si me entretenía ahí mucho tiempo, empezaba a pensar demasiado. Me atribulaba la rapidez con que pasaban los años y cómo se me estaba yendo la juventud. Cuando llegué a la granja de la familia Redhead, tenía veinticuatro años. Y ahora había cumplido veintisiete. No tenía amigos; hacía años que no salía, ni para tomar el té; hacía años que no veía una película o una obra de teatro. De no haber sido por Sandro, no habría tenido nada por lo que vivir. Aquel paisaje era muy hermoso y sosegado, pero añoraba mucho Londres. Habría dado cualquier cosa por pasear por una de esas típicas calles londinenses, con casas de sucios ladrillos amarillos a los lados, altas casas pareadas con un tramo de escalones hasta la puerta y barandillas y verjas de hierro que parecen enjaular unos arbustos ralos y desgredados, y, de vez en cuando, un gato dormido en un alféizar. Me imaginaba al hombre que voceaba en la calle el nombre de un periódico vespertino y espanta a su paso las inmensas palomas, y un olor a tostadas, y en el extremo más pobre de la calle, el estrépito de los muchachos patinando. Anhelaba verme reina de mi propia casa, rodeada de mis tesoros. Miraba por la ventana la belleza del paisaje, pero no era esa belleza lo que deseaba.

XXXII



Unos pollitos recién salidos del cascarón piaban alrededor de la caldera; la gata parió sus gatitos debajo de la plancha de rodillo, y era otra vez primavera.

Rose se prometió con un joven que había conocido en un baile y se iban a casar casi inmediatamente, así que en la casa reinaba una gran excitación. No paraban de recibir paquetes de ropa, que se apilaban en la cama del cuarto de invitados. Habían sacado de su caja algunas prendas, y había papel de seda por todos lados. Entonces empezaron a llegar los regalos de boda, y los fuimos amontonando en el salón. El viejo piano de cola estaba sobrecargado con el peso de los portatostadas. Se le acabó soltando una pata, pero tal vez no fueran sólo los portatostadas los culpables, pues se descubrió que estaba comido por la carcoma. Además de portatostadas había otros regalos: oscuros grabados, floreros y bonitos juegos de café y de té y muchos objetos de plata imponentes. May apremiaba a Rose para que escribiera las tarjetas de agradecimiento, pero ella se escondía en su cuarto a comer chocolatinas y a leer *Holiday House*, que la hacía llorar, así que al final quien las escribió fue May. Rose era muy perezosa; si le pedía que me trajera verduras del huerto, me respondía: «Enseguida le traigo una cesta llena, querida señora F. Usted dígame lo que le hace falta». Cogía una gran cesta, se calaba un sombrero con una cinta verde en el ala y desaparecía camino del huerto. A veces no volvía a aparecer; otras, volvía pasada una hora con unos cuantos guisantes y una zanahoria en la cesta y, riéndose, me decía que aquello era lo único que había en el huerto.

Rose se iba a vivir a El Cairo. Habían destinado allí a su futuro marido, que trabajaba en las fuerzas aéreas. A veces volaba casi al ras de la casa, produciendo un estruendo espantoso y, cuando salíamos a ver qué pasaba, tiraba una piedra con un mensaje atado para Rose. La gente del pueblo empezó a quejarse, y el señor Redhead puso coto a aquellos vuelos rasantes, porque por culpa del estrépito una vaca perdió el ternero que llevaba.

Los preparativos para la boda supusieron mucho trabajo adicional. Se limpió la casa de arriba abajo. Se levantaron todas las viejas alfombras mohosas y se sacudieron en el campo con bates de caña, pero no mejoraron mucho. A Rose se le metió en la cabeza limpiar la chimenea del salón soltando dentro una oca. Decía que eso era lo que hacía la gente del pueblo, pero el resultado fue que la oca lo dejó todo manchado de hollín al echar a correr por la sala, graznando y agitando las alas. Y entonces tuvimos que darles una mano de temple a las paredes. Quitamos todos los doseles de las camas y los lavamos, pero algunos estaban tan raídos que se hicieron pedazos en el lavadero. Encontramos un murciélago y un ratón muertos en el cuarto del señor Redhead. Debían de llevar mucho tiempo allí, pero no olían apenas, porque

estaban secos. Aunque estaba muy contento con la boda de Rose, toda aquella agitación lo ponía de muy malhumor. Se enojaba con Sandro por cualquier cosa, pero por suerte las vacaciones no empezaban hasta después de la boda, así que se pasaba casi todo el día en el colegio.

No teníamos tiempo para reunir toda la ropa necesaria para una boda con la novia de blanco, por lo que Rose iba a llevar un traje de chaqueta azul celeste, ribeteado con piel. Yo entraba todos los días en el cuarto de invitados a mirarlo. Me habría encantado haberme casado con algo así, pero lo único que tenía cuando me casé era aquella horrible falda que se me abría todo el tiempo. May iba a ser la única dama, y costó mucho trabajo convencerla para que se comprara un traje nuevo. No le interesaba nada la ropa.

Cuando llegó el día, me levanté muy pronto para empezar a disponer la comida. Íbamos a servir un almuerzo para treinta personas. El día anterior había asado varios pollos, incluso hubo que sacrificar algunas de las pollitas ponedoras. Lo primero que hice fue preparar las ensaladas, que puse al fresco en la quesería, para que estuvieran como recién hechas en el momento de comer; luego había que hacer porciones de mantequilla. También tenía preparado un gigantesco pastel de carne y jamón. Lo había hecho yo y parecía de verdad recién salido del libro de cocina de la señora Beeton. Estaba muy orgullosa de él, pero la tarta nupcial, que tenía tres pisos y la habían comprado en una pastelería, lo dejó chico.

Había que poner la mesa. La noche anterior May y yo pusimos cinco alas supletorias y parecía enorme. Hacían falta dos manteles grandes para cubrirla entera. En la bodega había muchos narcisos cortados el día anterior. Los subí y los dispuse en la mesa y por la sala, y el brillante sol de primavera entraba por la ventana y todo parecía precioso, pese a estar francamente raído.

Aquella mañana toda la familia, novia incluida, desayunó en la gran mesa de la cocina, y cuando llegó la tata, la mujer que venía todos los días a lavar, se sentó también a la mesa sin quitarse el sombrero chafado, que más bien parecía un trozo de morcilla, y desayunó con todos.

Poco después del desayuno empezaron a llegar los parientes. A las ancianitas se las ayudó a salir con sumo cuidado de sus antiguos y apolillados automóviles. Las primas llegaron en bicicleta y enseguida se ofrecieron a ayudar. Más tarde aparecieron unos cuantos jóvenes aviadores, todos muy tímidos. No sabían qué hacer hasta que las primas se ocuparon de ellos. Mientras llegaba toda esta gente, Rose se había retirado a su habitación, pero no tardó en causar un gran revuelo y consternación al aparecer en las escaleras vestida de esquí y con un sombrero de paja cubierto con un gran velo que le caía sobre la cara. Dijo que iba a inspeccionar las colmenas para comprobar que habían sobrevivido al invierno y, de ser así, anunciarles su boda. Todos la siguieron e intentaron que no se acercara a las abejas, pero ella no hizo caso y cruzó el jardín hasta el lugar en donde estaban las colmenas. Las abejas no habían pasado mal invierno. Eran de una especie muy agresiva llamada

«abeja negra británica», y una anciana y varios miembros de las fuerzas aéreas fueron blanco de sus aguijones, pero por suerte la novia se libró.

Llegó la hora de ir a la iglesia, y sólo se demoraron en la casa Rose, May y su padre. Las chicas estaban en el piso de arriba vistiéndose, y el señor Redhead iba y venía por el vestíbulo, mordiéndose el mostacho con cara de preocupación, casi de enfado.

Cuando bajó, Rose estaba muy guapa, y a May se la veía también muy bonita y refinada. Apremió a Rose y a su padre para que entraran en el coche y se fueron. Yo corrí al comedor a comprobar que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas, a fin de que los animales no se comieran el banquete. Eran unos buenos cacos. Más de una vez los gatos y los perros se habían comido un asado entero antes incluso de que los humanos de la casa lo hubieran visto. Pese a que el perro había vomitado en el vestíbulo, todo parecía en orden.

Me acerqué a la iglesia campo a través, pero no entré, porque no llevaba sombrero y, en cualquier caso, estaba abarrotada de gente. Esperé en la puerta con un puñado de mujeres del pueblo. Decían que en un día como aquél tendrían que haber limpiado la tumba de la señora Redhead y haberle puesto flores, y me dio vergüenza.

Cuando Rose y su marido salieron de la iglesia recibieron una lluvia de confeti, y el fotógrafo local tomó muchas fotos. Se hizo todo lo que se suele hacer en estas ocasiones, incluso ataron un zapato viejo al coche de los novios. Yo me dejé llevar por el ajeteo general y volví a casa en coche con una gente bastante simpática. Me alegré de llevar mi mejor vestido. De vuelta de la iglesia, Rose tenía que ir primero al salón a saludar y recibir la felicitación de todos y cada uno de los invitados. Yo me dirigí a la cocina para comprobar que hubieran llegado las dos chicas que habíamos contratado para servir la mesa; y sí, habían llegado.

Todos entraron en el comedor; yo no estaba segura de si debía sentarme a la mesa a comer con los invitados o si debía irme al fregadero a lavar los platos: nadie había dicho nada al respecto, así que me senté en la mesa de la cocina y esperé que viniera alguien a buscarme; pero sólo venían del comedor las chicas que estaban sirviendo a la mesa, además del ruido y las risas de los comensales. Entonces me fui al fregadero y me puse a ayudar a la tata. Se limpiaba la cara cada dos por tres con el delantal y no paraba de comentar que yo tendría que estar en el comedor sentada a la mesa y que ella siempre habría pensado que me invitarían y otras cosas por el estilo. Esto me apenó y me hizo sentir fuera de lugar, así que me subí a mi cuarto y me puse a mirar por la ventana, deprimida y triste. Pasado un tiempo se oyeron las voces de la gente que se despedía en la puerta y los coches que arrancaban y se alejaban, y supe que era hora de bajar a recoger.

XXXIII



Sandro estaba de vacaciones de Pascua, y por las tardes lo llevaba a dar largos paseos. Por lo general atravesábamos los campos hasta llegar al bosque. Eran lugares solitarios, y no veíamos más que pájaros y otros animales. Muchas veces yo me sentaba a leer en un tronco, mientras Sandro exploraba. A veces pescábamos en el lago. No teníamos cañas de verdad, sino unas que nos hacíamos nosotros, pero los anzuelos eran verdaderos anzuelos y no simplemente alfileres doblados. Con frecuencia sacábamos peces lo bastante grandes para comer, pero siempre los devolvíamos al agua. Lo que nos gustaba era la excitación de sentir el tirón en el sedal y ver cabecear en el agua el corcho que poníamos de flotador. Cuando por fin veíamos el pez sobre la hierba casi deseábamos no haberlo pescado, porque era terrible sacarles el anzuelo, pobrecitos. Supongo que debe de haber cantidad de peces en ese lago con labio leporino.

Durante las vacaciones de Navidad habíamos aprendido a patinar en ese mismo lago. Nunca me había imaginado que podría aprender cosas así, y me encantaba. Creo que las tardes que pasé allí patinando debieron de ser de las más felices de mi vida hasta entonces. La sensación del aire frío en la cara mientras me deslizaba, y el ruido de los patines en el hielo... De pronto, un mirlo asustado alzaba precipitadamente el vuelo en un matorral cercano, graznando y esparciendo escarcha. A lo lejos se oía siempre a alguien cortando leña, lo que de alguna manera nos calentaba anticipadamente.

Los bosques eran deliciosos todo el año. Eran tan espesos que ni siquiera llegabas a mojarte de verdad cuando llovía. En primavera había multitud de primulas y de jacintos, y la gente venía a cogerlos, y veíamos los largos tallos blanquecinos atados en las traseras de las bicicletas, y muchas veces grandes ramos de flores recién arrancadas que abandonaban y dejaban morir de sed. En verano teníamos frambuesas silvestres, y parecía que éramos los únicos que nos molestábamos en cogerlas, y luego yo hacía una mermelada que sabía a gloria. También había moras. En realidad había todo lo que uno espera que haya en el bosque.

Una tarde, estaba sentada en mi tronco leyendo una de esas novelas románticas eduardianas, prácticamente los únicos libros que componían la biblioteca de la casa, a excepción de unos cuantos libros de deporte y algunas revistas, como *Punch* y *Girl's Annuals*. Para entonces había empezado a echar de menos las novelas policíacas de la señora Redhead. Casi me había olvidado de cómo era leer libros de verdad. De pronto levanté la vista del libro porque oí que Sandro me llamaba y pensé: «¡Dios mío! ¡Se ha caído al agua!». Entonces, para mi gran alivio, lo vi venir corriendo hacia mí. Se había quitado los calcetines y los zapatos y apenas hacía ruido. Llevaba entre las

manos algo que parecía un erizo gigante. Me gritó: «¡Mira, he encontrado un cachorro!», y cuando me acerqué vi que era un zorro. Se lo quité, por miedo a que le mordiera, pero, aunque estaba muy asustado, no mordió a nadie. Lo único que hizo fue meterse debajo de mi chaqueta y esconder la cara. Era una criatura encantadora, de color marrón grisáceo, patas negras y pecho blanco, y tan blandito que nos daba mucha pena dejarlo. Nos apresuramos a volver a casa y lo metimos de contrabando en nuestras habitaciones, lo soltamos en el cuarto de Sandro, donde enseguida desapareció debajo de la cama. Pensamos que lo mejor era dejarlo sólo para que se acostumbrara a la casa, y así lo hicimos, poniéndole antes un platito con leche.

A la hora de acostar a Sandro, vimos que se había bebido la leche y estaba jugando con un cepillo de bebé. En cuanto entramos en la habitación salió huyendo pero, cuando el niño llevaba un rato acostado, el zorro se subió de un salto a la cama; Sandro tuvo el buen criterio de no hacerle caso, y entonces el cachorro se puso a jugar con él y a saltar de la cama y corretear por el cuarto. Cuando entré a ver cómo estaban, me encontré a Sandro dormido y no vi al zorro por ningún lado, hasta que lo descubrí acurrucado bajo las sábanas. Lo saqué, por si tenía pulgas y le hice una camita en un cesto de la ropa. Lo dejé en el baño que utilizábamos nosotros, lo tapé con una bolsa de agua caliente y le puse un hueso de chuleta.

Por la mañana se había comido el hueso y también parte de la bolsa de agua caliente. Varias veces durante la noche me despertaron una especie de pequeños ladridos agudos. Esperaba que no los hubiera oído nadie más en la casa. Por la mañana el cachorro pareció muy contento de verme y estaba la mar de juguetón y corrió tras una bola de papel que le tiré. Cuando salí a echar de comer a los pollos que correteaban por la pradera cerca de la casa, encontré uno muerto, y se lo di a Zorrito, y en un minuto se lo había zampado. Por lo general, me daba pena que aparecieran pollitos muertos, pero entonces me alegré y esperaba que no tardara en morir otro.

Mantuvimos nuestro zorro en secreto una semana más o menos, pero un día May finalmente dijo algo sobre la extraña criatura que merodeaba de noche por el huerto. «Incluso podría ser un zorro», aventuró. Conque le conté que teníamos uno viviendo en la casa, y ella se puso muy seria, verdaderamente contrariada, y me dijo que tenía que devolverlo a donde lo había encontrado o dárselo a su padre para que lo matara. Me dio mucha pena oírla decir esto; era la primera vez que la veía tan enojada. Entonces pensé que tal vez se ablandaría si lo veía, así que le pedí que viniera conmigo al cuarto de Sandro para ayudarme a cogerlo. Cuando abrí la puerta, Zorrito vino brincando hacia mí, y cuando me agaché para cogerlo, se puso de pie sobre las patas traseras, loco de contento, lanzando silbiditos de alegría. Le tiré una pelota, y la alcanzó y corrió alrededor de la habitación con ella en la boca, y luego se subió a la cama de un salto y se escondió bajo las mantas. A May le encantó, como yo esperaba, y me dijo que nos podíamos quedar con el zorro siempre y cuando no olierá y su padre no se enterara.

Pasado cierto tiempo, empezamos a ver a Zorrito mirando tristemente por la

ventana y arañando el cristal con la pata, y una vez se subió por las cortinas e intentó escaparse por la parte de arriba de la ventana. Nos daba mucha pena verlo así preso, y pensamos que sería una buena idea soltarlo por la cancha de tenis cuando tuviéramos la certeza de que el señor Redhead estaba ocupado en la granja. La cancha tenía una alta alambrada, de modo que era un lugar seguro. Nos las apañamos para sacarlo todos los días, y se lo veía tan contento de estar al aire libre de nuevo que nos sentimos culpables de haberlo tenido tanto tiempo encerrado. Comía gusanos y escarabajos. El viejo caniche lo observaba desde el otro lado de la alambrada, y se hicieron bastante amigos. Probé a ver qué pasaba si los dejaba sueltos juntos y no pararon de jugar.

Un día el señor Redhead volvió inesperadamente cuando lo creíamos muy ocupado en alguna tarea de la granja. Zorrito y el caniche estaban jugando juntos, y al principio no reparé en su presencia, pero entonces oímos un berrido que casi nos deja lelos.

«¿A quién se le ha ocurrido dejar ese maldito zorro en mi pista de tenis?».

El susto nos dejó clavados en el sitio y yo pensé: «Ahora es cuando me despiden». Eché un vistazo por el rabillo del ojo, pero no vi más que al señor Redhead desapareciendo detrás de las colmenas, y entonces lo odié. Le dije a Sandro que teníamos que devolver el zorro al bosque porque si no el señor Redhead lo mataría, pero él rompió a llorar desconsoladamente y entonces, antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía, agarró al zorro y echó a correr hacia la casa. Yo decidí que lo mejor sería llevármelo por la noche mientras Sandro dormía.

Esa misma tarde, mientras estaba haciendo un pastel de conejo, el señor Redhead entró en la cocina. Metí el pastel en el horno precipitadamente, causando no pocos daños a la masa, y cerré la puerta de golpe, algo que nunca hacen las buenas cocineras, ni siquiera cuando están a punto de ser despedidas. El señor Redhead carraspeó varias veces y luego dijo: «Ese cachorro que tiene usted, señora Fairclough, da alegría de ver, pero le ruego que no permita que se acerque a mis gallinas». Cuando me volví para darle las gracias, ya se había ido.

Subí corriendo a decirle a Sandro que habían indultado a Zorrito, y nos pusimos a bailar por todo el cuarto, y esa noche tuvimos una fiesta.

A partir de entonces, el zorro dejó de ser un secreto, y lo sacábamos a pasear con una correa. A veces, cuando nos cruzábamos con alguien, decían: «Mira, mira, ese perro parece un zorro».

XXXIV



Estaba sentada en el alféizar de la ventana de la cocina pelando manzanas. Sandro vino corriendo por el jardín y se subió también al alféizar y se puso a comer las mondas. Entre bocado y bocado, me dijo: «Esta mañana, cuando estaba jugando al lado del lago (ñam, ñam), vi a un señor pintando, y yo voy a salir en el cuadro (ñam, ñam). Estaba cogiendo unas piedras grandes para construir una casa, y él me dijo que siguiera haciendo lo mismo (ñam), así que yo seguí cogiendo piedras, y ahora salgo en el cuadro (ñam)».

Del susto me corté en un dedo, y mientras me lamía la sangre pensé: «A lo mejor ese hombre es Charles o uno de sus amigos. Si es así vendrá aquí y me recordará cosas y armará una bronca por uno u otro motivo, les pedirá dinero prestado a los Redhead o arruinará mi reputación en el pueblo». Le pregunté a Sandro que cómo era ese artista. Me dijo que no se acordaba, pero añadió: «Es muy simpático. Seguro que te gustará, mami».

A la mañana siguiente, quería ir a ver a aquel maldito artista otra vez y yo no quería dejarlo ir, pero él no dejaba de mirarme con ojos de reproche, al tiempo que me decía: «Pero es que el cuadro depende de mí». Y lo decía con tanta congoja que terminé por darle permiso.

Pasé la mañana muy preocupada y abatida y para empeorar las cosas, la tata no había podido venir y había mucho más trabajo que de costumbre. Cada seis semanas más o menos, la tata faltaba un día, y al día siguiente volvía gimoteando y quejándose de que le dolía la garganta o de que tenía una comezón en la rodilla —una vez los nervios «se le agarraron» al estómago—, pero yo creo que cogía un autobús y se iba a ver a una hija que tenía casada en Bedford.

A la hora de comer, Sandro no paró de hablar de su nuevo amigo. Me dijo que se llamaba Rollo. Así que después de todo no era Charles, pero todavía podía ser un amigo suyo, lo que era casi tan malo. Pero se me quitó bastante la pesadumbre que tenía y, después de fregar los cacharros y de limpiar la cocina, le pusimos la correa a Zorrito y salimos a dar un paseo. Hacía un día de primavera perfecto, y pensé que cogeríamos un buen ramo de narcisos y se los enviaríamos a mi hermana Ann. Atravesamos los campos rumbo al bosque, y el caniche se olvidó de lo viejo que era y correteó de aquí para allá, sobresaltando a las vacas, y Zorrito tiraba de la correa hacia un lado y otro hasta que me vi corriendo y terminé enredándome en las largas piernas de un hombre que venía en dirección contraria. Sandro se echó a reír y dijo: «Mira, ¡si es Rollo! Vas a ver qué simpático es». Yo trataba de desenredar como fuera la correa de Zorrito y, al saber de quién eran las piernas en las que se había enredado, no me atrevía a levantar la vista, pero él se agachó a ayudarme y enseguida la soltó.

Mi primera impresión fue la de una cara joven con una espesa cabellera canosa. No recordaba haber visto a nadie así estando casada con Charles, por lo que me sentí mejor y me erguí como una persona normal y le dije que lamentaba haberlo enredado en la correa. Me di cuenta de que era muy guapo, a pesar de las canas. También tenía una voz encantadora; me agradeció que le dejara a Sandro y me dijo que esperaba que fuera a ver el cuadro. Tenía alquilada una casita amueblada junto a la iglesia del pueblo, y en un momento íbamos ya caminando hacia ella para ver el cuadro sin más dilación.

Yo estaba un poco asustada y no hablé mucho, pero él hablaba por los codos con esa voz deliciosa y parecía encantado con Zorrito. Pero, cuando llegamos a la casita, éste se puso muy nervioso y se orinó en la alfombra; yo esperaba que Rollo no se hubiera dado cuenta. Luego se lanzó a trepar por el interior de la chimenea y se quedó allí dentro un buen rato. Lo llamé una y otra vez, metiendo la cabeza por el tubo, pero no quería volver. Rollo le puso incluso un trozo de carne sobre la rejilla, pero ni por ésas bajó. Con la mayor firmeza contuve a Sandro para que no se lanzara tras él chimenea arriba e intenté olvidarme de Zorrito y charlar educadamente. La casa era bastante oscura y estaba abarrotada de cosas, pero era agradable y tranquila como una descansada tarde de domingo, algo que cabía esperar, siendo su dueña una ancianita que iba siempre con un perrito faldero. La había visto muchas veces en el jardín, arrancando las malas hierbas, pero era la primera vez que entraba en la casa. Rollo dijo que le aterraba que se le cayera pintura al suelo o romper algo. Afortunadamente una mujer del pueblo iba por las mañanas a limpiar y hacerle algo de comida. Mientras me decía eso, apareció Zorrito y corrió al otro lado de la sala, dejando una estela de hollín en la alfombra; parecía que sonreía. Casi lo mato. Rollo lo cogió en brazos y se puso perdido de hollín el bonito traje gris que llevaba; entonces el zorro intentó morderle la mano. Me parece que no le gustaban los hombres. Rollo lo encerró en el armario de las escobas. Pero así no podíamos abrir la puerta y sacar una para barrer la alfombra, por si volvía a escaparse, y al fin Rollo dijo que lo haría él más tarde, cuando nos hubiéramos ido. Yo no podía dejar de pensar en lo tranquilo que se iba a quedar cuando nos fuéramos y lo dejáramos en paz, aunque él se mostró todo el tiempo encantador teniendo en cuenta todos los desastres que había ocasionado nuestra presencia.

Me enseñó el cuadro, que estaba casi terminado; era de un estilo fuerte y vigoroso, lleno de luz y de color. Reparé en que utilizaba mucho la espátula, y con gran eficacia. Me sorprendió cuando me dijo que apenas había hecho paisaje antes, pero que tenía la sensación de que su pintura se estaba haciendo un poco sombría y rancia, y que le haría bien trabajar al aire libre algún tiempo. Pintaba sobre todo retratos y parecía que tenía cierto renombre.

Mientras estábamos contemplando el cuadro, un jarrón con narcisos amarillos que estaba en el alféizar se volcó, y el agua empezó a derramarse en una antigua espineta. Miramos hacia la ventana, y ahí vi, intentando entrar, aquella espantosa madeja color

marrón. Me había olvidado completamente del caniche: le abrí la puerta, entró y correteó por el cuarto, saludándonos a todos y armando un gran alboroto. Rollo fue a buscar un paño para secar la espineta. Cuando hubo quitado toda el agua, nos invitó a tomar el té, pero a mí me pareció que estábamos prolongando nuestra visita más tiempo del conveniente y, sacando al sucio zorro del armario, que dejó un tantoapestado, me fui lo más rápido que pude.

De camino a casa, dejé que Zorrito se limpiara corriendo entre las hierbas más altas, aunque tal vez fuera heno a punto de segar. Estaba triste; los animales habían hecho de las suyas. Se había nublado, y las nubes cruzaban rápidas por el cielo. Pasaban tan deprisa delante del sol que la luz cambiaba todo el tiempo y las sombras cubrían los campos, mientras los rayos de sol se deslizaban sobre las colinas.

Cuando llegamos a casa, subí a mi cuarto y me senté delante del espejo y me miré intentando ver qué le había sucedido a mi rostro desde que vivía en la granja. En cierto modo, había mejorado. Tenía un cutis impoluto y los ojos brillantes; pero en las comisuras de la boca y los ojos habían aparecido unas líneas que antes no tenía; o al menos yo no las recordaba. Mi cabello seguía siendo negro y rizado; y nunca lo dejaba crecer por debajo de los hombros. Llevaba los pequeños aretes de oro que siempre había llevado para que no se me cerraran los agujeros de la orejas. Iba vestida con una ropa bastante triste: una blusa azul, desvaída de tanto lavado, más bien carcelaria; un jersey de Shetland color caldero con coderas, y una vieja falda de *tweed* que me había hecho aprovechando otra que Rose había tirado. Me puse en pie y lamenté tener un aspecto tan poco seductor. Luego bajé y preparé un té.

XXXV



Llovió tres días seguidos y dediqué todo mi tiempo libre a hacerme un vestido de verano de lunares azules y con unas mangas abullonadas de muselina blanca almidonada. Decidí que no iba a esperar a mayo para ponérmelo, porque me quedaba de verdad muy bien.

Sandro no había podido ver a Rollo desde el día en que los animales hicieron todos aquellos estropicios. Había hecho muy mal tiempo para salir a pintar paisajes, y en cuanto mejoró las vacaciones se le habían acabado y tuvo que volver al colegio; pero si Rollo quería terminar el cuadro siempre podría hacerlo en un fin de semana que hiciera bueno. No sabíamos nada de él y empecé a pensar que ya se había vuelto a Londres.

Llegó el primero de mayo, e hizo un día tan bueno, tan soleado, que nada más despertarme mi habitación ya estaba bañada de sol y el calor era casi agobiante. Y entonces pensé: «Esta tarde me pondré el vestido nuevo». Al volver a ver el sol, todo el mundo parecía muy contento. May vino a la cocina y me pidió que hiciera un pastel de chocolate porque por la tarde tenía invitados a tomar el té, y yo me alegré de verdad, pues, desde que se había ido Rose, pasaba mucho tiempo sola, trabajando en la granja, y apenas se permitía algún pequeño placer. Esa mañana se había lavado su dorado cabello y se lo había dejado secar al sol mientras segaba el césped por primera vez aquel año, y yo abrí la ventana de la cocina para oler la hierba recién cortada.

El señor Redhead entró en la cocina con un inmenso haz de ruibarbo entre los brazos. Me dijo que hiciera mermelada, le encantaba la mermelada de ruibarbo. Vi esfumarse mi tarde al aire libre, y le dije que me sería imposible hacerlo en el día, pues no teníamos limones, pero él me respondió: «Tiene que hacerlo hoy, con el ruibarbo recién cortado; es fundamental para que salga rica la mermelada. Espere, creo que recuerdo haber visto uno esta mañana, cuando bajé a hacerme un té». Y se puso a mirar a su alrededor. Yo sabía dónde había varios limones, pero me callé. Dirigió la vista hacia el aparador, que solía estar lleno de cosas. «¡Ah, mire! ¡Ahí está!», exclamó y se abalanzó a coger un limón que estaba en la cesta de los huevos y con un gesto triunfal lo dejó encima del montón de ruibarbo. Yo tuve que fingir que creía que era un hombre muy listo, aunque lo que me apetecía hacer era tirarle el limón a esa cara de quisquilloso y quemar el ruibarbo en los fogones. Me alegró ver que cuando volví a la cocina después de hacer las camas, el montón había bajado considerablemente. A la tata le encantaba.

Pese a que el día se anunciaba bastante caluroso, tuve que hacer cordero y patatas asadas para comer; incluso con la ventana abierta hacía un calor sofocante en la cocina. Luego, después de comer, me esperaba una espantosa pila de cacharros para

fregar y, cuando terminara, aún tendría que hacer la maldita mermelada. Encendí la cocina de fuel oil, pues en la económica de carbón la mermelada siempre se acababa quemando. Soltó un olor espantoso; siempre lo hacía. Preparé el ruibarbo, cortándolo en trozos pequeños, y lo puse en un gran caldero de cobre; pasado un tiempo, el olor a mermelada caliente se unió a los otros olores de la cocina. Pasé mucho rato de pie delante de los fogones, removiendo el caldero y echando de vez en cuando una pequeña cantidad en un platito para ver si cuajaba. Un cuco sobrevoló la casa y se posó en un árbol. Entonces oí ladrar al perro en el patio, vi que el vaquero estaba entrando las vacas y deduje que era la hora del ordeño y que la tarde tocaba a su fin. Llamaron a la puerta, y May fue a abrir y a recibir a sus amigos. Se oyó hablar en el vestíbulo y la oí decir: «Tomaremos el té en el jardín». Y entonces se oyó cómo sacaban las sillas de exterior y las hamacas. Puse el servicio de té en una bandeja. Los bollitos de mantequilla y el pastel de chocolate que había hecho por la mañana tenían una pinta deliciosa. Dejé la bandeja preparada para que May la llevara y sirviera ella el té. Por lo general lo hacían así. Y seguí removiendo la mermelada. Parecía que los invitados se dirigían con May hacia la cocina para ayudarla a llevar la bandeja y las cosas del té. Me daba vergüenza que me vieran tan pegajosa y acalorada; tenía mermelada hasta en las orejas, y había llorado un poco y se me habían hecho churretes en la cara.

Los invitados entraron en la cocina. Por el rabillo del ojo vi a una chica con un fresco vestido de lino. La conocía de vista, pues venía con frecuencia a la casa, por lo general a caballo, y una vez habría entrado con el caballo hasta la cocina, y éste se había comido las manzanas que tenía preparadas para meter en el horno, y tuve que guiarlo alrededor de la mesa para señalarle la puerta. Esta vez no venía con un caballo, sino con un hombre. No lo miré pero, en cuanto le oí decir: «Yo te llevo la bandeja, May», me di cuenta de que era Rollo. Cuando me vio, inclinada sobre el caldero de la asquerosa mermelada, me dijo: «Buenas tardes, ¿cómo está?».

Las chicas se sorprendieron de que me conociera. Yo me incliné aún más sobre el caldero de mermelada y le respondí: «Pues no muy bien en este momento, gracias». Y unas grandes bocanadas de vapor con olor a mermelada me cubrieron la cara. Y May dijo: «Esa mermelada huele como si se estuviera quemando». Entonces salieron de la cocina. May tenía razón: cuando terminé de llenar los tarros, el fondo del caldero estaba quemado, y tardé una hora en fregarlo.

Al volver del colegio, Sandro vio al grupo que tomaba el té en el jardín y, al reconocer a Rollo, se empeñó en saltar por la ventana para ir a hablar con él, pero yo no lo dejé. Nosotros tomamos el té en el patio trasero, a la puerta de la cocina. No podía soportar ver a aquel grupo, y me sentía hastiada del trabajo de cocinera.

Después del té, recordé que Zorrito no había salido en todo el día. Se había pasado la tarde encerrado en el baño y además de haber arañado malamente la puerta, lo había ensuciado todo. Lo llevamos a los sauces del arroyo, y Sandro se puso a jugar a las casitas en los sauces hendidos. Algunos estaban renegridos por dentro

porque habían sido alcanzados por un rayo, pero todavía estaban vivos. Zorrito brincaba de acá para allá, rompiendo las hojas nuevas de las ortigas, que olían maravillosamente, y los dos nos olvidamos de que habíamos estado todo el día presos.

A la mañana siguiente, recibí una carta, algo que rara vez me sucedía. Tenía un matasello local y la caligrafía del sobre no podía ser más regular. Tardé varias horas en abrirla, porque me gustaba imaginar que se trataba de algo emocionante, pero sabía que seguramente sería del colegio de Sandro y diría que tenía que llevar un par de zapatillas; mientras no la abriera podía ser una invitación para asistir a un baile o una carta de un admirador desconocido o algo igualmente imposible. Cuando la abrí, resultó que, después de todo, no era para nada aburrido o deprimente, como me había imaginado. Era una nota celestial de Rollo en la que me preguntaba qué tarde podía librar para ir a cenar con él a Bentley Hall: un hotel que estaba a unos siete kilómetros.

Bentley Hall era una especie de albergue en el campo de golf que quería parecer una posada antigua, pero en la que todo era completamente falso. Aun así, era el único lugar de este tipo en varios kilómetros a la redonda. Rose iba muy a menudo, y yo la envidiaba, y cuando tenía que pasar por allí siempre aminoraba el paso para ver entrar y salir a toda aquella gente rica y despreocupada. Tenían coches bonitos y caniches con el pelo recortado, y parecía que todos eran jóvenes y guapos; pero una vez oí a una pareja, dos personas muy elegantes, y el hombre se quejaba de que tenía su cuenta en números rojos, y la mujer también parecía bastante abatida, y casi me alegré. Y ahora, por lo visto, yo también iba a ir. Me pregunté cómo iba a hacer para llegar, pues no parecía que Rollo tuviera coche.

Le pregunté a May qué noche podía librar, y ella pareció sorprenderse, pero dijo que la del viernes siguiente. Escribí a Rollo y le dije que el viernes tenía libre. Eché un vistazo a mi guardarropa, y el único vestido en un estado aceptable era el de lunares, pero no parecía muy adecuado para Bentley Hall. En la caja de lata donde guardaba el dinero tenía once libras, siete chelines y seis peniques. Había necesitado tres años para ahorrar ese dinero, por si me echaban y no teníamos adónde ir. Me venció la tentación, y al día siguiente cogí el autobús a Bedford. Tenía que hacerlo a primera hora de la tarde y no disponía más que de una hora, pero sabía exactamente lo que quería. En una hora encontré exactamente el vestido que buscaba. Era de seda y tenía un cuerpo con un corte muy elegante y la falda plisada. Costaba nueve guineas. Me quedaba el dinero justo para comprarme un par de sandalias y unas medias de seda verdadera, así que los compré en una tienda cercana. Y entonces se hizo la hora de coger el autobús. Me daba vergüenza tropezarme con alguien de la casa y que me viera con aquellos paquetes tan elegantes. Me las apañé para entrar en casa sin que me viera nadie, y me encontré a Sandro en la cocina esperando con cara triste a que le dieran la merienda. Cuando lo vi y recordé que me había gastado todo el dinero y ni siquiera le había traído a él un juguetito, me sentí muy culpable, así que

le di un chelín para que se comprara golosinas; pero eso no me quitó el sentimiento de culpa, y sentí que la ruina nos miraba a la cara. Todo esto se me pasó, sin embargo, cuando llegó la hora de irnos a la cama, y subí a mi cuarto y me lo probé todo y vi que el vestido me sentaba perfecto y las sandalias quedaban tan ligeras y delicadas... Incluso en aquel espejo tan falto de azogue, casi me veía guapa, y me alegré de haberme gastado todo nuestro dinero.

XXXVI



Rollo me llamó el viernes por la mañana para decirme que me recogería a la siete en punto. Me alegré de haber cogido el teléfono yo, porque me daba vergüenza que los Redhead supieran que iba a cenar con él. Estaba segura de que May se llevaría una gran sorpresa si se enteraba.

Hacía un día glorioso, y cada dos por tres salía fuera a ver si se había nublado. Si llovía o hacía frío, mi vestido nuevo no pegaría nada. Sabía que era peligroso estar tan contenta, pues siempre había algo que se torcía, pero aquel día no podía evitar sentirme muy feliz. Hasta me parecía que le tenía un gran aprecio a la tata y le dejé beberse a la hora de comer una de las botellas de cerveza del señor.

Por la tarde fui al bosque con Zorrito y me tumbé al sol en un claro. Con los ojos entornados lo observaba corretear y excavar en la tierra. Una mosca muy grande se me posó en la pierna. Vi que tenía unos extraños ojos rojos y el cuerpo azul. Siempre había pensado que eran negras, pero de pronto vi lo bonitas que son.

Aquel feliz día de ensueño pasó y por fin llegó el momento de acostar a Sandro, y luego de ponerme el vestido nuevo. Me di un baño y me vestí despacio, y antes de ponerme el vestido me cepillé el pelo bien cepillado. Por fin estaba lista, y me agradó tanto ver mi reflejo en el espejo que me quedé un rato mirándome. Era la primera vez en mi vida que llevaba un vestido de verdad bonito.

Cuando estaba envolviendo una barra de labios y una polvera en un pañuelo para no tener que llevar el bolso tan raído que tenía, oí que May me llamaba. Corrí escaleras abajo y al llegar a la cocina, entraba May, llamándome todavía. Estaba muy sonrojada y parecía molesta por algo. «En el salón te espera un amigo», me dijo, mirándome el vestido, completamente desconcertada, pero antes de que pudiera decir algo desaparecí de su vista. Me asustaba entrar en el salón. Oía hablar a Rollo y al señor Redhead. Éste se preguntaría qué hacía yo entrando en el salón y llevándome a su invitado. Cuando asomé la nariz estaban tomando una copa de jerez. Entonces el señor Redhead dijo: «Pase, pase, ¿busca algo?». Así que Rollo tuvo que explicarle que iba a cenar con él, pero el señor Redhead no acababa de entender lo que le decían. Y entonces dijo: «Pero ¿por qué salir a cenar fuera? Quédese con nosotros. Estoy seguro de que a mi hija le encantará que se quede a cenar. Desde que Rose se casó, está muy sola». Yo me sentí fatal. Habría sido estupendo que me hubieran ofrecido una copa de jerez, y que el señor Redhead hubiera olvidado por un instante que yo era la cocinera. Pero por fin Rollo consiguió sacarme de la casa y hacerme entrar en el coche que le había prestado, según me dijo, la amiga aquella del caballo. Yo habría preferido ir andando antes que utilizar ese coche y empecé a pensar: «Todo esto me pasa por haberme pasado todo el día haciéndome ilusiones». Rollo no paraba

de hablar con esa voz tan bonita, pero yo no abrí la boca. Creía que iba a llevarme una gran decepción y no me atrevía a decir nada.

Cuando llegamos a Bentley Hall, había muchos coches aparcados fuera, y empecé a animarme. Entramos y nos acomodamos en un gran salón, que tenía vigas de madera vistas en el techo y cabezas de venado por todas las paredes; pero los sillones eran muy cómodos y había muchos jarrones de tulipanes. Un camarero nos sirvió unos cócteles. Yo no estaba segura de si la guinda se comía o no —hacía tanto que no probaba un cóctel—, pero Rollo se comió la suya, y yo hice lo mismo. Volví a estar toda contenta, pero me daba vergüenza decir nada. Me limité a escuchar a Rollo y a hacerle alguna pregunta.

Le pregunté cómo había descubierto aquel pueblo, y me dijo que quienes le habían prestado hoy el coche eran viejos amigos y que se habían encargado de alquilar para él la pequeña granja contigua a la iglesia. Me alegró saber que esperaba quedarse todavía un mes más. Me resultaba insoportable la idea de verlo marchar para siempre. Me contó que su padre era arquitecto, o que al menos lo había sido hasta hacía poco tiempo, pues había muerto recientemente; su madre también había muerto. Me habló de la casa de su padre en St. John's Wood. Me dijo que era muy grande y que tenía un jardín con muchos perales y manzanos y también unos cerezos que daban unas flores preciosas. En primavera era muy bonito, cuando estaba todo florecido; no parecía que estuviera uno en Londres. No vivía en la casa, pues él ya tenía su propio estudio, pero estaba pensando en alquilarla amueblada hasta decidir qué iba a hacer con ella. Creía que en uno de los desvanes todavía debían de estar los trenes y otros juguetes suyos y prometió buscarlos y dárselos a Sandro.

Entonces pasamos al comedor, donde nos sirvieron una cena exquisita; era la primera vez en más de tres años que comía algo que no hubiera cocinado yo. Bebimos vino y yo empecé a hablar. Ya no me daba vergüenza, y las palabras me salían a borbotones. Le conté mi vida de casada con Charles y un poco de Peregrine, pero no mencioné a Fanny; y le hablé de Ann y de mi hermano y de la vida que llevábamos en el campo con nuestros padres, y de la institutriz chalada que teníamos antes de que nos enviaran al internado, y de los tres gatos blancos sordos que había en la casa, cada uno con un ojo de distinto color, el uno amarillo y el otro azul, y de la muerte de mi padre, que se tragó una avispa con la mermelada mientras tomábamos el té en el jardín, la avispa le picó en el fondo de la garganta, y a las veinticuatro horas había fallecido. Le conté muchas cosas, y él parecía muy interesado. Era un gran consuelo hablar con una persona de verdad, y no con la gente para la que trabajaba, pues siempre tenía miedo de disgustarles y de que pensarán que yo no encajaba en su casa.

Volví al salón y a los venados para el café. Todos nos miraron al entrar, pues Rollo era muy alto y apuesto, y yo me sentí muy orgullosa de estar con un hombre tan distinguido. Llevaba un bonito traje gris perla, de solapas altas, y le sentaba muy bien. Mientras tomábamos el café, Rollo me dijo que había conocido a Charles hacía

un año más o menos y que incluso había estado en su estudio. Me dijo que, en su opinión, sus cuadros eran bastante buenos, pero muy desiguales. Estaba siempre experimentando con nuevos métodos y destruyendo su trabajo anterior. Creía que para entonces estaba viviendo en París. Pero realmente lo que más me interesó de todo lo que me contó fue que Charles tenía un objeto de aspecto prehistórico metido en un cuenco con agua; así que parecía que había guardado al Gran Verrugoso todos estos años, y me enterneció.

Después del café, salimos a pasear por los jardines, que, así, a media luz, parecían más interesantes de lo que eran realmente. Todavía había gente bañándose, y sus voces resonaban de forma extraña. Posado en una valla, vimos un búho madrugador. Nos acercamos despacio hasta casi tocarlo; todavía había demasiada luz para que pudiera vernos, y nos quedamos observando su carita de minino hasta que alzó el vuelo, batiendo las alas igual que las polillas. Fuimos hasta la piscina. Alguien acababa de zambullirse, y el trampolín todavía se movía. A la luz tenue del anochecer, los bañistas parecían extrañamente hermosos en el agua oscura, pero su visión nos dio frío, por lo que nos encaminamos de nuevo hacia el jardín, y Rollo me sujetó por el brazo, y yo me alegré de que mi vestido fuera de manga corta y de poder sentir su mano directamente sobre mi piel.

Y llegó la hora de volver a casa, pues los Redhead se acostaban pronto, y si me retrasaba tendría que llamar al timbre y obligar al señor Redhead a bajar a abrirme en camisa de dormir. De modo que Rollo me llevó a casa, y enseguida llegamos, pero todas las puertas estaban cerradas con llave. Las probamos todas, pero ninguna se abría. Rollo quería llamar al timbre, pero a mí me aterraba la idea de ver al señor Redhead gruñéndome en camisa de dormir. Volvimos a rodear la casa. Entonces me acordé de que había escaleras de mano en el patio, y cogimos una y vimos que llegaba justamente hasta mi ventana, y empecé a subir por ella, pero Rollo me llamó para que bajara. Me dijo que quería hacerme un retrato y que si podía empezar a posar al día siguiente, y yo le dije que iría a su casa por la tarde. Entonces me despidió con un beso, y yo no sé cómo fui capaz de subir la escalera después de aquello, pero el caso es que lo conseguí, y él la quitó y la dejó de nuevo en el patio trasero, y los Redhead nunca se enteraron de cómo había entrado.

A la mañana siguiente May quiso saber cómo me lo había pasado, y yo le dije que de maravilla, y entonces ella me preguntó que cómo había conocido a Rollo, y yo le conté que había hecho un retrato a Sandro y que esa misma tarde iba a empezar el mío. Me di cuenta de que se moría de ganas de preguntarme por el vestido nuevo, pero no sabía cómo hacerlo, y, mientras ella vacilaba, yo empecé a hablar de la comida del día y de pudines de jengibre y otras cosas por el estilo.

No sé cómo pude hacer mi trabajo aquel día. Me di cuenta a tiempo de que iba a echar al pudin los polvos de fregar las cazuelas, en lugar del jengibre molido. Pero la mañana pasó, y comimos y fregué los platos y recogí la cocina. En cuanto terminé mis quehaceres, subí rápidamente las escaleras, me cambié y fui a toda prisa campo a

través, hasta el pueblo. Casi sentía sobre mí al señor Redhead y a su hija, moviendo reprobadoramente la cabeza.

Cuando llegué a la casita de al lado de la iglesia, la puerta estaba abierta, así que entré sin llamar. Me resultaba muy agradable esa sensación de intimidad con Rollo. Estaba en la cocina, poniendo la imprimación a un lienzo, con cara de preocupación. Y me dijo: «¿Cómo voy a pintarte en esta habitación tan pequeña, cariño?». No habíamos pensado en eso. Todas las habitaciones de la casa eran minúsculas. Finalmente, decidió pintarme en el jardín. A mí me daba un poco de miedo esa idea, por si pasaba alguien del pueblo camino de la iglesia y me veía. Me pintó tumbada en la hierba, al sol, lo que me iba muy bien, pues me encantaba tomar el sol, y esperaba quedar oculta a los ojos de los que pasaran, a no ser que asomaran la cabeza por encima de la valla, pero me olvidé de que podrían ver a Rollo de pie delante del caballete. Pasado un rato, una fila de cabezas, tocadas con todo tipo de pavorosos sombreros, oscilaba por encima del seto. Entonces creímos que había llegado el momento de entrar a tomar un té temprano, y yo lo preparé mientras él lavaba los pinceles.

Tomamos el té en el cuarto de estar, y menos mal que no había animales rondando. Cuando terminamos el té, Rollo vino a sentarse a mi lado, y yo esperaba que me besara; pero cuando me besó me puse a temblar y me entró una gran inquietud. Cuando me preguntó si quería casarme con él, no quise contestar por si había oído mal, pero volvió a preguntármelo, así que vi que no me equivocaba. Lo miré y pensé que sería un marido maravilloso. Un marido que no se comería nunca el pastel de cumpleaños del niño antes de que éste llegara a verlo, ni le quitaría el dinero de la hucha. Y que, aunque lo hiciera, seguiría queriéndolo y encontrándolo maravilloso. Entonces le conté lo de Fanny y lo de Peregrine y su horrible mujer y le hablé de todas las cosas horribles que recordaba haber hecho. Él lo escuchó todo, pero pareció que las cosas que le contaba le hicieron quererme todavía más. Nos prometimos en matrimonio.

XXXVII



Los Redhead dejaron de mover reprobadoramente la cabeza cuando me prometí, y recibí cartas de felicitación de Ann y de mi hermano. La carta de este último era muy pomposa, pero Ann se limitaba a preguntarme si quería pasar un fin de semana en Londres con ella. Se lo conté a Rollo y me dijo que no era mala idea. Él también iría a Londres el mismo fin de semana y me enseñaría la casa de su padre. Así podría ver si me apetecería vivir allí cuando nos casáramos.

Les pregunté al señor Redhead y a su hija si podía irme un fin de semana, y May se mostró muy atenta y dijo que ella podía encargarse de Sandro mientras yo estuviera fuera, porque quizá íbamos a estar demasiado apretujados en el piso de Ann; en cualquier caso, no creo que Ann lo incluyera en su invitación.

Fuimos a Londres el primer fin de semana de junio y viajamos juntos en el tren. Era maravilloso volver a Londres después de tres años, y cuando llegamos no quise que tomáramos un taxi. No veía la hora de volver a montar en un autobús de los rojos. Fuimos directamente a casa de Ann, y vi que Rollo le causó una gran impresión. Nos invitó a una copa de jerez, y hablamos mucho. Entonces Rollo telefoneó a Prunier's y reservó una mesa. Disfruté enormemente en aquella cena, y todavía guardo una caja de cerillas en forma de pez que me llevé de recuerdo.

El domingo fuimos a ver la casa de Rollo en St. John's Wood. Yo hubiera preferido ir sin Ann, pero como había sido tan amable con todo lo de mi compromiso matrimonial, la tuve que invitar. Rollo pareció un poco decepcionado cuando vino a buscarme en un taxi y vio que ella también venía; pero luego, al verla disfrutar tanto explorando la casa, casi nos alegramos de que nos acompañara. Era una casa victoriana preciosa y tenía un jardín cerrado con una tapia alta. Ya no había árboles en flor, pero los rosales tenían un montón de capullos, y los parterres estaban llenos de lupinos de colores maravillosos. Por la fachada trepaba una parra virgen. Yo no me podía creer que fuera a ser dueña y señora de todo aquello. Y dije: «Oh, Rollo, por favor, vengámonos a vivir a esta casa tan bonita. No se la alquiles a nadie. Tenemos que quedárnosla para nosotros». Él se echó a reír, pues todavía no habíamos entrado en la casa, pero ya sabía que me encantaría; y así fue. En todas las habitaciones de la planta baja había tres grandes ventanales que se abrían hacia dentro y tenían pequeñas barandillas de hierro. La casa era muy soleada y aireada. La cocina y el lavadero estaban en el semisótano, pero eran inmensos y acogedores, con grandes vasares y alacenas, y los suelos eran de baldosas rojas. En el piso superior había tres grandes dormitorios y un pequeño vestidor, además de un moderno cuarto de baño que el padre de Rollo había puesto poco antes de su muerte. Unas escaleras más pequeñas conducían a las habitaciones abuhardilladas, pero sólo el cuarto de servicio estaba

amueblado; otra habitación estaba llena de preciosos juguetes antiguos, un caballito de balancín que parecía resoplar y una inmensa arca de Noé, llena de hermosos animalitos cuidadosamente tallados, no como esos horribles animales planos que vienen con las arcas modernas. Me daba pena dejar los juguetes, pero todavía quedaba mucho por ver. La mayoría de las habitaciones estaban amuebladas con muebles antiguos muy hermosos y elegantes espejos georgianos en las paredes, pero los cuadros eran en su mayoría oscuros y pesados, a excepción de los que había pintado el propio Rollo. Decidimos quitar los cuadros antiguos y algunas de las cortinas, que eran un poquito recargadas. Pensamos que sería una buena idea darle una mano de pintura a toda la casa, y Rollo fue escribiendo en una libretita todas las cosas que pensábamos que queríamos hacer.

Entonces Rollo tocó un anticuado timbre que había en el salón, y enseguida apareció la doncella; ella había sido quien se había ocupado de tener la casa limpia y cuidada desde la muerte de su padre. Ya la había conocido en la cocina. Rollo le dijo que nos trajera una copa de jerez, y éste apareció como por arte de magia en una bandeja de plata, y yo pensé que, cuando me casara, yo también podría tocar ese timbre.

El fin de semana pasó muy rápidamente; pero igual daba porque se trataba tan sólo de un anticipo de toda la felicidad que vendría después de mi boda. Cuando volví a la granja, muchas noches, tendida en la cama, pensaba en nuestra bonita casa y en los aparadores y alacenas llenas de porcelana, juegos de té y vajillas, y elegantes copas, diferentes para cada tipo de bebida. Había un inmenso armario ropero, lleno de sábanas de lino, y los edredones estaban protegidos en bolsas de muselina para que no se ensuciaran. Esperaba que el señor Redhead y May vinieran a visitarme cuando me casara. Sólo estaría tres semanas más con ellos, y luego ocuparía mi lugar una mujer huesuda y de cara adusta. Decían que la temían.

Rose vino a pasar unos días antes de partir al extranjero. Su marido la trajo en el coche, pero no se quedó, y creo que May estaba encantada de tenerla sólo para ella y poder mimarla. Ya iba a ser mamá, y estaba encantada, pues era la perfecta excusa para ser todo lo perezosa que quisiera, y no hacía otra cosa en todo el día más que estar tumbada comiendo dulces; pero estaba muy guapa. Ni siquiera fue a revolver en las colmenas. May compró varias madejas de lana e intentó interesarla en el tejido de prendas de bebé, pero ella dijo que ya que cargaba con todas las molestias de hacer el bebé, que otra persona le hiciera la ropita.

Hubo algo que proyectó una sombra en mi matrimonio. Por alguna razón, Rollo no quería que llevara a Zorrito a vivir con nosotros. Habría sido tan feliz en St. John's Wood. Podría haber ocupado una de las buhardillas y tenido todo el jardín, pero Rollo se mostró categórico en su negativa, tal vez porque Zorrito había dejado perdido el armario de las escobas, y una vez que lo encontramos al lado del arroyo le había mordido, aunque no había sido una mordedura grave. Yo estuve esperando que se ablandara casi hasta el último día. Rollo había regresado a Londres, y le puse un

telegrama preguntándole si estaba seguro de que no quería que lo llevara, pero él respondió: «Completamente». Los hombres son más firmes que las mujeres. La última tarde en la granja, Sandro y yo fuimos al bosque con Zorrito, lo dejamos jugar a nuestro lado y, cuando lo vimos distraído, nos marchamos. Por la noche, lo oí ladrar en el jardín y salí en camisón y saltó a mis brazos, así que me lo subí y lo metí conmigo en la cama. Pero nada más amanecer, me lo llevé lejos, a varios kilómetros de la casa, en brazos todo el camino. Estaba todo empapado de rocío, y los pájaros cantaban. Cuando llegamos a un lugar donde había un criadero de faisanes, lo solté y le puse un gran trozo de asado, pero no le interesó; no paraba de brincar y de olisquear el terreno, buscando los pájaros, y casi se olvidó de mí, y yo aproveché para alejarme; de puro triste no podía ni llorar. Me sentía tan culpable como el padre de Hansel y Gretel.

Me dio cierta pena cuando me despedí del señor Redhead y de May después de desayunar. Era diferente a tener que separarme de Zorrito. Pero aquella gente había sido de verdad buena conmigo y los años que pasé con ellos no fueron demasiado infelices, sólo aburridos y solitarios. Fui a decirle adiós a la tata y la pesqué escondiéndose un trozo de bacon debajo del vestido, pero no le dije nada. Luego uno de los trabajadores de la granja nos llevó a la estación en la furgoneta de reparto de la leche, y mi vida de cocinera quedó atrás. Aquellos días se habían acabado para siempre.

Llevé a Sandro a casa de mi hermano y mi cuñada, porque no podíamos llevárnoslo a la luna de miel. Al principio no le gustaba la idea de que lo dejara allí pero, cuando descubrió que al fondo del jardín pasaba un regato, se puso a construir un barquito con una corteza de árbol y casi no se dio cuenta de que me iba. Entonces me fui a Londres y Rollo me vino a buscar a la estación, y estaba tan contento y tan feliz de verme que ya no me pareció tan triste haber tenido que dejar a Zorrito. Comimos juntos y me dijo que lo había dispuesto todo para que pasáramos la luna de miel en Portugal. De pronto todo era maravilloso. Le encantaba sorprenderme con las cosas tan emocionantes que íbamos a hacer. Apenas me había recuperado de la emoción de ir a Portugal, cuando me sugirió que fuéramos a comprar un ajuar, y eso es lo que hicimos nada más salir del restaurante, y seguimos de tiendas durante tres días. Y entonces tuvimos que comprar unos baúles para meterlo todo.

Nos casamos en el registro civil. Ann y un amigo de Rollo llamado Simon fueron los testigos, y después de la boda, nos dimos una buena comilona en Boulestin's. Bebimos mucho vino y cuando salimos al sol nos sentimos un poco aturdidos. Nos despedimos de los testigos y cogimos un taxi que nos llevó a St. John's Wood. Nos sentamos bajo los manzanos del jardín a tomar el té, y yo dije que sería estupendo tener un estanque con peces, y Rollo entró en la casa de pronto, y yo me sentí sola y me preocupé por si había dicho algo que lo hubiera molestado. Igual su madre había muerto ahogada en un estanque. Cuando volvió, me dijo que había ido a hablar con un jardinero paisajista y que cuando regresáramos de nuestra luna de miel habría un

estanque con sus peces y todo y que, si había algo más que yo quisiera hacer en el jardín, se haría también.

Al día siguiente de casarnos, nos levantamos muy temprano y cogimos un vuelo a Lisboa. Parecía que habían pasado años desde que me llevaran a la estación en la furgoneta de reparto de la leche. Antes de salir de la casa de St. John's Wood, recorrí todas las habitaciones a fin de poder recordar lo bonitas que eran mientras estaba fuera y fui al jardín y marqué el lugar en el que quería que hicieran el estanque. No quería ningún cambio más, pues todo era perfecto.

Último capítulo



Y aquí acaba mi libro, pero no es el final de mi historia, que continuará hasta el día de mi muerte. Lo que pasa es que hemos llegado a una parte tan feliz de mi vida que parece que apenas haya nada que contar. Al principio, como no estaba acostumbrada a la felicidad y a vivir sin preocupaciones, me pasaba el tiempo aterrada pensando que en cualquier momento podía suceder algo desastroso. Esperaba que Rollo me dijera de pronto que ya no me quería o que teníamos que venderlo todo e irnos a vivir a una habitación porque había hipotecado la casa, y casi cada vez que salía sin mí pensaba que sonaría el teléfono para decirme que lo habían atropellado, y, si se resfriaba, creía que cogería pulmonía y se moriría. Viendo que no sucedía ninguna de estas cosas, empecé a preocuparme por Sandro, pero tampoco por este lado ocurrió nada malo, por lo que poco a poco dejé de imaginar todas esas cosas espantosas.

Aunque Rollo era más bien serio y tranquilo, tenía bastantes amigos, y la mayoría también se hicieron amigos míos. Recibíamos bastante en casa y cobré fama de buena cocinera: el tiempo que había pasado en la hacienda de los Redhead no había sido, pues, completamente en balde. Era maravilloso cocinar sabiendo que otra persona lo fregaría y lo limpiaría todo luego. Simon, el amigo de Rollo, y Ann se prometieron: así se acabó la chica soltera perfecta, pero posiblemente se convertiría en la esposa perfecta.

Al igual que una oscura araña, reptó sigilosa hasta mí una horrible sombra del pasado. Fue en la inauguración de una exposición de Rollo, y yo no podía estar más contenta y orgullosa de ser su mujer. Me di una vuelta entre la gente para oír las cosas tan bonitas que decían de sus cuadros. Al otro extremo de la galería vi a una chica llamada Helen, a la que aprecio mucho, y me abrí paso entre la gente para acercarme a ella lo antes posible; ella se rio al verme tan apurada. Cuando llegué, reparé en un hombre que miraba con mucha atención un retrato mío en el que estaba sentada con un montón de conchas marinas en el regazo, y en lugar de decirle nada a Helen, me lo quedé mirando a él: era Peregrine. Tenía un aspecto horrible, macilento y amargado. Me di la vuelta antes de que me viera, y Helen me miró sorprendida, y yo le dije: «Vámonos». Entramos en un cuartito que estaba al fondo de la galería, donde había bebidas para animar a los compradores que estaban decidiendo con qué cuadro quedarse. Nos sentamos y bebimos algo. Luego mandé a Helen a ver si todavía seguía allí el hombre de cara amarillenta, pero se había ido.

La exposición fue un éxito, se vendieron casi todos los cuadros, y Rollo recibió muchos encargos. Uno de ellos fue pintar el retrato de un anciano general que estaba a punto de morir. Tuvo que irse al campo a pintarlo. Era la primera vez que nos separábamos y lo echaba mucho de menos. Sin él, la casa y todos mis tesoros nada

valían, y en el vestidor de nuestro dormitorio le esperaban sus trajes colgados en orden. Todo parecía haberse detenido y esperar su regreso; incluso el agua salía de los grifos con un sonido amortiguado.

Telefoneé a Helen y le pedí que viniera a hacerme un poco de compañía. Le conté lo de los trajes que esperaban el regreso de Rollo y lo de los grifos que manaban silenciosos, y vino enseguida. La llevé al jardín y le enseñé el estanque. Los peces de colores habían tenido crías negras. Entonces vio la bicicleta que tenía de cuando vivía en el campo. Ahora Sandro la montaba por el jardín, aunque le iba muy grande. En cuanto la vio, Helen quiso subirse a ella. Aunque no sabía montar en bicicleta, se empeñó en intentarlo, así que tuve que ir la empujando arriba y abajo del jardín. Empezaba a hacer bastante calor, y ella no paraba de caerse, pero no cejó. Fue para mí un alivio cuando vi que había doblado el freno y que las ruedas ya no podían girar. Entonces nos sentamos tranquilamente hasta que la criada vino a decirnos que la comida estaba servida.

Salimos a tomar el café al jardín. Nos habría gustado comer también fuera, pero pensé que le parecería mal a la criada. Una vez que salió en su día libre, al volver no pareció gustarle encontrarnos a Rollo y a mí cenando en la cocina. No le gustaba que cocinara yo, así que sólo me metía en la cocina cuando teníamos invitados. Pero era una buena mujer, y era maravilloso tenerla en la casa.

Nos sentamos al sol. El café estaba muy fuerte y muy dulce. Helen me hablaba de su marido, que se llamaba Harold, y yo observaba las hormigas, que pasaban ligeras acarreado unos huevos muy grandes. De pronto Helen dejó de hablar de Harold y me preguntó: «¿Ese hombre tan siniestro era tu exmarido?». Tardé un momento en responder. Entonces le conté todo lo de Peregrine. Era una pena hablar de un tema tan triste en una tarde de primavera tan agradable, pero ella escuchaba muy atenta y yo seguí hablando y hablando mientras las hormigas, acarreado sus huevos, nos pasaban por encima de los pies descalzos sin que apenas las notáramos, y así es como se me ocurrió escribir este libro.



BARBARA COMYNS CARR (1907, Bidford-on-Avon, Reino Unido - 1992, Shropshire, Reino Unido). Nacida Barbara Irene Veronica Bayley, vino al mundo en un pueblecito de Warwickshire, Bidford-on-Avon. Su padre era químico y fabricante de cerveza y su madre pertenecía a una gran familia irlandesa venida a menos. El matrimonio tuvo seis hijos (el mayordomo tenía entre sus funciones enterrar las placentas); la madre perdió el oído en su último parto y el padre, bastante despótico y aficionado a la bebida, murió cuando Barbara tenía quince años, dejando un montón de deudas que forzaron la venta de la casa y la dispersión de la familia. Esta infancia dickensiana sería reconstruida en el primer libro de la autora, *Sisters by a River* (1947). Barbara estudió arte, fue modelo y pintora y tuvo un negocio de coches antiguos. En 1945 se casó con Richard Comyns Carr, funcionario del Foreign Office a las órdenes de Kim Philby, con quien años más tarde tendría que huir de Inglaterra a Ibiza y luego a Barcelona, donde viviría 16 años . De fondo autobiográfico, *Y las cucharillas eran de Woolworths* (1950) es la segunda novela de su autora y reconstruye su matrimonio-relámpago con el artista John Pemberton en el Londres bohemio de los años 30. Otras novelas suyas son *Who Was Changed and Who Was Dead* (1955) y *La hija del veterinario* (1959). Su obra ha sido alabada por Graham Greene y Alan Hollinghurst.

Notas

[1] Por esta referencia a Guy Fawkes se puede suponer que el padre de Charles tenía un aspecto de héroe romántico, con el cabello largo y barba de algún tipo, al igual que el personaje histórico, que intentó volar el Parlamento en 1605 y cuya captura y ejecución se celebra en Inglaterra el 5 de noviembre en la llamada «noche de las hogueras». [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora*]. <<

[2] Richard Cobden fue un filántropo y pacifista liberal que abogó por el libre comercio; Hawley Harvey Crippen, «el doctor Crippen», fue un asesino famoso en la segunda década del siglo pasado. <<

[3] Willow significa «álamo»; además es un nombre propio de mujer. Se supone que el álamo es un árbol alto y esbelto, de ahí que no le pueda poner ese nombre a la niña, pues será «rechoncha», como ella. <<

[4] El nombre de pila en español es Peregrino. El apellido, Narrow, significa «estrecho». <<

[5] Mister Todd es un zorro que protagoniza uno de los cuentos más famosos de Beatrix Potter. <<

[6] May, «mayo»; Rose, «rosa». <<